

EL ALFABETO DE LAS REVELACIONES

Heber Quijano



Universidad Autónoma
del Estado de México



Doctor en Ciencias e Ingeniería Ambientales

Carlos Eduardo Barrera Díaz

Rector

Doctora en Ciencias de la Educación

Yolanda Eugenia Ballesteros Senties

Secretaria de Docencia

Doctora en Ciencias Sociales

Martha Patricia Zarza Delgado

Secretaria de Investigación y Estudios Avanzados

Doctor en Ciencias del Agua

Francisco Zepeda Mondragón

Secretario de Extensión y Vinculación

Doctora en Humanidades

María de las Mercedes Portilla Luja

Secretaria de Difusión Cultural

Doctor en Ciencias de la Educación

Marco Aurelio Cienfuegos Terrón

Secretario de Rectoría

Doctora en Ciencias Económico Administrativas

Eréndira Fierro Moreno

Secretaria de Administración

Doctor en Educación

Octavio Crisóforo Bernal Ramos

Secretario de Finanzas

Doctor en Ciencias Computacionales

José Raymundo Marcial Romero

Secretario de Planeación y Desarrollo Institucional

Doctora en Derecho

Luz María Consuelo Jaimes Legorreta

Abogada General

Doctor en Ciencias Sociales

Luis Raúl Ortiz Ramírez

Secretario Técnico de la Rectoría

Licenciada en Comunicación

Ginarely Valencia Alcántara

Directora General de Comunicación Universitaria

Doctora en Ciencias de la Educación

Sandra Chávez Marín

*Directora General de Centros Universitarios y
Unidades Académicas Profesionales*

El alfabeto de las revelaciones

DIRECCIÓN DE PUBLICACIONES UNIVERSITARIAS
Editorial de la Universidad Autónoma del Estado de México

Doctor en Ciencias e Ingeniería Ambientales

Carlos Eduardo Barrera Díaz

Rector

Doctora en Humanidades

María de las Mercedes Portilla Luja

Secretaria de Difusión Cultural

Doctor en Administración

Jorge Eduardo Robles Alvarez

Director de Publicaciones Universitarias

Heber Quijano

EL ALFABETO DE LAS REVELACIONES



Universidad Autónoma del Estado de México

"2021, Celebración de los 65 años de la Universidad Autónoma del Estado de México"

Este libro fue positivamente dictaminado con el aval de dos revisores externos, conforme al Reglamento de la Función Editorial de la UAEM.

Primera edición, septiembre 2021

El alfabeto de las revelaciones

Heber Quijano

Universidad Autónoma del Estado de México

Av. Instituto Literario 100 Ote.

Toluca, Estado de México

C. P. 50000

Tel: (52) 722 481 1800

<http://www.uaemex.mx>



Esta obra está sujeta a una licencia *Creative Commons* Atribución-No Comercial-Sin Derivadas 4.0 Internacional. Los usuarios pueden descargar esta publicación y compartirla con otros, pero no están autorizados a modificar su contenido de ninguna manera ni a utilizarlo para fines comerciales. Disponible para su descarga en acceso abierto en: <http://ri.uaemex.mx>

ISBN: 978-607-633-357-0

Hecho en México

Editor responsable: Jorge Eduardo Robles Alvarez

Coordinación editorial: Ixchel Díaz Porras

Gestión de diseño: Liliana Hernández Vilchis

Corrección de estilo: María José Gallardo Rubio

Diseño: Mayra Flores Mercado

Diseño de portada: Luis Alberto Maldonado Barraza



Uno escribe para recordar una inocencia perdida.

LAWRENCE DURRELL

REVELAR LO OCULTO genera una excitación insólita, un triunfo equivalente a conseguir lo prohibido, un erotismo mórbido que estremece al descubrir ese velo con el tintinear de los dedos ansiosos, con la urgencia de destapar y exponer esa fascinación por lo que se nos ha negado a la vista, como si hubiésemos descubierto un secreto macabro. Al mismo tiempo, esa exhibición vulnera un pudor sagrado y mancilla la ingenuidad de la mirada, entonces una impaciencia duele en la punta de los dedos y muerde como hormigas enfurecidas y astilla en la textura de los labios y revienta en el centro de la frente

como un estallido.

¿Cómo explicar la desnudez sino como una explosión imprevista?

Al verla, René sentía esa excitación ansiosa machacarle las puntas de sus dedos. Aturdido por el claro de luna que brillaba entre hilachos de nubes, enfocó su mirada en su silueta, liberada de dimensiones y volúmenes. Se despojó de todas las representaciones que le anclaban a la realidad, de conceptos y razonamientos lógicos, proporciones, distancias, para verla navegar a la deriva por el Sena.

La realidad nunca es revelada en su totalidad. Mucho menos en la mirada del perverso, que esconde una verdad en un lienzo perfecto, una canción de amor, el peso físico de las palabras, la gravedad de un cuerpo femenino, un beso de despedida..., como el que todavía latía en los labios de René, lívidos por el frío, temblorosos en la imagen de

su rostro reflejado en el río, del que huía como un Narciso temeroso.

La sensación metálica de la adrenalina le asfixiaba, sentía su pecho comprimiéndose como el corazón de un canario en una jaula diminuta y abría la boca como si se ahogara:

una bocanada de aire:

un respiro insuficiente.

En las yemas de sus dedos vibraban los músculos tensos y los estertores ominosos y el palpitar balbuceante de las venas del cuello, hinchidas como las velas de un barco que naufraga en el oleaje nocturno. Todavía hoy percibe en ellas la resistencia de las teclas de las trompetas al rugir del pulmón. Sus ojos abiertos pasan por encima del Sena, como un pelícano que peina la superficie del mar, y siguen con la mirada la estela de luces de las farolas que bordean el río parisino; incluso distinguen los insectos revoloteando sus élitros con un ritmo que puede reventar la débil cuerda floja de la cordura. Como una explosión imprevista.

Recuerda el rostro indefenso de su madre bajo la sábana que flota un poco y comienza a hundirse, mientras la llovizna desdibuja las siluetas que las farolas estampan en las riberas del río.

René siente la rugosa tersura de sus labios, el vértigo de solazar sus dedos entre su cabellera como enhebrando el tejido sutil de la lascivia. Pero los músculos de sus manos todavía se tensan alrededor de su cuello palpitante, se constriñen como dos sanguijuelas asidas a la herida, se estrechan anacondas a la garganta hasta trizar el esternocleidohioideo y los escalenos medio y anterior hasta sentir la liga reventada del genihioideo, que latiguea un miedo insólito.

A René le martillan las muelas y pulsa su sangre mientras rememora la petulancia de ese inerte cuerpo femenino, ajado

en una sábana que naufraga, como un cometa en el río cuya cauda simula la piel de un reptil.

El río es un espejo.

Envuelto en un lienzo blanco, René soltó el cuerpo al río. Su blanca tela titilaba como una luciérnaga. Una balsa de espuma en la medianoche. Una paloma que vuela encima del Sena, mientras la lluvia revela una humedad siniestra, oculta, que lo excita.

Ω

Lessines está ya muy lejos, quizá la vida también.

En René sólo queda la líquida memoria de ese río turbio que en su niñez compartía sus juegos y en su pubertad los sueños de un futuro promisorio. La inocencia es un baluarte de esperanzas, hasta que el viento del azar lo desmorona. Luego, tras el velo del glaucoma, recolectamos sus migajas durante la vejez, con súbitos destellos de lucidez y de memoria.

Lessines es una astilla en las grietas que el cerebro convierte en recuerdos. A veces lastiman, otras pasan desapercibidos, como los protagonistas de Edward Hopper. Pero están ahí, como la cicatriz de una herida que ya forma parte de nuestro cuerpo y de la que hemos olvidado su presencia.

René creció bajo la sombra de las espigas de trigo que ondeaban su bandera de oro en los campos de Lessines, nutridos por la fuerza inagotable del río. Creció bajo los pliegues sonoros de los campanarios de Flandes que, al doblar y repicar, dejaban una estela de nostalgia medieval, lejana y polvosa. Creció en esa frontera invisible con la que el río divide los plantíos y los potreros de aquellos altos

hornos con sus tiros izando una bandera de humo, que abrevaban en el caudaloso y frío Sambre como predadores nocturnos.

Nada quedó de ese paisaje.

Nada.

Nada quedaba ya del Flandes del Balduino fundador, prófugo de las batallas de amor de su cónyuge, puño de hierro contra las excursiones vikingas y sus huestes rabiosas y sus dioses sangrientos. Balduino muralla de roca inamovible y espada contundente contra el invasor.

Tampoco había nada del póker político entre Francia y Holanda que utilizaba a Hainaut como un as bajo la manga o como una letra de cambio por la importancia del Sambre y de la fertilidad que producía en sus campos.

A su lado, René siempre tuvo un lápiz viejo y un papel casi lienzo, en el que escurre el Sambre en su memoria con el afluente del deshielo invernal. Y recuerda de su infancia las estancias largas en la provincia de Hainaut, en la casa paterna de Lessines, donde el río dominaba el imperio de las luces que se mezclaban y difuminaban justo antes de que el crepúsculo manchara con su sangre el horizonte.

El Sambre es un espejo que anda dentro de su ribera y se desborda sólo cuando las tempestades revelan la vulnerabilidad de las tierras bajas.

Ω

René recorrió miles de lugares sin nombre, guarecido en los brazos de Regina, su madre, angustiada por el inestable trayecto laboral de su marido, Leopold. Por eso se llenaron sus ojos de fragmentos de paisajes de cada una de las ciudades

por las que vagó en su infancia y que luego se dispersaron a flashazos entre su sinapsis.

La mirada construye la memoria y luego se refleja. En la de Regina habrían de quedarse los destellos del sol en los cielos despejados de primavera, los azules parsimoniosos del verano, la marchita claridad del otoño y los grises helados del invierno. Como los cuadros de John Constable.

Poco le importaron a René los cambios de ánimo de su madre, a veces intempestivos, otras lánguidos como el sopor del calor en verano. Entendió lo mínimo de tejido, dobladillo y cortes estilo italiano que su padre zurcía y enmendaba ante la mirada inquisitiva de los tres niños que habrían de tomar los caminos de la vida como una pendiente nevada para galopar el trineo.

René comprendió muy poco de ese espíritu nómada del comercio y el arte de confeccionar solapas, sombreros, trajes y vestidos, de esa urgente necesidad de ocultar a la vista las costuras y las puntadas. No le interesaba sino franquear esa frontera de lo visible, romper ese límite de colores que alternaban lo exterior con ese manjar secreto y velado que tiene lo invisible, lo íntimo, lo interior. La percepción visual es la trampa más simple.

La mirada de Regina era una sonrisa.

René la recuerda con claridad milimétrica; una caja oscura contigua a su cuna, que fue también la cuna de sus dos hermanos mayores, Raymond y Paul, más vivaces, sonrientes y empáticos con su entorno. Pero esta no es la historia de sus hermanos. Esa caja oscura, casi baúl, que nunca se abría fue impenetrable a sus ojos. ¿Qué ocultaba mamá en ella? ¿Qué peligros encierran las cosas ocultas? ¿Por qué prohibirlas?

Regina ni siquiera percibió la curiosidad del más pequeño y sensible de sus hijos, del más amedrentado por la ausencia materna, del más agudo en las preguntas. En René palpataba la tentativa imposible de aprehender la realidad que no estaba a la vista.



Sin saberlo, de Gilly recuerda el sabor del polvo condimentado por el sol del mediodía de verano en los caminos del pueblo, mezclado con el cansancio y el bochorno del calor.

De esa franja indescrptible de la memoria, proveniente de la estación de ferrocarriles, también emana el aroma a café quemado que le escaldó la lengua, como la sensación provocada por la mirada del hijo atónito ante el fracaso de su padre, miserable y desempleado.

De Chatelet las cosas son más imprecisas y se convierten en un recuerdo difuso cuyo atisbo es un ejercicio intelectual de interpretación. ¿Qué significaban esas miradas de los vecinos? ¿Cuánto se puede transmitir a través de una o de un enjambre de ellas pulsando sus cascabeles como serpientes asustadas?

A Regina no le gustaba el perfil de los vecinos que los desdeñaban por su carácter festivo, por sus raíces proletarias, por esa manera que tenía la propia Regina de confiar en la gente y de entablar conversación sin los protocolos de la alta sociedad, casi con la ligereza verbal de las almas nómadas. Además, sin pedir nada a cambio.

Pensaban que ella tenía una sombra esquiva que le hacía simular la sonrisa. Pero los ancianos no se engañaban: tenía algo podrido por dentro. Algo que a los vecinos les

recordaba el comportamiento de los gitanos que anduvieron por Chatelet y que salieron aborrecidos por su suciedad, su jolgorio cotidiano y esa notable rispidez de su semblante, causada por años de rechazo.

Los habitantes de Chatelet confirmaban el espíritu ecuánime de ciertos devotos al trabajo que convertirían el comercio en la cúspide de la sociedad. La devoción consistía en amarrar el corazón a la tahona del trabajo. El credo: cerrar la caja fuerte con una combinación de los salmos. Y una tarascada de argumentos y justificaciones.

Pero Leopold no lo percibió de la misma manera. Los negocios eran prósperos y los cinco estómagos que debía alimentar no cedían en sus requerimientos. Por el contrario, convirtió el desaliento y la desconfianza de su cónyuge en un emoliente para empujar más su incipiente carrera mercantil. Sin embargo, la estancia fue corta y próspera, pues al cabo de unos meses, Leopold pudo abrir otra sastrería en Charleroi, una ciudad más importante, con prosapia histórica, arquitectura imperial y más poblada.

Charleroi, una promesa.

René sólo recuerda los atisbos de angustia y desesperación del rostro de mamá. Y esa desazón inconfesable y misteriosa, esa inquietud siniestra,

como la que le despertaba aquella caja junto a su cuna.



La infancia determina el carácter de los hombres. Ya lo había dicho el poeta, “el Niño es el padre del Hombre”.

René –retraído y marginado por su torpeza para los juegos– afilaba su personalidad introvertida en la profundidad

de sus juicios y la sagacidad de sus palabras. Pero, sobre todo, su sentido del humor, atizado por el sarcasmo ácido y punzante de su madre, cada vez más distante y callada.

René hacía y se hacía cada vez más preguntas, con las conjeturas cada vez menos inocentes de un niño de seis años, que percibe un hueco, un vacío en la boca del estómago. Tanto Chatelet como Charleroi eran pueblitos decimonónicos con escasas industrias, si acaso alguna sucursal de banco. La visión, entre pesadillesca y circense, de un globo montgolfier en el techo de una de las casas más grandes, propiedad de uno de los prominentes valones de la región, estaba más cercana a una historia novelesca que a la realidad cotidiana.

¿O es que existe un lado oculto, invisible que se esconde detrás de las cosas que nos enseñan nuestros ojos?

René descubrió en los atuendos de quienes viajaban en tan inmenso globo algo perturbador. Esas ropas de cuero que nunca existieron en las sastrerías de su padre, esos sombreros duros con una lengüeta que cubría las orejas, le revelaron la existencia de un mundo totalmente diferente a la apacible armonía de la provincia de Gilly, Chatelet y Charleroi.

Había algo más allá de las fronteras de sus ojos. Algo perturbador –allende ese perímetro de huertas y cabañas de leñadores con sus idílicas columnas de humo bullendo por la chimenea, como volcanes domesticados– estaba disimulado en la tranquilidad de las tardes, en los paseos dominicales rumbo a la iglesia, en las ropas alegres y vivaces de sus feligreses que presumían a sus hijas, radiantes y ruborizadas ante las miradas de los espectadores.

Algo se movía por debajo de las esporádicas y estruendosas sonrisas de su madre, que no podía comprender. Algo

había también en el silencio dominante e inquisitivo de su padre al recostarse en la tarde mientras se refugiaba con el rostro adusto dentro de las páginas de algún libro; en la postura erguida y tensa como un predador al acecho y el oído sagaz a todo movimiento. Una intuición.

René quería saber qué era esa impaciencia.

René quería saber qué eran esos batallones de hormigas desfilando por las puntas de sus dedos.

Ω

Charleroi resultó igual de aburrido que Chatelet. Con la diferencia de que el ajetreo de la vida era mayor. Las calles casi nunca estaban vacías, los comercios abrían más temprano y cerraban más tarde y había más gente que se afincaba temporalmente en la ciudad. Si es que Charleroi lo era. Una ciudad con su capa de niebla que escampaba de la lluvia, como la cera escurrida de las velas. Una ciudad con los resplandores proyectados por la avidez de dinero. Con su cinturón de miseria, con su periferia de pobreza y hacinamiento, con su déspota indiferencia, con su murmullo nocturno en la boca de las alcantarillas, que después parodiaría L. S. Lowry. Había más de una escuela, más de una iglesia, incluso había toda una red de calesas que servían de transporte público y comunitario, a pesar de que las distancias no eran precisamente largas.

Charleroi, sin embargo, tenía el halo mágico del hada verde que había traído consigo el joven Arthur Rimbaud, cuando en su soledad –párvula, romántica, ascética– bordeó la guerra en su ruta hacia París, visitó el escenario de la ley con su cuarta pared y sus cebras de fierro, para luego salir a

la naciente patria del periodismo. Rimbaud y la errancia de los duendes en su pecho, el turismo a las fábricas de cerveza, las piedras en el camino, más dulces y suaves que la carne de los infantes y sus gusanos llenos de manzana rumbo a las escuelas. Rimbaud y el escándalo de su amor hereje antes de los estremecimientos del odio y las balas londinenses de Paul Verlaine en la Royal College. Pero Rimbaud ya se había ido a las profundidades del África.

Un paseo por Charleroi le mostró a Regina el taller de pintura de Lucien Defoin, donde pudo inscribir a sus hijos. Raymond y Paul se aburririeron pronto, pero René se aficionó a la conjetura cromática de los pinceles y a mancharse para parodiar el firmamento. Con las manos llenas de pintura, decía, pintaba nubes en las baldosas del piso.

En ese taller, René fue cambiando de voz y puntilleando su bozo junto con las primeras clases de armonía cromática, la textura de los pinceles en una persecución lógica de los volúmenes y las proporciones. Demasiado dogma, demasiada lápida que no congeniaba con las farolas, decía, todo debería caber en un bombín o en un sombrero de mago, como la luz del sol al atardecer.

René había crecido para darse cuenta de muchas cosas. De la persistente ausencia de Leopold, siempre a galope entre diligencias mercantiles. De la serena hosquedad de los ciudadanos de Charleroi, que contrastaba con la repulsión de los de Chatelet. En la primera, te ignoraban; en la segunda, te huían. René no sabía cuál era mejor. O peor. De cualquier forma, la vida en ambas ciudades resultó igualmente insípida. Hasta que llegó el instante decisivo en el que se organizan las siluetas en un bello estallido, el disparo del azar que rasgaría el velo de la infancia:

Marie-Hélène.

Ω

Marie-Hélène hablaba neerlandés y era católica. Sus padres comulgaban, por lo menos, tres veces por semana. Algo común en las familias católicas, pero que difícilmente se veía en esa sociedad valona en la que René había crecido sus primeros ocho años de vida y que contrastaba con el fervor místico jacobino que su padre le había ido cincelando con cada una de sus lecturas. A Regina le provocaba escozor, pues afirmaba que a los niños lo que más debe respetárseles es el asombro producido por las historias religiosas. O por las historias de los abuelos. Pero la razón ilustrada y el talante y comportamiento casi filosófico de Leopold reflejaba ese hábito germánico agitándose en su sangre, además de pertenecer a un linaje protestante de la zona oriental belga, colindante con la Prusia imperial, categórica y contundente. Regina sentía su espíritu en la clausura de una cátedra medieval, vigilada siempre por la Inquisición del pensamiento metódico, casi intransigente de su esposo el costurero.

Marie-Hélène era hija de una familia flamenca que también remontaba su progenie a una dinastía de guerreros españoles que combatieron a los moros y por ello se convirtieron luego en santos. Ninguno de los dos lo sabía, como no saben los niños ese compromiso aristocrático y absurdo que tienen los linajes al despojarse de las rémoras y cigarras para convertir a sus hijos en militantes del ejército de las hormigas. Como no saben tampoco de esos humos putrefactos del abolengo, que se arraigan en los árboles genealógicos hasta secarles por dentro la savia.

Marie-Hélène era de un rubio delgado que en nada se parecía a los rayos del sol matutinos, sino a los destellos nocturnos de la luna llena. Su piel resplandecía y contrastaba

con la negrura de pozo vacío en sus pupilas. Tenía esa voz de jilguero que despierta al alba en contraste con el croar de las ranas.

René intuyó al conocerla cuáles son los límites terribles de la belleza. Pero lo comprendió hasta el último momento, frente al Sena. Esos límites no están escondidos debajo de las frazadas púrpuras de moda, ni ocultos dentro de un vestido de holanes como los que su padre vendía al por mayor. Mucho menos en aquellos sombreros amplios, cuyas alas estaban tejidas con parsimonia y dedicación por su madre, pues a Regina le gustaba diseñar los sombreros cada vez más excéntricos para la sociedad de Charleroi, que tan hipócrita y muerta le parecía. Quizá era lo único que la relajaba de sus inquietudes.

Marie-Hélène tenía en su nombre la femenina conjunción imprevista del canon católico y la arrogancia de la perfección clásica. Geométrica, aguda y alba,
Marie-Hélène,
la primera canción de amor.



Los juegos infantiles son ritos de iniciación, pasajes intrépidos en caminos desconocidos. René nunca había salido sin permiso y vigilancia de esa frontera doméstica que era la puerta del patio. Marie-Hélène era enérgica y curiosa; lo iba a buscar, lo sacaba con cualquier pretexto y con facilidad. Regina sabía que a su hijo tierno y tímido le venía bien convivir con alguien del sexo opuesto y dirimir esa guerra intestina que es la convivencia entre hermanos, esa competencia de pollos de pelea.

Marie-Hélène y René recorrían su colonia donde ambos vivían para jugar a imaginarse engendros y ogros, como los que pueblan las obras de El Bosco, detrás de las persianas blancas que colgaban de las casas de sus vecinos. Construían esa fisonomía amorfa de los monstruos en correspondencia con los rasgos faciales de los dueños de las casas y los vinculaban con algunos de sus comportamientos. Y se reían y carcajaban y burlaban de los problemas caseros.

Los padres de Marie-Hélène se aborrecían con vivacidad. Ella había presenciado en varias ocasiones las afrentas de su padre –violento y alcohólico, mustio, hipócrita, cubierto por el velo de las buenas familias y las buenas costumbres– contra su madre, golpeada, humillada en la cama y la calle, hija de familia arribista, pero sumisa hasta el martirio como dicta el credo. En el otro lado, los padres de René, cada vez más lejanos entre sí, se convertían en una sombra lejana. Además, Regina ponía cada vez menos atención a sus hijos. Su rostro se convertía en una pared en blanco.

Cuando se les terminó el catálogo de monstruos medievales en los alrededores de sus calles, Marie-Hélène propuso un paso más, una calle más, un monstruo más: el cementerio.

Ambos entraron temerosos de encontrar algún adulto que los regresara a casa, con los gritos y las reprimendas estridentes que los caracterizan. Los adultos y sus responsabilidades, sus pórtate bien, sus acábate la comida, sus ya es hora de dormir. Pero, astuta, caprichosa e impositiva como la reina griega que era en su segundo nombre, Marie-Hélène arrancó algunas flores callejeras para usarlas de pretexto. René siguió a su guía, confundido. Tenía miedo y se sentía inseguro, pero no podía quedarse atrás,

él,

el hombre –aunque sabía que todavía era un niño–,
y menos pedir que dieran vuelta atrás.

Al llegar a la capilla, vacía y lúgubre como toda iglesia, Marie-Hélène se atrevió a caminar por las escaleras descendentes que llevaban a las criptas. Al costado se veía una calle por la que huía la luz del sol.

A René le temblaban las piernas.

¿¡No piensas acompañarme, cobarde!?

No, Hélène, creo que no deberíamos entrar ahí.

Mariquita, soy más valiente. Está bien, quédate ahí, pero no te vayas a orinar de miedo.

El insulto es un espejo.

Marie-Hélène entró a las criptas de Soignies tirando las flores al piso.

René dudó unos instantes y al poco tiempo bajó. Esto es una locura, se repetía pensando en el regaño que asestarían sus padres. Aunque tenía más miedo de que los encontrara el cura o... el sepulturero.

Mira, René, aquí hay un camino, ¿cómo no se nos ocurrió traer algo para alumbrar?

¡Hélène, caminamos entre muertos, no te das cuenta!

Dan más miedo los vivos. Eso dice mi madre. Los muertos ya están con Dios. Y si están con Dios seguro que no les va mal.

¿Y si están con el Diablo, Hélène...?

Pues peor para ellos. Por lo pronto, aquí sólo estamos tú y yo. Y a ti no te tengo miedo. Al contrario. Anda, vamos, no nos va a pasar nada. Acompáñame.

En ese camino híbrido entre catacumbas y criptas, húmedo hasta la pestilencia, quedaban rastros de copal y lágrimas de

velas. Seguro que han enterrado a alguien hace poco, pensó René.

Marie-Hélène seguía encantada, husmeaba como sabueso todas y cada una de las lápidas, ahuyentaba a las ratas –que huían al ser descubiertas– con uno de los tallos de las flores. René no sabía si sentir asco, terror o seguir alimentando la curiosidad, culpable como todos los placeres.

Mira esta lápida: está abierta.

René volteó con un nudo en la garganta pensando que alguna calavera habría de levantarse para llevárselos a los reinos de ultratumba. Pero no pasó nada. No había nada diferente a lo que ya habían recorrido durante tres pasillos. Tumbas polvosas, signos ilegibles, ratas, humedad, piedras y más piedras y polvo.

Se detuvieron en una que parecía tener una mancha de agua en la lápida.

La voy a mover... Ayúdame, está pesada.

Era una lápida demasiado pesada para dos púberes floreciendo. Así que Marie-Hélène se paró encima de la mancha de agua. Quiso brincar encima de ella, pero la piedra comenzó a resquebrajarse con un rechinido que parecía el crujir de una puerta vieja y desvencijada. Se hundió el pie de la niña, quien gritó con espanto y desesperación como si fuera cierto que alguno de esos fantasmas se retorcián de rencor encadenados al mundo de los muertos por una mala acción, o el cadáver recién despierto de una momia de alguna familia de abolengo destruida por el asesinato de algún abuelo que no quería dejar la herencia. Marie-Hélène jaló su pie atorado en la lápida y ésta se abrió en una forma muy parecida a la de un cráneo roto.

Mira, René, se puede ver adentro, asómate.

¡Estás loca!

Está bien, lo haré yo.

Marie-Hélène metió la cabeza con dificultad.

Aquí apesta, René, huele más feo que tus pies, y hay arañas y gusanos...

Justo en el momento en que Marie-Hélène quiso sacar la cabeza para seguir explicándole a René lo que había en el interior, se atoró. La cavidad había cerrado su boca, como una mordida. Con las manos en la lápida para empujarse, Marie-Hélène empezó a sentir una ligera descarga eléctrica de terror.

¡Sácame, René, sácame!, ¡me ahogo!

La voz de Marie-Hélène sacudió el cuerpo de René como un relámpago, con esa velocidad y ese asombro mágico colindante con el terror sagrado de la destrucción. Pasmado, al mismo tiempo, por la impensable posibilidad de que un muerto estuviera deteniendo a la niña con voz de jilguero, René tardó un segundo en responder al grito de su amiga y a distinguir la voz gruesa y enojada de un sacerdote al fondo del pasillo.

¡Sácame, René, aaaaah!

Al jalarla por los hombros, Marie-Hélène por fin pudo sacar la cara de la lápida, que terminó por romperse a la mitad, al tiempo que se abrió una oquedad que les permitió ver, al fondo, tierra y algunos insectos, nada más. Estremecidos de miedo y también decepcionados de la simpleza de la revelación, salieron corriendo, desesperados, con la angustia en los pulmones.

Corrieron con todas las fuerzas que sus cuerpos les podían ofrecer, como almas que lleva el Diablo, ignorando los improprios del sacerdote que les llamaba y les seguía a paso lerdo y avejentado, maldiciéndolos como si fuera un borracho en duelo a muerte.

Corrieron entre lápidas de antiguos barones y soldados y antiguos amantes cobardes que adolecieron del arrojo para llevarse a la amada fuera del pueblo. Corrieron entre lápidas de panaderos y devotos masones y periodistas sin talento, entre lápidas de cobardes y pusilánimes, entre fechas borradas y piedras lajadas, resquebrajaduras de mármol, flores marchitas y lágrimas secas.

Aplastaron con sus suelas dóciles, ingravidas, los pétalos de las flores callejeras que Marie-Hélène había tirado al entrar. Corrieron con el frío de la adrenalina recorriéndoles el cuerpo, corrieron entre las caries de la boca de lobo del miedo. Corrieron por los tres pasillos, pisando los musgos y espantando a las ratas, hasta que por el pasillo se abrió la salida hacia la calle, por la que entraba un haz de sol que irradiaba un resplandor crepuscular.

Afuera, entre una columna de piedra rota y las hojas caídas de los árboles del cementerio, la luz del día alumbraba los cuadros de un pintor callejero. Una vez fuera, ambos niños se detuvieron a tragar bocanadas de aire, apresurándolo a sus pulmones. Y lloraron entre risas y carcajadas mientras el pintor los admiraba como si fuesen una epifanía. Y vieron la silueta del viejo sacerdote al fondo del pasillo, lento, jadeante, y con una sonrisa cómplice: ¡Niños cabrones, traviosos demonios! ¡Carajo! Y rieron, lloraron, sufrieron espasmos de cansancio.

Y se dieron un beso,
el primer beso,

el infantil umbral de deseo y devoción, el primer escalón de una infinita escalera de expectativas que abren la boca del estómago a un palpitar que simula el hambre pero la supera. El primer beso: castillo de legendarios cuentos de hadas, caballeros y dragones. La sensación tibia y húmeda de los labios del otro convirtiéndose en la campanada inicial de un

nervio que tensa el corazón con sus nudos apretados en las puntas de los dedos:

un beso rompe el tiempo:

un beso es un espejo.

René le acarició los cabellos para descubrir la textura sutil de lo incorpóreo, le detalló la clavícula hacia el cuello con el pincel suave de sus dedos infantiles y sintió ganas de ceñirle el cuello de ternura.

Les faltaba el aire.

Pero se dieron otro beso, y luego se abrazaron porque no sabían qué otra cosa hacer después de besarse.

Nadie se los había dicho.

En el camino de regreso a casa se tomaron de la mano.

Y sintieron que sobrevolaron la ciudad, como presagio de Chagall.



Marie-Hélène no supo cuándo René volvió a Chatelet porque así lo exigió el trabajo de su padre, a pesar de los reproches cada vez más estridentes de Regina.

René no pudo despedirse de Marie-Hélène y se sintió como el traidor milenario, aborrecido por la humanidad entera. Y no supo si llorar o salir corriendo para tomar la cabellera de Marie-Hélène entre las manos con el cariño de la inocencia. Y abrazarla, como había visto a sus padres abrazados alguna de las noches de Gilly. René pensaba que en realidad el raptado había sido él y no Hélène. No Hélène, como dice la historia de Homero.

Pero todas sus congojas se interrumpieron al golpe de un relámpago que le estremeció la columna vertebral con el helado temblor de la incertidumbre y la angustia. Su padre

había vuelto a casa temprano con el rostro desencajado, el resplandor de la desesperación iluminando la víspera del llanto. Regina había desaparecido.

René no sabía qué pasaba y sus hermanos estaban todavía más espantados porque no sabían cómo asumiría su hermano menor la información.

Y su padre se acongojaba con sus preguntas e improvisaba respuestas erróneas, torpes. Y ellos descubrían en su rostro una desolación inconsolable que los hacía sentir todavía más endebles y huérfanos.

La infancia es una tela delgada, fácil de desgarrar.

Y así pasaron días, sin que la policía les diera al menos una razón, una idea, una posibilidad, una dirección.

Nada.

Así recibió los once años, vacío.

Ω

Cuando Regina regresó, cuatro días después, Leopold les pidió a sus hijos, categórico, que se quedaran en su cuarto hasta que él fuera por ellos. Y ellos, temerosos de la reacción intempestiva de su padre, quien cada vez se veía más nervioso e intolerante, obedecieron.

Los negocios habían venido abajo por la desatención de Leopold, quien canalizaba sus fuerzas para encontrar a la madre de sus hijos. Los dos ámbitos de su vida, su trabajo y su familia, se venían abajo. Se desgajaban las columnas que le hacían sostenerse.

Después de un largo tiempo, Leopold, con la cara enfebrecida y un amargo en la saliva, fue por sus tres hijos a la recámara. Se hincó.

Vengan hijos, ¡denme un abrazo!,
les dijo, y al sentir sus cuerpos en sus brazos lloró como lo hacen los hombres derrotados, sin fe y con descaro.
Vayan a ver a su madre, los está esperando.
René fue el último en llegar a los brazos de su madre, cuyo rostro desencajado mostraba también una ausencia patética.
Mis hijos, mis hijos, no los vuelvo a dejar sin madre.
Al día siguiente descubrieron a Regina extraviada en una lejanía difusa, que apenas reconocía en sus hijos el cariño que ellos le profesaban, silenciosos.
Algo había envejecido en su alma.
El silencio es un espejo.

Ω

El Sambre está muy lejos, pero ahí está la abuela, siempre cercana y enérgica. Ella es el refugio de Leopold. Allí envió a sus hijos un periodo largo, de cuatro meses, mientras llevaron a Regina al doctor. Cuando regresaron a Chatelet les sorprendió la noticia de que Regina prefería la ciudad a la horda de serpientes de sus vecinas que ahora se ensañaban con ella. Así que, de vuelta a Charleroi.

René no se explicaba por qué Regina no salía de su cuarto casi nunca. Mucho menos por qué el cerrojo estaba cerrado, como la caja junto a su cama.

Pensó en reencontrarse con Marie-Hélène. Como si no hubiera pasado nada en sus vidas. Qué son cuatro meses de vida para un niño. Los años comienzan a pesar en quienes encuentran en ellos una frontera para sortear. O para aquellos quienes manejan sus emociones, proyectos y su trabajo con fechas de caducidad. Así que al volver a Charleroi e instalarse

en su casa, René se dio cuenta de que no era la misma casa, ni la misma calle, ni la misma colonia. Era la misma ciudad, pero todo había cambiado. Pasó un año entero buscando calle por calle y casa por casa, hasta encontrar aquella en la que vivía Marie-Hélène.

El cementerio le sirvió de referencia e incluso encontró al pintor en la misma calle con la puerta que daba directo al pasillo que enfilaba a la capilla del cementerio, de la que habían huido en aquella ocasión. Tocó en la casa con la expectación de una primera cita, aferró las puntas de sus dedos hacia sus palmas, pisando fuerte el piso para no equivocarse al paso. Pero no salió Marie-Hélène, sino una señora gorda con cara de enojada que no sabía absolutamente nada, ni a dónde se habían marchado, ni quién era la tal muchachita.

Deje de molestar, jovencito, póngase a hacer algo productivo. ¡A dónde va a parar el futuro de este país!

René no supo si había elegido el picaporte correcto; parecía que la memoria se le había desangrado.

¿Si era aquí?

De regreso a casa, en medio del llanto más silencioso y perturbador que había visto, el pintor le preguntó a René qué le acongojaba. René, estremecido por el frío, la derrota y el vacío, sólo atinó a balbucear. Pero el pintor, que se parecía mucho al *Clotho* de Camille Claudel, no pudo reprimir sus deseos de saldar deudas con su propia memoria y le abrazó como un hermano imprevisto.

No, niño, no llores, deja las lágrimas para otras ocasiones en que sea imposible reprimirlas. ¿Qué fue?, cuéntame. ¿Andas perdido...?

No.

Entonces, perdiste el dinero de algún encargo...

No.

Entiendo..., te regañaron tus padres y te sientes frustrado.
No.

No me digas..., pues entonces sólo queda una razón: una mujer... Pero qué va, tan pequeño y ya con mal de amores, ja, ja. Eres todo un artista, chaval, ja, ja... ¿Qué te parece si mañana vienes a pintar? Yo te enseño. Con eso no te faltarán mujeres. Sobre todo si las dibujas como ellas quisieran verse. *¡Feliz aquel que traiciona sus colores por el amor de una mujer!*

Ω

Marie-Hélène no tenía los dientes perfectos como ella creía. Sus dos colmillos se empalmaban con los incisivos y le hacían lucir como si quisiera morder. La redondez de su cara provocaba que su barba partida simulara una manzana invertida. Esa barba partida tampoco le era muy común a los rostros femeninos que había conocido René. Y no sabía bien a bien dónde había escuchado esa necedad: quienes tienen barba partida son personas decididas. Quizá una de las estupideces que la frenología propuso en uno de esos tantos diagnósticos que confundía la ciencia con la discriminación.

Los pómulos se elevaban un poco por encima de la mejilla, sin demostrar gordura, sino exaltándose como una luz encendida, ruborizada, en especial cuando Marie-Hélène no atinaba a decir con certeza lo que quería. Lo cual le sucedía todo el tiempo cuando se enojaba.

Eso recordaría del rostro de Marie-Hélène.

Y su mirada con esa tristeza delicada que permitía también un matiz de esperanza, que por una extraña razón René comparaba con un suspiro. Un suspiro de la mirada.

Eso fue lo primero que René intentó dejar grabado en su memoria, pero también quería materializarlo de alguna manera. No sabía cómo.

Ω

La pintura le parecía todavía lejana, pero el río no. El Sambre era el hogar de sus juegos solitarios, mientras esquivaba los tumultuosos convites de paisanos con aparatosos clavados. El Sambre era la frontera que dividía el verano bochornoso y lleno de colores estridentes del pálido invierno y su tempestad de copos de nieve. Bien podría haberse convertido en un cuadro de J. M. W. Turner.

El Sambre bordea Francia y Bélgica pero brota como un sauce de cristal cuyas ramas serpentean y se desbordan sobre una colina que se pliega entre las arrugas de un escarpe en Nouvion, en la provincia de Thierache. Luego termina en un pálido lago que sirve de bebedero a la ciudad que se lasca entre los collados de Namur. Charleroi es sólo un recodo en el que se vuelcan las honduras sin cieno del río, como las chalinas por los hombros de una dama de piel ligeramente acanelada.

El Sambre era cristalino como el aire primaveral a mediodía después de la lluvia que sacudió sus arcoíris por el cielo, como el arco de un violín tan agudo como silente. Charleroi es sólo el umbral en el que Regina se sumergió en el río como una náyade repentina, estrepitosa en sus carcajadas, siniestra en su mirada.

Los ríos son animales de tiempo: nunca se detienen. El Sambre no era la excepción.

Ni René, en la orilla afilada de su pubertad, ni sus hermanos presintieron la crudeza de la tempestad. Sólo

Leopold recibió la bofetada divina del destino, estoico como los soldados sedientos en las trincheras.

El sonido del tren replicó sus ecos como los cantos incendiarios de los ruiseñores en celo. El tumulto comenzó a espolear sus murmullos *in crescendo*, de un *vivace* demasiado confuso para la cuarteada inocencia de René. La aparición súbita de unos uniformados parecía confirmar sus sospechas.

Leopold no sabía cómo detener la angustia de sus hijos sin revelar su propia desazón. Los trabajadores de la sastrería, como los obreros de Edvard Munch, sólo atinaban a agachar la cabeza, con sus humildes sombreros entre las manos a la altura del pecho, para ofrecer antes el perdón al saludo.

Los sombreros, pensó René, tenían un color huérfano.

Regina llevaba ya más de seis meses sin diseñar uno solo, ni siquiera hacer un remiendo con sus manos mágicas.

Ω

Aturdido por la fiebre de una certeza implacable, René se despojó de los brazos de su padre y corrió por la ribera llena de gente morbosa hasta dar con el cuerpo inerte de su madre, con el rostro cubierto por una camisa de dormir o una sábana blanca. La memoria es difusa y no revela esos detalles funestos.

El río la escupió sólo con uno de sus zapatos y una caja oscura y vacía, del tamaño de un melón. René sintió un frío glacial recorriéndole las vértebras como una estampida de hormigas hambrientas y enojadas. Sintió también cómo se hacía un círculo a su alrededor, dejándolo al centro, cual si fuese el sacrificado en rito pagano.

Sintió el silencio vacío, como en la batalla antes del estruendo inicial; el silencio invadido por un polvo de susurros, reptando como lagartijas. Sintió también en su perímetro los colores del uniforme de su liceo, y las miradas de sus compañeros. Y el rumor de unos pasos, el sonido de los silbatos de los policías, la voz urgente de su padre, llamándole.

René observó con detenimiento el fluir espeso del río a la distancia. Conforme se acercaba al cuerpo de su madre se le revelaba el vértigo de su afluente como un velo de agua. Regina ya no tenía rostro alguno y lo único que resaltaba de la blancura con que le habían tapado era una mancha de sangre en el perfil izquierdo del cráneo. Se había golpeado con alguna piedra o tronco en el torbellino de la corriente.

René se postró frente al cuerpo inerte de Regina.

La madre muerta, ahogada, se convirtió en una explosión imprevista, en una sirena invertida, cuyas piernas no eran una aleta musculosa ni el torso un reflejo exacto de sus senos. Las sirenas eran una invención colectiva de las Susanas suicidas.

René, aturdido, abrió la caja y encontró la llave, la llave de la puerta con que Leopold encerraba a Regina para que no escapara, para que no se convirtiera en esa fiera gitana que los habitantes de Chatelet ya habían descubierto, oculta tras el velo de su mirada.

René ya no escuchaba el ruido de todos los morbosos, sorprendidos de la escena. Miró a su padre, quien con los brazos abiertos esperaba la llegada de su hijo pródigo.

Los policías, expectantes y atentos, poco a poco se acercaron a él.

René decidió lanzarse al río. Raymond se sumergió para alcanzarlo apenas unos metros después y sacarlo, jadeante, y sacudirle el cuerpo para abofetearlo y despertarlo:

Tenemos que cuidar a papá,

le dijo el hermano mayor, entre el llanto y el abrazo,
por mamá ya no podemos hacer nada.
La primavera de 1912 llegó una semana después.



René despertó de una pesadilla con la cara pálida y agobiada, y el espasmo enturbiándole el pecho mientras abría la boca para aspirar una bocanada de aire, como si se ahogara. Estaba en su cama y sus dos hermanos mayores, indefensos ante su futuro más inmediato, le cuidaban, mientras Leopold escribía cartas, hacía los preparativos, despachaba las diligencias y se vestía de luto para enterrar a Regina.

René había soñado que nadaba en el río, a la deriva en la medianoche, cuando aparecía su madre, rejuvenecida y rozagante, a su lado.

En el fondo hay un tesoro, René, baja por él.

Se sumergió buscando entre los peces espantados y las piedras lisas. A su costado apareció su madre, señalando el fondo. Entre las piedras estaba la caja que acompañaba su cuna. Al abrirla, la encontró vacía. Necesitaba aire. Quería salir por aire y regresar para persistir en su búsqueda. Pero Regina le decía:

No te vayas, René, quédate conmigo.

Y se reía.

Y lo jalaba al fondo.

A René le urgía respirar y comenzó a nadar hacia afuera. Pero Regina, carcajeándose y con la cara desencajada, lo abrazó y tiró de él hacia abajo, con fuerza. René sentía que no servían de nada sus esfuerzos por salir a la superficie, mientras brillaba la luna llena más allá de esa sábana de agua. Empujaba

y empujaba con todas sus fuerzas para salir a la superficie y superar la asfixia, pero no avanzaba. Por el contrario, sentía su peso ingrátido e inmóvil flotar en una sustancia desconocida. La desesperación comenzaba a erizarle la piel, a hervir de frío por todo su cuerpo, como detonada por la ansiedad helada de la adrenalina. Se angustió por la inevitable cascada de agua entrando por su boca hacia el tobogán de sus pulmones. Empleó de nuevo todas sus fuerzas para emerger, pero no se movía nada.

Así que se dejó hundir y abrió la boca pensando cómo la muerte habitaría su cuerpo.

Despertó boqueando como un pez al que sacan del agua.

Ω

Los velorios son los ritos sociales más hipócritas. Acuden hordas de gente que, en realidad, no tenían ningún tipo de estima por el cadáver expuesto como un trofeo de caza, como las reliquias tibias y palpitantes de un santo. Un velorio no dista en nada de una carnicería; expone las heridas profundas de la víctima y la de todos sus dolientes.

Leopold cumplió todos los requisitos de la cortesía como un mártir medieval. Él y sus hijos aprendieron a recibir los afectos de toda una comunidad: el gremio de los sastres. René, Raymond y Paul aprendieron a sentirse culpables sin confesarlo, y a ocultar los sentimientos, como dictan las buenas maneras. René y sus hermanos también aprendieron el papel de las plañideras –que lloraban y lloraban por una mujer suicida, sin el perdón de Dios–, extrañados por no conocerlas ni haberlas visto nunca en sus vidas. ¿Quiénes eran esas mujeres arrugadas detrás del

velo negro que lloraban por una mujer con la que no convivieron?

Las lágrimas son espejos y un velorio es una puesta en escena.

Una vez terminado el desfile de las miserias humanas, Leopold decidió mandar a sus hijos a Lessines con la abuela y un par de institutrices, insípidas y aburridas hasta el cansancio.

Ω

Mientras rumiaba el duelo entre sollozos y ataques de ansiedad, en Lessines René aprendió a depurar a fuerza de persistencia y hojas despilfarradas los pocos trazos que le enseñó el pintor. Esbozó docenas de bocetos con perfiles de su abuela, una campesina que había aprendido el valor del ahorro, pulido la dedicación a su huerta y a sus animales, y asumido el terror capitalista a los vicios y las actividades inútiles: como la pintura, la poesía o la música.

René siguió sus bosquejos con los rostros adustos y aburridos de sus niñeras, simples como las campesinas que eran, sin mayor ambición que la paz de sus sepulcros y el cuarto que compartían con una complicidad que lindaba con el hermetismo de los ermitaños. Y aunque René intuía los secretos de ambas niñeras, estaba más ocupado con sus lápices y lienzos. No como sus dos hermanos: quienes convirtieron el secreto de las niñeras en un pretexto para su propio entrenamiento erótico.

Raymond, con una avidez de fauno sediento, exigía el cumplimiento de todas sus lubricidades y se escabullía de los ojos de la abuela hacia las sábanas de ambas damas para

saciarse del vino de Lesbos en ese par de fuentes nacaradas. Paul, con la parsimonia del entomólogo, recolector de las falenas en los capullos más sombríos, observaba el rito de las mariposas libando el polen desde las corolas hasta la raíz, para erigir después su pistilo. Ambos hermanos incitaban a René a convertir el relámpago de sus dedos en algo más que una simple ansiedad.

René no supo si sentirse culpable por la muerte de su madre o si en realidad estaba enfurecido por no haber estado siquiera en la órbita del pensamiento de Regina. Así que decidió no pensar mucho en ello –como se lo había aconsejado la abuela– y se puso a pintar. Se concentró, sobre todo, en las emociones esbozadas por los colores, que le servían para descubrir el mundo escondido tras lo visible y que plasmaba en sus dibujos torpes y pueriles. Pero no lo hacía mal, al menos eso pensaba su padre. Leopold accedió a pagarle un curso, con la venia de la abuela, harta ya de tanto retrato, pero también por un extraño remordimiento. No quería que René también terminara en el río, otra vez.

René aceptó el curso, siempre y cuando no fuera en una escuela, sino con el pintor a un costado del cementerio en Charleroi. Poco a poco esa rebeldía se convirtió en una forma de vida que lo llevó a renegar de todo tipo de conducta convencional y enorgullecerse de “espantar al burgués”. Ese espíritu romántico, según Leopold, lo llevaría a la ruina.



Mira, René, la pintura es un placer. Si la piensas como un trabajo vas a terminar por perderle el gusto y dejará de ser un deleite, ¿me entiendes?, una de esas cosas que uno

hace porque se le viene en gana. Si no es así mejor dedícate a remendar sacos como tu padre.

Sí, sí, ya sé. El fondo sublime del arte y del artista, la inspiración divina, puras pendejadas dices, Louis, puras pendejadas. O ¿a poco estás contento con estar en esta esquina como un musgo más de esas lápidas del cementerio?

No eres nada tonto, René... Lo que yo te quería decir, más que un catecismo, es que la pintura no es nada más Vermeer y Rembrandt, ni la precisión exacta de las cosas. Es también lo contrario.

O no te explicas muy bien o soy yo el que no entiende.

Sí, mira. En las cosas hay siempre algo escondido, un lado oculto, más vasto y fascinante, infinito si tú quieres, que lo que se ve a simple vista. Por ejemplo, mira este retrato, ¿la ves?, una mujer guapa, de mediana edad, sonriente, con una expresión de serenidad que te haría pensar que domina todo a su alrededor y por eso se siente tan plácida en su lugar. ¿No te parece?

Sí, tiene algo de dómina romana a la que todo mundo obedece. ¿Es de abolengo? ¿O sólo es una de las campesinas con quienes te acuestas haciéndoles creer que eres un artista?

No, René, no, carajo, eres un burguesito sin duende, sin carisma. Y te comportas... ¡Ya sé!: mecánico, plano. ¡Sin asombro, ni el resquicio por donde la duda te pueda hacer titubear sobre tus actos! Categórico, esa es la palabra. En el arte, en el amor, apréndelo René, por piedad de Dios: la certeza es el principio del aburrimiento, del fastidio, del cansancio. Del hartazgo. De la muerte. Con certezas no se descubre nada nuevo. El artista debe tener un espacio para la duda, de otra forma es un mero ingeniero de la forma.

Demasiada retórica, Louis, aunque tienes un punto. A ver: al grano.

Esta mujer que pareciera ser la dueña de todo Valonia no es más que la loca que recoge la basura. Esta mujer guarda su dinero para comprar semillas para las palomas y se las prodiga como si repartiera los panes y los peces. Esa nobleza de espíritu es el lado escondido, fascinante del espíritu humano.

Claro, entonces ese cuadro de la mujer desarrapada, con una teta de fuera, llena de mugre y fango, con las ropas deshilachadas y la falda hecha jirones, que parece tener un lado de la cara paralizado es la reina Victoria...

Ya vas entendiendo, ya veo que esto no es un saco sin fondo. Aunque me temo que pronto seré yo quien pida las explicaciones...

Iré a darle de comer a las palomas.

¿Te gustaron los retratos?

Sí. Ambas son mi madre.

Ω

Como toda ciudad pujante, Charleroi comenzaba a dar muestras de madurez. El cine era una de ellas. Pero se tornaba monótono en el momento en que se intuían los diálogos de la película en exposición con la sobreactuación de los gestos. Incluso *Fantomas* era predecible. Sin embargo, la ciudad se insuflaba de vida con la feria, un vestigio secular de los viejos ritos paganos de fertilidad, sepultado por el espíritu de la Ilustración y su afán de explicar las cosas con teorías e hipótesis inundadas de razón y ciencia. Sin magia, suspenso ni asombro. Categórico.

Cada año la Place du Manège se llenaba de colores, marchitando el esplendor consuetudinario del Musée des Beaux Arts, contiguo al Palais de Beaux Arts, recién

inaugurado. Los pueblos también se visten de gala en los días de fiesta y feria.

Entre los puestos de comida y los juegos de azar y destreza, al compás de la melodía de un órgano Limonaire, resaltaba el carrusel en el que galopaban parejas de jóvenes al acecho de los primeros besos. Los más exitosos se convertían en los primeros escarceos eróticos. Entre estos últimos se encontraban los hermanos de René, adiestrados por las institutrices en malicia y en desmadejar la sutileza de las miradas de las jóvenes que ya mostraban siluetas de mujer. Ellos ya habían aprendido a traducir el lenguaje del silencio y la insinuación, aunque no se atrevían aún a demostrar las dotes amorosas conseguidas con las niñeras, quienes les atendían todo tipo de caprichos en Lessines, extorsionadas por complicidad.

Raymond tenía la astucia del cazador confiado en sus destrezas y el arrojo de los vehementes. Paul tenía la maña, pulida no sólo por amplio catálogo de caricias, sino por una sofisticada manipulación del lenguaje y las señas, comparables a las argucias de un diplomático napoleónico, aprendido en los largos diálogos y preguntas a Dana, la más voluptuosa de las niñeras, las más críptica y callada, yerma como una piedra, pero salvaje al galopar como un potro desbocado.

René, sin embargo, era todavía un niño en ese aspecto. Y cuando vio a Georgette, con todo el candor de su pubertad y esa pureza de la gente común, no supo más que balbucear. Raymond le observó risueño y divertido, pero Paul, en su papel de hermano mayor, se acercó a dictarle todos y cada uno de sus movimientos. Pero René no entendió nada y se fue como proyectil hacia la hija del carnicero de Marcinelle.

Hola, soy René, ¿quieres subir conmigo al carrusel?

No lo sé, sale muy caro.

Pues... no importa. Yo sólo quiero estar contigo, donde sea.
Está bien.

Paul, presto a los designios amorosos de su hermano menor, orgulloso de su arrojo y también de su papel de celestino, se adelantó a comprar los boletos. De tal forma, cuando René tomó de la mano a Georgette y se encaminaron hacia el carrusel, Paul ya les tenía los dos boletos.

Que se diviertan...

Te los cobro luego,

dijo al oído a un René sonriente, tembloroso y atento a las miradas de todos quienes los veían como una prueba fehaciente de que en 1913 la humanidad todavía tenía esperanza. Mucho antes de que la guerra se las destrozara.



René no quería volver a Lessines con la abuela, quería quedarse en Charleroi y poder visitar a Georgette, la hija del carnicero de Marcinelle.

A los quince años, René sabía poco de los caminos indescifrables del destino. La vida descubriría los lugares más inesperados para los amantes: Georgette, en el sueño, como una reina, con un sombrero de ala ancha y un vestido de gala, blanco y con holanes, y unas zapatillas que la hacían ver mayor. Él con el traje de frack que los dandys habían puesto de moda 20 años atrás y que ya formaban parte del inventario de ropa que Leopold distribuía con singular presteza y velocidad.

Georgette, en el día, con las manos mancilladas por limpiar la sangre del mostrador, después de que su padre destazara la pierna de una res. Él, con recato y displicencia,

su uniforme del Liceo. Georgette con su vestido dominical, manchado de tierra, mientras René le enseñaba cómo brincar de la rama de un encino al delta del Sambre, cuyo afluente había sido domesticado por el invierno. Ambos compartían pesadillas y sueños.

A los quince años, René empezó a sufrir una pesadilla recurrente. Después de la agitación de alguna persecución o la exaltación provocada por un vértigo cromático de sus pinceles, sentía el peso de un elefante en el pecho que le oprimía la garganta, lo asfixiaba y le hacía despertar boqueando como un pez urgido de aire.



La feria en el Place du Manège los encontró año con año, amedrentados por las noticias que llegaban a Charleroi de la Gran Guerra. Las mujeres ya no salían a estrenar sus vestidos como estrellas relucientes en las noches de primavera, vivían con la sospecha de que pronto sus padres, hijos, hermanos, amantes, partirían al frente con esas máscaras extrañas para resistir el gas mostaza.

René y Georgette se frecuentaban con la torpeza de los primeros amores y atizaban los rescoldos de un amor que, encuentro con encuentro, maduraba como una flor polinizada. Georgette relucía en su cuello los caireles negros más profundos de todo Marcinelle. René se entretenía enrollando con sus dedos la cabellera grasosa de la hija del carnicero cuando el frío no azotaba su ventisca de mordiscos. Luego ejercía un hipnótico trajinar de lápices en sus cuadernos, en el intento de develar esa historia velada tras los ojos de Georgette.

Déjame dibujarte,
le dijo René sin titubear, unos días antes de que Georgy festejara sus 16 años.

¡Estás loco o qué te pasa...! Mi padre me mataría.

Pero no le vamos a decir nada. Puedo convencer a mis hermanos de que las niñeras los buscan en Lessines para que se vayan unas horas de la casa. Mi padre nunca está, así que no tendremos ningún problema.

No quiero, René, me da miedo.

Además, tú no sólo juegas con tus lápices y pinceles. Y no quiero que ni ellos ni yo seamos un juego para ti. ¿Me entiendes...?

Georgy, tú sabes que..., dame la oportunidad. Tú quieres, lo sé porque te estremeces y palpas mi vigor, como si tocaras algo prohibido: quiero pintarte.

Está bien, pero sólo eso, no dejaré que me toques, y si lo haces, te juro que te atravesaré como a las reses que destaza mi padre.

Te doy mi palabra.

Tengo miedo, René...

¿De qué?

A desnudarme.

A mis ojos nunca has estado cubierta.

La bofetada salpicó sus ecos por el valle, por entre los árboles del bosque solitario en el que se habían cobijado.

No, Georgette, lo que quiero decir es que para mí eres transparente, límpida como agua de río. Tu mirada no esconde secretos ni mentiras, en tu sonrisa no brotan los colmillos de la hipocresía. Eres, así, transparente como un río.

No te entiendo, René.

Sí. ¿Has podido alguna vez atrapar el aire? Tienes esa consistencia... invisible, inmaterial. Pero sabes que existe

porque no puedes dejar de respirar. Así eres tú. Así es como te explico, un soplo de vida. Sin ti me sofoco, pero no puedo tocarte. Eres un hechizo.

Magia negra, René, yo soy magia negra, ja, ja.

Exacto, eres una maga con el cuerpo más transparente del mundo.

Lo dices porque soy la única mujer a la que has besado.

Ambos sabían que eso no era precisamente cierto, pero les permitía entablar un vínculo de paz, como la tierra de nadie entre las trincheras.

Bueno, a la única que has besado en serio, René, tu amiguita esa Marie-Hélène seguro fue una invención tuya para tenerme embobada con esa historia del cementerio.

Entonces, ¿me vas a dejar pintarte...?

Ω

Georgette lo besó con una sinceridad incuestionable, varias veces, hasta convertir sus respiraciones en gemidos. Le besó el cuello y ofreció el suyo. Le quitó la playera y se desabotonó su blusa. La tarde enrojece el cielo, mientras ellos se deslumbraban con una danza de luciérnagas azarosas en el crepúsculo, y René se dejaba besar con una ansiedad categórica en el vientre. René la penetró con una ternura indefinible, con la torpeza de la inexperiencia, con una titubeante inquietud en la columna vertebral, con las ondulaciones mismas de un río.

La impaciencia es un espejo.

A Georgette le relucía el lunar en la mejilla derecha como la irrupción de una estrella en el firmamento. El rubor en su rostro se fundía con la expresión de asombro, dolor y deleite; su semblante fundía el estupor con la gracia, y una

pequeña lágrima se le escurría hacia el hoyito contiguo a la comisura de sus labios. Una leve sonrisa se esbozaba como una confirmación. René se asomó en sus ojos, reflejado en las pupilas de la niña que despertaba al mundo siguiendo la estela de un cometa cuyo fervor dejó unas flores de bugambilia esparcidas en la sábana.

Ω

Jadeante y ruborizada como las protagonistas de los cuadros de John William Godward, Georgette llegó a la hora precisa en que su padre, el carnicero de Marcinelle, estaba a punto de buscarla. Le saludó al pasar y él la encontró distinta, de una manera que poco podía entender un hombre, entrado a los cincuenta, especialista en cortar intestino como un trámite comercial. Algo había cambiado en ella, pero no atinaba a intuir en qué consistía el cambio, pensaba mientras ella enfilaba al baño para tomar una ducha y dirigirse luego a su cama, todavía sintiendo esa nueva sensación dentro de su cuerpo, como la vibrante garganta de una alondra al presagiar el alba.

Por su parte, René terminó de delinear las siluetas del dibujo de Georgette, limpió los lápices y los acomodó por la intensidad de sus sombras, sintió de pronto el calor interno del cuerpo de su modelo, tembló un poco, de felicidad, de miedo. ¿Lo habré hecho bien?, ¿la habré lastimado?, ¿corremos algún peligro? La adrenalina se le subió como un escopetazo de sangre hasta la cabeza. Se sentó a pensar si estaba mareado o abrumado por sus pensamientos, tomó un libro con la descripción sobre el descubrimiento de las expediciones de Heinrich Schliemann y Wilhelm Dörpfeld en Hisarlik, esa

cebolla con muchas capas que pretendía ser la verdadera y real Troya en Anatolia.

¿A quién le importa encontrar los vestigios arqueológicos de un mito, de una leyenda, de una historia perteneciente ya a esa inasible construcción de una sociedad a la que después Carl Gustav Jung llamaría el inconsciente colectivo? ¿No es eso quebrantar el espíritu mismo de la fantasía, de la mitología misma? ¿Qué tanto de Helena tiene Georgette?

Mejor me voy a dormir.

Como hacen los amores primeros, se imaginaron el uno dentro del otro antes de cerrar el umbral de los párpados para abrir el del sueño.

Ambos durmieron como duermen los mares, con el bufar de sus mareas.

René despertó sofocado por un recuerdo que se inmiscuía en sus sueños, al igual que se cuelan las lagartijas entre las grietas de las rocas. Sabía que era algo importante porque la opresión en el pecho le hacía respirar con dificultad. Cuando sentía que se hundía o que iba a caer, se despertaba con una arcada, a veces de asco, como si el vómito le invocara los demonios del cuerpo; otras asfixiado y clamando por aire, como los peces cuando boquean recién salidos del agua.

Ω

Al día siguiente, Georgette llegó a la hora establecida y con una actitud amazónica que no podía ocultar en el rostro. René sacó los pinceles y el caballete. Georgette se quitó la ropa con una mirada lasciva y tierna a la vez, la fusión de un hada y de la Gorgona o una sirena con fauces de tiburón.

La desnudez es un espejo.

Y un misterio, como la luna,
pensó René mientras acomodaba el mueble en el que ella
habría de recargarse.

Lo de ayer fue una maravilla,
dijo Georgette, insinuándose lo suficiente con la mirada
para que René entendiera entre líneas.

Sin duda; soñé contigo.

Yo te sentí dentro toda la noche.

René se ruborizó, caminó hacia la persiana y la abrió de
par en par para dejar entrar una cascada de luz. Georgette se
paró exhibiendo su perfil derecho, un poco inclinada hacia
atrás. La cabeza ligeramente agachada y ladeada de tal forma
que sólo se viera el lado derecho de su rostro. Su cabello
quebrado, negro, recogido y con una ligera caída se escondía
tras su cuello, de la misma manera en que su mano izquierda
estaba cubierta por su cuerpo. Recargó su mano derecha en el
mueble que le indicó René.

Después de dos horas de *sfumatos* y puntos de fuga
fallidos, René por fin pudo encontrar el ritmo necesario entre
sus manos y sus pinceles para hacer un boceto medianamente
presentable. Georgette se fastidió de estar en la misma
posición durante tres horas.

¿Ya terminaste?, ya me cansé.

Dame una hora más y acabo.

¡Una hora más, estás idiota! Yo me largo.

Tomó sus ropas y salió por la puerta. René la alcanzó
todavía con su bata manchada. La besó, le desató los cabellos
prisioneros. Ella lo recibió como el umbral de una iglesia.

Con un cielo claro y nubes de fondo, una pared en forma
de ele en el costado izquierdo inferior del cuadro, recargada
en una piedra de río o en una mesa cubierta por una sábana
blanca, así aparece Georgette en el cuadro final. Por fin René

podía considerar que sus trazos habían cumplido con sus intuiciones cromáticas, con sus lúdicos experimentos con las formas y las geometrías, las sombras y las líneas. Todos los bocetos anteriores dejaron sus orugas para abrir las alas a un vuelo del que René no podría alejarse.

Al mirar el cuadro terminado, René se sintió aliviado. Georgette, al verse en la pintura, le sucedió de pronto una revelación de asombro, un mareo que le hizo detenerse a observar todo con mayor detenimiento y que, poco a poco, se fue somatizando en un espasmo.

Le faltaba el aire.

Ahora era mucho más que una simple niña, cuyo padre destripaba las vísceras de las vacas. Su imagen era mucho más que la figura de una joven recién despierta a la vida íntima. Y mucho más que sí misma. Quizá, pensó, esa angustia es la que sintieron las primeras personas que fueron retratadas y por lo cual se creería que los daguerrotipos robaban el espíritu de los retratados.

El miedo también es un espejo.



La vida no pide perdón. La madre de Georgette falleció de un súbito ataque al pecho. Cuando regresó a casa después de posar para un cuadro, Leontine, su hermana mayor, ya estaba velando a su madre en el lecho nupcial. Su padre, el carnicero de Marcinelle, pasó dos días entumecido de congoja y, después del entierro de su esposa fallecida, cuatro días más en una farra brutal que le puso el hígado al borde del colapso.

Georgette y Leontine decidieron mudarse. Bruselas era una buena ciudad para dos jóvenes bellas e inagotables en su

fuerza. Ninguna de ellas quería que su padre llevase a casa, al tálamo primigenio, a otra mujer, y mancillar así el recuerdo materno con sus manos salpicadas de entraña animal. Por eso, Georgette se quedó con el escapulario y la cruz de su devota madre. El padre las dejó partir con el corazón agrietado por la viudez, pero con una sabiduría que ni él mismo esperaba.

René estaba en una de esas breves estancias en Lessines, mientras su padre pretendía resolver el probable destino artístico de su hijo y tratando de evitar la leva para Raymond y Paul. Georgette le dejó una carta llena de ternura y compromiso, que René nunca recibió.

Cuando René se enteró del fallecimiento de la madre de Georgette maldijo todas las partículas del universo. Se sentó a llorar en el estudio callejero de Louis, se emborrachó con él, vomitó todo el alcohol que por primera vez ingería con entusiasmo y durmió como una piedra.

En el sopor de la ebriedad le sofocó una pesadilla. René caminaba de la mano con Georgette, niña, de la edad de Marie-Hélène, a las orillas del Sambre, por el que se deslizaba todavía el cuerpo inerte de su madre, huérfana de aire, tendida sin vida en la ribera. Agarró con fuerza la mano de la niña Georgette, volteó a verla, pero ya no estaba a su lado.

Escuchó un grito.

En el río estaban la niña y la madre como balsas. René se sumergió para salvarlas, pero su peso lo hundía y lo hundía, hasta que despertó exigiendo una bocanada de aire y gritando a su vez con el llanto en los ojos.

La sofocación lo obligó a despertar.

Nada lo detenía en Charleroi. Ni ahí ni en Lessines podría vivir de pintar, como lo demostraba el ejemplo vivo de Louis. Georgette no daba muestras de vida, ni una carta, ni una señal. René conversó con Leopold para hacerle saber que quería estudiar pintura en Bruselas.

De acuerdo, hijo, lo que tú creas conveniente para tu futuro, haz lo que quieras hacer,

dijo el padre con esa parsimonia y sabiduría que da la madurez y la resignación. No había que apurar nada. La vida y las plantas comparten la tenacidad de un crecimiento lento pero consistente, le dijo Leopold. Las confesiones no eran lo más habitual en el padre, difícilmente alguna conversación que saliera del ámbito doméstico, punitivo o de la obediencia, con su aire germánico y su talante más hosco después de la muerte de Regina.

Yo siempre quise ser jockey en las carreras de caballos, pero tu abuelo sabía que eso era poco honroso. No quiero que regreses a este pueblo hasta que no te sientas satisfecho con tu trabajo. Pero eso sí, tendrás que aprender a trabajar y, sobre todo, a ahorrar. No pienso mantenerte toda la vida ni malgastar tu tiempo en lujos o vicios, que para el caso son lo mismo.

Con una maleta llena de pinceles y algunos libros, René se marchó a la Académie Royale des Beaux Arts de Bruselas. Allí René comenzó su itinerario, aunque el viaje ya había empezado tiempo atrás.



Europa fue dominada por un enjambre de bombarderos, como nubes de tempestad con sus relámpagos de balas por todo el territorio del Viejo Mundo, con sus granizadas de fuego, con

el ruido ensordecedor de los gritos de agonía escupidos por los soldados como la baba de las fauces de los cancerberos, desatados por el meteoro de Gavrilo Princip.

El alma europea estaba calcinada de rencor entre las cenizas de tantas hogueras incendiadas en el Medioevo. Agrietada por el impulso carnívoro de sus industrias, que sumían su garra avara sobre las espaldas de los obreros, sometidos a sus engranajes como los soldados sacrificados en las guerras floridas del otro lado del Atlántico. El alma europea estaba escarnecida por una sarna, por una lepra que llenaba sus campos de trincheras con los cuerpos inertes, exangües de millares de soldados, como las langostas que cubren el trigo con su trino hambriento y avorazado, igual que los cuadros de El Bosco.

En esa Europa resquebrajada, Bruselas era apenas una bocanada de aire entre la estampida de humo y polvo y ceniza de la Gran Guerra.

Y se notaba en los rostros cetrinos de sus habitantes. Conscientes de la sombra que los acechaba, todavía alcanzaban a mirar de frente y esbozar una sonrisa temerosa, como si el miedo incubado sólo atisbara por un resquicio del espíritu belga. El horizonte tenía la mirada puesta en los campos de Verdún, en Arrás, en Ypres, en Tannenberg, en las ruinas de Belgrado, en Somme, donde fue herido Adolf.

René había cumplido ya un año en la Académie Royale des Beaux Arts, fiel reflejo del alma putrefacta de la Europa decimonónica, a fines de 1917. Las demostraciones racionales para comprender la geometría de la proporción, la dimensión metafísica de la luz, el carácter ontológico del horizonte y el punto de fuga eran pólvora quemada para René. Ni Georges Van Eckhoud ni Constant Montald tenían ese vestigio de magia que necesita la pintura para superar la metódica reproducción de lo real de los pintores de Flandes. Ninguno de los dos tenía la

más mínima idea de que a unos kilómetros de ahí, en París, los impresionistas habían traducido las siluetas explícitas de lo real en coordenadas que herían la percepción canónica, como la ventisca en la ventana pero llena de colores. Ningún campesino, ni siquiera un niño, confundiría el mapa con el territorio.

René había asimilado perfectamente la libertad de Louis frente al vigor académico y los rígidos prototipos de la historia del arte. Lo que Louis pintaba en Charleroi tenía mucha más vida que lo que hacían sus estudiosos compañeros. Un brillo azaroso pero radiante como el de las luciérnagas en las noches de verano.

En contraste, Bruselas tenía una libertad mucho más amplia en el comportamiento frente a los recatos y pudores de Charleroi. Probablemente, Regina habría disfrutado mucho esta ciudad, sin el prejuicio del pueblo chico, sin la mirada atisbando siempre lo que hace, lo que dice, lo que deja de hacer el vecino. Esa extraña bisagra le permitía a René equilibrar ese sube y baja de su estado de ánimo. Además, había muchas más mujeres que le hacían olvidar los vestigios del aliento tenue y cálido de Georgette.

Georges Van Eckhoud era un experto en la obra de los realistas holandeses, de cuya sangre no podía equivocarse el apellido. Con más de 60 años, su tolerancia disminuía día con día, y René era uno de los alumnos predilectos por su inteligencia, pero que lo sacaba de sus casillas tiro por viaje.

El cuerpo de las cosas es el único medio para transmitir pensamientos en la pintura, argumentaba René. El anciano Van Eckhoud estaba seguro de que la pintura era mera percepción. Los debates con René parecían las largas peroratas bizantinas en las que se exigía la comprobación metafísica y bíblica respecto a la cualidad divina de los excrementos de Cristo.

En esa búsqueda insomne de las reliquias místicas del origen de la pintura, de su función en el mundo sensorial, Georges repelía todas las ideas que el impetuoso y joven espíritu de René proponía. Quizá con sus lecturas de Freud, el maestro sabía que en la enjundia de la argumentación del alumno se escondía también la transferencia de la figura paterna encarnada en el docente. Por experiencia y por simple aritmética, Georges estaba seguro que la sabiduría popular supera con creces el espíritu de la entonces todavía incipiente ciencia de la conducta.

Dentro del claustro también se incluía a Constant Montald, un joven profesor que había pasado la edad crítica sin argumentos gráficos para convertirse en un verdadero artista, pero consciente de todas y cada una de las herramientas y técnicas para hacer un buen cuadro. Sus clases eran las de un orador apasionado que bien podría haberse convertido en el líder sindical o en un político brillante y seductor; sus explicaciones siempre iban aderezadas de comentarios picantes, sagaces, incómodos para los burgueses de buena familia, cobijados por el manto etéreo de un linaje retorcido como las ramas de los ficus. En medio de las explicaciones, Constant se acercaba a los alumnos para aumentar la tensión del discurso con pausas imprevistas que espoleaban la curiosidad para luego detenerse de lleno y lanzar una pregunta, cambiar de súbito el tema o poner un ejemplo personal, alguna experiencia propia o de algunos de los tantos pintores, cuyas vidas tenían múltiples facetas sombrías, macabras o trágicas, como las de Caravaggio, su pintor maldito preferido. O la historia secreta e íntima de la desconocida renacentista, Lavinia Fontana.

Como pintor, por el contrario, tenía una mecánica simple, sin aceitar. Constant manejaba con una maestría irreprochable

el contraste de los colores y las sombras, con la luz precisa, digno heredero del tenebrismo siniestro de su amado Caravaggio. Constant hacía cuadros perfectos, exquisitos en su técnica. Categóricos. Sin alma. En el lienzo, sus colores nacían muertos. Todo lo contrario a Louis.

Pero tenía una virtud,
su prima Marie-José.



René descubrió a Marie-José como se descubren las cosas trascendentales de la vida: por accidente. Un día cualquiera, sin fecha ni memoria, René perdió unos momentos charlando con uno de los ex alumnos de la Academia que había regresado por unos documentos, André Masson; ambos tenían un proyecto que empezaba a cuajar. Al terminar su conversación sobre el valor de los sueños y su ausencia total en la pintura actual, René se encontró con esa revelación que los medievales llamaban *mirabilia*. Una nínfula de mediana estatura, con una mirada sutil y nostálgica, con una silueta que lindaba entre la delicadeza y la contundencia de la voluptuosidad; hermanas mayores de las que después habitarían los cuadros de Balthus. La sílfide se acercó a Constant, le tomó del brazo y se fueron juntos sin percibir siquiera a René y André.

La curiosidad es una soga rasposa. René ató con ella la incertidumbre de sus ojos con el vértigo extraño que le ponía el pecho estremecido y las puntas de los dedos afilados como para arrancar los pétalos de una rosa sin romperlos. Esa ansiedad se irisaba en el brío de su sexo. René preguntó y preguntó a todo aquel que pudiese darle una idea: ¿dónde la encuentro, cómo se llama, a qué se dedica, sabes su nombre...?

René descubrió, después de unas semanas de detective, que tenía el mismo nombre de la princesa de Bélgica: la infanta Marie-José, hija del rey Alberto I, quien pocos años antes había heredado el trono que alguna vez había pertenecido al mítico abuelo expedicionario al Congo, Leopoldo I; un trono que pudo haber heredado la tía, primera princesa de Bélgica, Carlota, si no hubiese estado enmarañada por las tramas expansionistas que la arrastraron a ese torbellino de polvo, páramos y pólvora mexicano que la devolvió a Europa viuda y loca; el mismo trono defendido por Alberto I como mariscal de campo a capa y espada en el frente de Yser y de donde volvieron algunos héroes con el rostro desfigurado, a los que llamaron *queules cassées*.

René descubrió que Marie-José esperaba a su primo sentada afuera de la Academia en un parque. Cuando faltaba media hora para que terminara la clase de Constant, René salió del salón y se dirigió al ojo del huracán.

Marie-José era casi una niña y, al mismo tiempo, todo lo contrario. Su rostro se colgaba de un par de ojos color miel que se entornaban con una nariz delgada, una boca menuda y un dejo fúnebre en la mirada. El viril cabello corto, cual estudiante de párvulos a punto de entrar al internado militar, la hacía verse infantil y enfilaba su rostro para aguzar sus ojos color miel como una punta de lanza.

Hola, soy René, pintor. ¿Puedo preguntarte si tomarías un vino o si cenarías conmigo algún día?

Su mirada tenía el relámpago de lo posible prendado como un colibrí al capullo más jugoso. Un dejo de malicia se le escapó al responder:

Claro que sí, ven mañana, aquí mismo a la hora de clase de Constant. Fíngete enfermo y nos veremos. No soy fascinante, de una vez te lo advierto.

La audacia de Marie-José era proverbial. El aguijón de sus ojos de abeja era afilado. René no esperaba esa iniciativa ni la facilidad para poder entablar ese contacto.

Eso no habría sucedido en Charleroi, al menos no tan rápido. Marie-José tenía en su osado atrevimiento una fragilidad que combinaba la luz con la sombra mejor que Rembrandt. Sí. La etérea opacidad de Caravaggio y su sombría y maligna vitalidad. Ahora entendía a su profesor.

Ω

Marie-José no sólo era guapa, simpática e inteligente, tenía también una malicia implícita en los movimientos de su cuerpo que la hacían provocadora y sensual. Sin caer en la insinuación burda y torpe de las mujeres de los burdeles o la tosquedad de las niñeras de la casa de la abuela. Sin la ingenua paciencia pasiva de las niñas recién salidas en la pubertad. Parecía como si supiera qué guiños insinuar y cómo exaltar el espíritu lascivo de René. O fingía una inocencia infantil o era una niña con la experiencia de una viuda. ¿Quizá lo era?

Marie-José tenía 18 años y había nacido con el siglo. Eso decía ella. Por el descaro, el pudor y la frescura que su cuerpo revelaba, René pensó en las posibilidades numéricas. Su intuición le decía que tenía 16 recién cumplidos, o diabólicamente menos, y se hacía pasar por mayor.

La impostura es un espejo.

La máscara, un rostro. La mentira también.

Marie-José tenía una piel blanca con una tersura áspera que daban ganas de morder, como jícamas jugosas. Era una niña traviesa que escribía sobre luciérnagas y libélulas, mientras fumaba como una mujer de mundo. Tenía en su léxico muchas

más palabras que los compañeros de la Academia del pintor, y muchas más lecturas de las que el propio René se atrevería a aseverar. Y su confianza la revelaba como una niña mimada que siempre ha cumplido sus caprichos a costa de la paciencia y la templanza paterna.

Marie-José llevó una blusa abierta que daba pie a intuir sus senos pequeños como tordos y dejaba a la vista sus hombros pálidos como un umbral abierto hacia su cuello, delicado y voluptuoso como una manzana, que se plegaba a su cintura diminuta, resaltando su cadera, madura como un durazno. La clavícula de Marie-José era una incitación para los dientes de René. La tentación del cuerpo de Marie-José exaltaba las posibilidades para multiplicar el erotismo que René había descubierto en Charleroi, pero cuyas veredas no había investigado como sí lo habían hecho sus hermanos con la niñera Dana. Tenía también un lunar del tamaño del pulgar, negro y profundo que sobresalía entre el cuello y la oreja izquierda, cubierto apenas por la frontera del cabello. Un lunar que le gustaba esconder, pues siempre ladeaba la cabeza como si quisiese esconderlo, pero con una coquetería tal que parecía ofrecer el otro lado del cuello.

Marie-José era una amazona disfrazada; René una presa fácil de atrapar. Su capacidad de asombro era una brújula sin norte. Pero, sobre todo, tenía en su lengua una avispa mordaz que volaba en sentido contrario a las abejas de sus pupilas, la perfecta arma para sacudir el equilibrio con que René trastabillaba en la cuerda floja de la seducción.



¿Por qué quieres ser pintor, René? A Constant no le va nada bien, ¿lo sabes?

Sí, lo sé, pero esa es una terquedad inexplicable, como la de escribir versitos. Hay algo que se descubre en cada lienzo sembrado de color o de la palabra, no sé si me entiendes, ¡qué preguntas tan complicadas las tuyas! No sé si me explico, pero..., lo que quiero decir es que hay un misterio oculto en la cotidianidad, un mundo fascinante debajo de esos telones de la costumbre y la normalidad que yo quiero descubrir, ¿no te pasa a ti lo mismo cuando escribes?

La verdad es que yo escribo porque no tengo nada mejor que hacer. Me gustaría tomar fotografías. Es como fijar las palabras a una piedra por medio de un cincel, pero sólo con un disparo.

¿No vas a la escuela?

René, no hagas preguntas innecesarias. Confórmate con saber que estoy aquí.

Marie-José fumaba como si disfrutara del postre más refinado, aspiraba el humo con la cara de éxtasis místico de la Santa Teresa de Bernini, sumergía su aliento a un viaje a través de su cuerpo que se coronaba con la exhalación lasciva, y enjuagaba sus labios con la lengua casi húmeda. Ese semblante perturbaba a René. La niña esbozaba la petulancia de una reina y la avidez de una buscona. Todo se resquebrajaba con la insolencia de Marie-José, y dejaba a René mudo, aletargado, demasiado precavido.

¿Sólo hoy? Espero que no te aburra, porque yo querría pasar más tiempo contigo. Incluso sería capaz de decirle a Constant que me permita salir contigo con su permiso. Y ya entendí, no debo hacer preguntas.

No, René, no hagas eso, no es necesario. Él no tiene por qué saber nada. No es necesario que nadie sepa nada. ¿Para qué?, la gente no sabe controlar su lengua y la mejor forma de entablar relación con los demás, de superar su propio

aburrimento es hablando de los demás, el cotilleo, el chisme, qué aburrimento. Parece que si no hablan de otros no existen... No, no, ni tú ni yo queremos eso. Es mejor que no sepa nadie nada, ¿no te parece lo mejor, René?

Sabía que era una pregunta estúpida. Bueno, está bien, pero dime que te puedo volver a ver. Me tienes embrujado.

Claro que nos podemos volver a ver, pero no aquí. Vamos a otro lugar, tú me entiendes.

Marie-José le miró de frente mientras con sus manos delicadas y blancas como guantes hacían el cabello hacia atrás dejando libre el cuello, ese botón de encendido que era su lunar, y los hombros, para luego ofrecer el otro lado del cuello y bajar la mirada como incitación. René se preguntó si esa nínfula tenía algo sospechoso y si debía manejarse con tiento, pero sabía que no lo haría, sino todo lo contrario: se dejaría caer en ese abismo.

¿Mañana?

Marie-José dominaba sus cartas:

Conozco un lugar donde podemos entretenernos... divertirnos sin que nadie nos moleste. ¿Te parece?

Marie-José sonrió mientras sus ojos sugirieron un guiño lascivo. Estiró los brazos hacia atrás sacando los pechos diminutos, estirando la abertura de su blusa. Sus pezones aparecieron como los brotes de las rosas. Una sonrisa en su rostro confirmaba la agilidad y coordinación entre su avidez y su malicia.

Perfecto, respondió René, no se diga más.



Marie-José arrastra por callejones escondidos y lóbregos a René. Lo mete a un cuarto en una calle sospechosa, solitaria y

sucia, a unos minutos de la Academia. Destapan un tinto para pretextar la conversación. Ella sabe cómo seducir entre líneas. Usa otra blusa que descubre sus hombros, destaca su cintura, libera su cadera. Sabe sonreír con coquetería suficiente para hipnotizarlo, tiene la carcajada ligera sin caer en el mal gusto de la estridencia, pero sugiriendo que puede reír aún con mayor libertad. Su tono de voz es una invitación al gemido suave y voluptuoso, pausado, como un espasmo. Inclina su cara hacia René, cada vez más próximo; ofrece un poco sus senos pequeños y la blancura de su pecho. Su cuello despidió un ligero perfume a arándano.

Hay algo en la obstinada insinuación de su mirada que es más que una tentación.

El vino fluye con rapidez. Ella se limpia los labios con la punta de la lengua cada vez que bebe. A la mitad de la segunda copa él le toma de la pierna. Ella, con sus manos pequeñas y delicadas, toma su mano, la va subiendo poco a poco hacia su centro. René la besa con tranquilidad, pero con la urgencia y la indecisión de los temerosos. Este lienzo merece trazos mucho más duros y contundentes, se imagina.

No hay necesidad de apresurar nada, dice ella, temblorosa en sus movimientos pero firme en la mirada y la voz.

Marie-José se desprende de su blusa. Sus senos son pequeños. El pezón es una ciruela, delicado en su textura, un pétalo. René tenía razón, ella gime suave y estrepitosa, con una cadencia de bailarina. Él está nervioso y no sabe cómo avanzar, ella lo sabe. Intenta recorrer su pecho con la boca, morder el hueso de la clavícula con delicadeza, demuestra su ansiedad y el tremor de su deseo al equivocarse dos mordidas consecutivas.

Ella se excita con elegancia. Lame sus labios con la lengua, sorbiendo los restos de vino. René muerde la base del cuello, sigue por la parte de atrás del cuello, recorre las orejas de Marie-José y se desliza de nuevo hacia el cuello para roer como hacen los castores con los troncos. Ella le quita la camisa, con tranquilidad, sin apurar el tiempo, pero también confirmando con sus manos su dominio.

Marie-José se embelesa. Le quita el pantalón, pasea su lengua por el interior de sus piernas, por la cresta incandescente de la virilidad de René, con una destreza inusitada. Por el costado de su cuerpo, enumera con la punta de su lengua las costillas del pintor hasta llegar a su pezón, sigue por su pecho hasta morder su mandíbula. Brama con delicadeza, mientras él se estremece con esa cascada de frescura que es el cuerpo núbil de la nífula.

Ella lo lleva al sofá y le recorre de nuevo el cuerpo. Lo obliga a recargar su espalda, a arquearla como un monarca se sienta en un trono. Marie-José se sube a sus hombros, le ofrece un durazno brillando sus cristales como gotas de vidrio esmerilado, el cuenco de una sed insólita. Grita ya sin ningún recato ni elegancia.

Las piernas de Marie-José eran duras y formadas, como si las hubiera ejercitado en el atletismo o la danza, su cintura era una joya diamantina. Marie-José galopó, despacio, sin bridas, con el cabello suelto, sin estribos, a ese joven corcel.

El placer es un espejo.



La sesión se repitió unas cuantas veces, durante varios meses. Marie-José se tendía en las sábanas con displicencia

para disfrutar siempre de los reflujos de la satisfacción, como el regusto de un carmenere afrutado y seco –similar a la protagonista del *Flamming June* de Frederic Leighton–, en todos los recintos que los albergaban. En cuartos rentados al azar por las calles de Bruselas, en descampados alejados de los ruidos ciudadanos, en los escombros de bosque que daban paso a la naciente Rue Gineste, la Koningsstraat, la Rue aux Laines o las orillas del lago de Bois de la Cambre. Pero la guarida que los cobijaba con más frecuencia era el cuarto que rentaba René, lleno de polvo y tinta y bocetos esparcidos en el piso por doquier, hasta que la guerra terminó, cuando en el frente de Havre el francotirador alemán que todos llamaban Fritz Heimer, que en realidad se llamaba Moritz Cohen, atravesó con una bala la válvula mitral del sargento de la Compañía A del 28º Batallón, George Lawrence Price, oriundo de Saskatchewan, cuyo significado en *cree*, un idioma nativo de la Unión Americana, es “río de curso veloz”, debido a los rápidos y glaciales afluentes que desembocan en el lago Athabasca; y lo hizo un día de San Martín de Tours, quien le ofreció su pequeña capa roja a Cristo, por lo que se le considera patrono de los soldados, los caballos y los tejedores, así como de la Guardia Suiza, Francia y Buenos Aires. Seguramente la realidad de la masacre no tenía nada que ver con la idea de que no había nada más excitante que el espectáculo de un vagón de cadáveres incendiado, como diría uno de los adeptos al arte cernido de los sueños. El espectáculo del mundo en llamas.

La guerra terminó y sería difícil sacudirse las pesadillas y las imágenes que revelarían los periódicos y las anécdotas de los sobrevivientes que se rascarían el polvo de las trincheras y su picazón dentro de las fosas nasales con el muñón en sus brazos o muñecas.

Ω

Mientras la paz le permitía a Europa sacudirse el lodo de las trincheras, el olor a pólvora y cadáver quemado y limpiarse la mirada llorosa por los vestigios de las ciudades destruidas y los terribles presagios de rencor y muerte sembrados en el espíritu humano, René pensaba festejar sus 20 años con un viaje a Ámsterdam, pero Marie-José tenía sus propios planes.

Tengo que volver a París. La guerra ha terminado y no puedo pretextar más mi ausencia en la casa de mi padre. Entiende, René, no te estoy pidiendo permiso.

Así que... no tengo nada que opinar...

Efectivamente.

Bueno, pues, qué puedo decir entonces... Cuídate y ojalá nos volvamos a ver algún día...

No seas fatalista, sabías que no debías enamorarte. Pero sí puedes decirme, prometerme que me vas a dedicar un cuadro. Que yo seré tu musa para un cuadro. Algo que valga la pena y no tus reproches de magdalena.

Marie-José, no se puede hacer el amor con un lienzo. Si dibujara una manzana, perfecta hasta lo inaudito, no me la podría comer, no tendría olor. Una manzana en un lienzo no es una manzana. Tú no serías tú. ¡Maldita sea la pintura! Inútil, intrascendente, adorno de burgueses. Pero tienes razón, es mejor así.

Yo tampoco soy lo que tú piensas, René, soy otra... Pero si no lo intentas, si no te atreves a cruzar ese umbral del que te quejas con tus maestros, no dejarás de ser nunca uno más... En fin, ese es tu camino y tú sabrás cuándo y cómo seguirlo. Yo no soy buena con las despedidas, aunque te parezca experta. Cuídate, René...

Espera, te pintaré...

Ω

René pintó *Bañista* renunciando a la profundidad espacial, como si todo estuviese en primer plano, la cortina velada en las esquinas superiores, con una puerta abierta que da a un mar apacible en el costado derecho, un murete en el costado izquierdo y una esfera de cristal encima de él. Ella estaba recostada sobre su perfil derecho, mostrando apenas el hombro izquierdo, el brazo oculto por su espalda, con un bañador blanco que dejaba ver ambos hombros, un poco del pecho y la mitad inferior de los muslos desnudos. La mirada amelada, metódica y sin emoción; el cabello corto y unos labios pequeños y rojos, como los de Marie-José. Su silueta era exagerada, las caderas prominentes, la figura entremezclada entre el manierismo, el *art déco* y el estilo de Modigliani.

Una maja recostada sobre un camastro playero y apoyada en una almohada de color caoba sin barnizar.

Marie-José se fue contenta del boceto, le besó con un dejo de promesa y otro de fastidio, acompañado de un bostezo. El bostezo nos libera de la asfixia del aburrimiento, pensó René. Marie-José se fue caminando con el descaro de las palomas, en poco tiempo alzó el vuelo y desapareció. Le habría gustado apretarle el cuello.

René pintó con furia, con desesperación. Jadeante como un tren descarrilado tenía que boquear para jalar oxígeno y seguir pintando sin hacerle caso a esa opresión en el pecho. Pintó con trazos precisos y contundentes, con la idea ya precisa y la sensación de que el lienzo necesitaba colores vivos, como los que usaba en su faceta de diseñador de carteles comerciales para alguno de los hoteles que tanto les gustan a los adinerados americanos. Pintó con la inusitada

rabia que contiene el puño apretado cuando no ha provocado la contusión en el rostro enemigo. René sudó y jadeó y sintió una erección en el momento en el que delineaba los labios de la bañista, recordando el cuerpo ávido y ansioso de Marie-José. Y dio un grito de satisfacción al terminarlo, con enojo, como un descanso.

Después de unas horas de observar el cuadro, confirmó la silueta exagerada de la bañista y esos ojos sin expresión, pero estaba seguro de no haber equivocado los trazos. Así que lo tomó como un pírrico triunfo, como las condecoraciones recibidas por los caballos en la Gran Guerra.

Salió a emborracharse con los pocos ahorros que le quedaban. Regresó a su casa sin saber cómo y durmió un sueño profundo. Soñó con una mujer a la que le tapaban el rostro con una manzana, y que pronto esa manzana le atascaba la boca, la asfixiaba, le impedía el tránsito del aire por la tráquea.

Él era esa mujer.

No podía respirar, sofocado.

Despertó con un grito, angustiado, abriendo la boca para jalar una bocanada de aire.

Ω

Tras una breve racha en las cantinas de Bruselas y sus cervezas de trigo, tras un vacío insípido en sus lienzos, René bocetó una mujer caminando por un malecón de piedra que daba al mar sereno y al cielo claro, apenas moteado de nubes; a una mujer de alcurnia, vestida de blanco, que sólo descubría el cuello, cuyo corte era redondo, un sombrero amplio —como los que diseñaba Regina en Chatelet—, con un plumero extravagante, una sombrilla para el sol abierta y recargada

en el hombro derecho. Si bien su cuerpo se ladeaba un poco hacia el perfil izquierdo, la mujer prácticamente estaba de frente, sosteniendo con la parte anterior del codo, una bolsa, ligeramente morada. Su cabello negro, rizado, daba pie a su rostro cubierto por un ramillete de crisantemos morados.

Europa –pensó René–. No, Europa no, la Gran Guerra: la trinchera invisible del linaje, el bombardeo de cadáveres sin nombre, la fugaz reminiscencia del frío de la derrota, el sabor a pólvora y lodo en las trincheras, la inminente conciencia de que la guerra siempre está latente en el corazón de Europa. Y el rostro desaparecido de la burguesía que perdió todo en la guerra, empezando por sus hijos.

Ω

A finales de 1918, la Academia ofreció un concierto de fin de curso con una orquesta de cámara. Todos los alumnos llevaron a sus familias, vestidos de gala, como si fuese una graduación. René, renuente a todas las manifestaciones tumultuosas y por el hueco en su cartera, decidió presentarse como un estudiante nuevo, con su ropa vieja y malgastada, sin un atisbo de elegancia. Frente a él se había sentado una familia de mujeres: abuela, madre e hija. La hija llevaba una blusa morada, como las que recién promovía la sastrería de Leopold en Chatelet, Charleroi, Lessines y ahora también en Namur. El trabajo pertinaz y obsesivo había convertido a Leopold en un empresario en un país en guerra, cuyos grandes comercios habían sufrido los toques de queda. Ahí floreció su pequeño negocio, como una flor en un desierto de escombros y de ruinas en la guerra en la que condecoraron a caballos y perros.

René, atento y perceptivo, no pudo soslayar el refinado aroma de la dama. Una mezcla entre lavanda y yerbabuena. También iba vestida de gala y en un momento de incomodidad se levantó para acomodarse mejor a su asiento. A René le sorprendió su grácil cintura, que combinaba a la perfección con su cadera. La yerbabuena y la lavanda hervían en sus fosas nasales como los estrepitosos destellos de colores de los fuegos artificiales. La silueta de la damisela le ponía los dedos de punta.

René improvisó un pequeño boceto junto con un poema en una servilleta que llevaba a la mano. En cuanto madre y abuela se levantaron en el intermedio para sacudir el peso de sus años y dejaron sola a la valquiria, René le susurró al oído:

Disculpa, pero no pude dejar de sentir tu fragancia, tiene clase... ¿es un perfume de la ciudad?, no la conozco tan bien, quizá podrías enseñarme..., combina perfecto con tu vestido.

Aunque René temblaba de ansiedad, pronunció su oración sin titubear, con un tono de decisión y calidez, pero también con un dejo de indiferencia que a ella se le antojó sincero e interesante.

Es uno nuevo, parisino, de Chanel.

Disculpa mi atrevimiento, soy René, pero te dibujé y escribí esto. No es mi intención molestarte, sólo quería dártelo, como una disculpa por mi atrevimiento.

Hola, soy Fernandine, encantada. Muchas gracias. Lo recibo con gusto, es una grata sorpresa saber que todavía hay poesía en estos lugares, y no toda esta gente estirada. ¿Eres estudiante?

Se me nota.

No te ofendas. No quise insinuar nada.

Bueno, soy malo para las insinuaciones. Tengo que decirte que si fuera bueno, pensaría que tu mirada tiene un poco de curiosidad.

¡Qué refinada forma de flirtear, atrevido!,

dijo ella sincronizando la sonrisa y la mirada con un destello de aceptación y cortejo, que ocultaba una curiosidad genuina.

No, no, en verdad que no pretendía molestar, aunque no puedo ocultar que eres demasiado guapa, casi mi estilo de mujer.

Vaya, “casi”. Qué atrevimiento tan sutil y caballeresco; parece que ya no te está funcionando el discurso, o me estás engañando... ¿“Casi, casi”? ¿Es eso una forma torcida de cumplido? ¿Cuál es tu estilo?

No, no, el cumplido es el boceto; bueno, el halago, o como lo quieras tomar. Pero, para remendar mi sinceridad, te voy a decir la verdad. Tú estás muy por encima de las mujeres con que suelo conversar, digamos que eres como una aparición. Ve, mira cómo me tiemblan las manos.

Fernandine se iluminó como un presagio de relámpago durante la lluvia de estío. René intuyó que había dado en el clavo. Paul se sentiría orgulloso de esa destreza verbal, pensó. Pero ella abrió los ojos y reviró:

¡Vaya! Sí que te tiemblan las manos, pero no te creo. Como todo artista debes ser un mentiroso profesional. Dame tu mano.

Fernandine tomó el lápiz que René tenía en el interior de su saco y escribió en el boceto una dirección, un nombre y una hora.

Te concederé la oportunidad que no insinuaste. Aquí nos vemos, mañana. Allí te recibiré el boceto. Gracias, René, me has hecho sonreír y eso es un descanso; ya me estaba muriendo de aburrimiento en este concierto. La verdad no me gusta este lugar. Ahí vienen mi madre y mi abuela, mañana nos vemos.

Ω

Fernandine era hija de un industrial de Amberes que había mandado a su hija a una de las escuelas más prestigiosas de Bruselas, bajo el resguardo de su abuela, Amalia, una portuguesa con espíritu gitano, de Lisboa y adoradora del fado. La madre las visitaba en ciertas ocasiones y sólo por algunos días. Así que Fernandine tenía toda la libertad que le ofrecía su abuela, cómplice celestina de su nieta, quien conocía la intensidad de la lujuria pero sabía ser precavida y prudente.

Fernandine tenía el rostro redondo y los pómulos saltados como una niña rechoncha, un cuello delgado como de muñeca de cristal, pero su cuerpo ya era el portento de una mujer definitiva. Sus curvas eran ensordecedoras, sus senos repujados sin ser grandes ni estridentes, perfectos en su contundencia argentina. Su cintura, diminuta como el asta de una copa de tinto. Las caderas recapitulaban la espesura y la solidez de sus senos. Los griegos habrían estado contentos de esta geometría armónica, aunque las piernas, demasiado delgadas y sin tonificar, no compaginaban con el molde clásico. Tenía además una sonrisa límpida, grácil y fresca. Fernandine era resplandeciente e hipnótica como un campo de amapolas. Su cabello negro, hasta el hombro, era una noche profunda.

Se vieron en una plazuela cerca de la Iglesia de Santa Catalina. El día no pudo ser mejor. René platicó sobre su infancia de manera rápida y superficial, Fernandine sobre sus incipientes clases de baile, sus ganas inmensas de conocer el mar portugués y lo difícil que era encontrar amigos de amplio criterio. Ambos pensaban que el otro era sincero, como dictan los recursos de la seducción.

Fernandine tenía una mirada traviesa. Al contrario que Marie-José, se dejaba acechar por la mirada de René. Él, por su parte, ya no se sentía tan torpe a pesar de que Fernandine era más grande en edad que la nínfula, y ligeramente más alta que su cortejador. Ella ya había descubierto el arte de la insinuación, y sabía qué era lo que quería. Pasearon por las calles de Bruselas. Conversaron sobre cosas sin importancia por unas semanas. René sabía que tenía que jugar con el as de la paciencia, pero también que tenía en la pericia de sus manos la llave para entrar al cuerpo de Fernandine.

Los besos llegaron despacio y con cierta indolencia. Fernandine no era inocente pero debía manejarse con gala. Poco a poco pasaron de los besos a la discreción de los rincones oscuros. Sin adelantarse a la iniciativa ansiosa pero delicada con que Fernandine pasaba discretamente sus manos por el pecho de René, por su costado, por el trazo ligero de la cadera, de su pelvis, de su firmeza. René sabía que sólo era cuestión de tiempo, sólo debía conseguir que ella tomara la decisión. El atrevimiento, el cinismo suficiente para despojarse de las ropas y llenarse con el lodo de la obscenidad.

Ω

Eres pintor, pero nunca me has mostrado más allá de bocetos pintarrajeados en servilletas. Quiero ver tus cuadros, quiero conocer cuál es la magia que escondes en esos pinceles, René, no sé nada de crítica especializada, así que no tengas miedo,

le dijo Fernandine una mañana lluviosa de sábado, mientras se mordía los labios después de besar la comisura de los

de René. El pintor la llevó a su cuarto polvoso y descuidado. Le mostró los bocetos que tenía guardados, los lienzos con los que trabajaba sin persistencia, ninguno terminado.

Fernandine se sorprendió con la rareza de un cuadro en particular, un par de zapatos con forma de pies, con un fondo rojizo, como si la grava se hubiera escurrido por el lienzo.

Qué es lo que quieres decir con esta prestidigitación, ¿es una trampa? No lo entiendo, unos zapatos con uñas y dedos, unos zapatos que son pies pero que están vacíos...

Algo semejante. La pintura debe liberarse de lo evidente, debe disponer a su gusto de las apariencias claras, digamos los zapatos. Para jugarle una trampa a la percepción cada cuadro debe dar una impresión contradictoria. Pero debe mantener su propia lógica, aunque no corresponda con las leyes de la percepción ordinaria, de nuestra percepción racional. Digamos, como dibujar una paloma con el aspecto de un buitre o de un halcón. Creo que así funciona la seducción y la política, pero sin ningún fluido humano incluido, ni dinero ni poder.

Es un poco, mejor dicho, bastante complicado, pero me queda claro que hay algo de paradójico en estos zapatos... Bailar sin música... no, no, para nada, eso está en otro sentido, uno puede bailar sin música por felicidad o tarareándola. Creo que no es lo que quieres decir. Supongo que es algo un poco más ¿metafórico?, ¿filosófico?... mmm, no sé...

Así es. La pintura es como la seducción, debe mostrar una cara, amable, agradable, un perfil que esconde entre líneas otro fin.

¿Ah sí?, o sea que todo lo que me has enseñado de ti no es lo que en realidad eres. Tú, pintorcito de misterios, me estás engañando para aprovecharte de mí, es eso lo que quieres darme a entender...

Ella se le acerca, le aprieta la mejilla, baja su mano desde el pecho hasta el ombligo, traviesa, pero con la mirada desafiante.

Para nada, Fernandine, tú sabes perfectamente qué es lo que quiero, porque lo quieres tú también.

Entonces, ¿qué esperas...?

Esperaba que estuvieras aquí, lista para perder el miedo a mis pinceles.

¿Me vas a pintar?

Nunca dije eso,

aseveró René acercándose a Fernandine, parada en el lugar que el pintor tenía reservado para sus modelos.

Con el pincel en la mano, la empujó hacia la pared. La besó, le mordió el cuello, le abrió la blusa, le quitó el brasier, para empezar a circular sus pezones con la punta delicada de su pincel. Ella se mordía los labios y gemía entre aspavientos y contracciones pélvicas, mientras el pintor recorría la turgencia de los senos con un poco de tinta fría en la punta de sus dedos, y con la delicada circularidad del movimiento delineaba toda la silueta femenina. Ella le apretaba, duro, con leves movimientos sincronizados a los estertores de su vientre.

René siguió delineando los senos de Fernandine para luego bordear el contorno de su cuello, entornar sus orejas, trazar la comisura de sus labios como si fuese la ruta precisa en un mapa, mientras ella se estremecía y agitaba con mayor velocidad su mano. Siguió su trazo invisible cruzando por el centro la quijada de Fernandine, por la endeble dureza de su clavícula, por en medio de sus pechos erizados, por la tersura de su vientre; hizo espirales enredándose en los vellos púbicos, las hizo también en su ombligo, estremecido de contracciones y avidez.

Ella no decía nada, sólo gemía con un estruendo retenido en la garganta, aunque en realidad provenía del vientre, de ese cruce de temperaturas entre las piernas y el ombligo.

René la estocó con delicadeza con la brocha usada para difuminar colores, mientras admiraba la dureza de los pezones, para descubrir el pasmo y la extrañeza en la expresión extática de Fernandine.

La volteó recargándola en la pared para animalizar el rito carnal. Ella gemía con precisión a cada embestida.

La labor terminó después de tres sesiones sudorosas e intempestivas, cuya iniciativa y comandancia era alternada.

Ω

Debería dedicarme a pintar cosas que sí se puedan vender, le confesó René, mientras recuperaba el aire.

Deberías dibujar retratos... A las amigas de mi abuela les encanta ser el centro de atención, tienen dinero y pueden hacerte promoción entre los círculos aristocráticos y rancios de esta ciudad. Es más... desnudos... Sí, desnudos de las ancianas ricachonas...

¿Estás loca? En un dos por tres estaría censurado por todo Bruselas.

Para nada, a las damas de alta sociedad les encantan los secretos sucios, pero sobre todo confesárselos entre ellas y presumirlos como trofeos perversos y obscenos. Son tremendas y siniestras; y cuidadito si les haces un mal porque se cobrarán con creces y hasta el cansancio. Son como una secta macabra. ¿Quieres o no tener más dinero para llevarme al cine, al teatro, para que nos bebamos unos buenos vinos

mientras nos llenamos de lodo y de pintura? Recuerda que esto durará lo que tenga que durar. Nada es eterno...

Píntame un *carpe diem* en la pelvis, René. Y un *fiat lux* con tu semen en mis pechos.

Ω

El fin de la Gran Guerra había provocado sopor al espíritu de la Vieja Europa. Le había permitido tomar una gran bocanada de aire, como quien ha estado a punto de ahogarse pero ha podido también alcanzar la orilla de nuevo, después de sentir el cuerpo frío y acalambrado.

1919 entró con una brisa veraniega para el entumecido cuerpo de la Vieja Europa herida, que repelía a estornudos el gas mostaza, el hedor de los cadáveres apilados en las trincheras, cuya costra enfangaba el espíritu del progreso que los industriales y los burgueses habían tomado como la época bella de enriquecimiento y esperanza.

Todo se había derrumbado.

René comenzó a pintar cuadros de sus modelos desnudas, gracias a la recomendación de Fernandine y también a la fama que ella misma le había prodigado. Mujeres de alta alcurnia con estrías en las piernas, con la lonja cayendo de su vientre como si fuesen relojes derritiéndose, con la papada torpe como la garganta de los pavos. Mujeres esqueléticas con la piel ampulada, seca, martajada por una mezcla de ceniza y frío. Mujeres con la sonrisa agrietada y el semblante pálido pero altivo como los generales perdedores de la batalla que deciden suicidarse antes que aceptar la humillación de la derrota y el escarnio. Mujeres sin huellas de esperma seco en sus pechos, desérticas y con el cansancio calcificando

la sangre. Mujeres sin brillo en la mirada ni hambre en el vientre. Mujeres gatas arrinconadas a ciegas en el sopor del fastidio. La Bella Época pasada por lápidas de polvo y ruinas.

Muchos años después, el pintor descubriría el portafolio *Elles* de Toulouse Lautrec. En 1896 ese era el catálogo más privado e íntimo respecto a la feminidad, no la de los renacentistas, sino el universo paralelo, el espejo correspondiente de todos esos retratos de los que René no se preocupó por guardar ningún boceto.

La mirada íntima, casi confesional, cruda en sus trazos y esbozos y parca en sus colores provocó que el trabajo de litografía del pintor francés fuera un fracaso económico para el editor Gustave Pellet, experto en la temática erótica y devoto de Toulouse, a quien contrató para hacer viñetas. El editor sabía de la plasticidad del pintor, demostrada en los múltiples carteles, que sintetizaba mejor el mensaje publicitario. Sin embargo, esos carteles perdían expresividad frente a aquellos en los que convertía a las bailarinas del Moulin Rouge en un destacamento de heroínas lúgubres, pero excesivamente productivas para los deseos de los ciudadanos de la Ciudad Luz, recién convertida en una urbe poética y moderna por el Baron Haussmann, con ese monstruo enorme en el que se forjaron los sueños de generaciones enteras, un verdadero Olimpo de inspiraciones y genialidades.

La confrontación grotesca entre el cuerpo arrugado y lastimado de estas ancianas ególatras contra la calidez y frescura del cuerpo y la alegría de Fernandine pusieron a René en el aviso de la urgencia de vida que implicaba la pintura y el arte. Sin embargo, la comida no llega del cielo. Así que a todas las hacía ver como si los años se hubiesen detenido, a todas les quitaba del rostro la derrota marital, la mirada marchita

y compungida, el semblante agotado y desolador, el peso de la enfermedad soslayado con maquillajes y el garbo de la aristocracia en la postura.

Louis tenía razón. Ellas quedaban agradecidas y recobraban el orgullo femenino de la belleza juvenil. Pagaban sin queja los precios cada vez más altos que imponía René. Pero ese afán filantrópico, ese cúmulo de mentiras piadosas le hacían sentir como un estafador. Doble. Ni ellas eran las que terminaban plasmadas en los cuadros, ni él estaba haciendo algo que cumpliera con sus expectativas artísticas.

No se podía quejar, no le hacía falta dinero.

Ninguna de las damas –lo sabía el pintor y las retratadas– colgarían sus cuadros en la pared del vestíbulo. Seguramente los guardarían entre las joyas y las cartas de los amantes esporádicos, o les prenderían fuego. Sólo una de ellas mantenía la figura en total correspondencia con su espíritu, Marisa.

O Marie Isabelle.

Ω

Es la madre de una amiga mía, Cecile. Ambas son bailarinas. Cecile es de mi edad, está a punto de cumplir 19, pero ella está por cumplir 40. Las dos son hermosas,

concluyó Fernandine mientras posaba para ser convertida en un lienzo más.

A mí sí quiero que me pintes como soy,

dijo la modelo, intuitiva como toda mujer, y tratando de desescombrar los pensamientos del pintor. ¿Eso le dirá a la que se le ponga en frente para entrar por sus piernas?: “¿quieres ser mi modelo?”... ¡Qué va y qué importa!

Le advirtió:

Después te voy a comer entero.

René apresuró sus trazos. Fernandine tenía una forma de amar que rayaba en la desesperación, se movía con la fuerza de una bestia embravecida, como si supiera que esa sería la última vez. Su cuerpo era flexible y prominente, contundente en la velocidad y el ritmo. Su avidez lindaba con la codicia. Lúbrica como una lamia, Fernandine era un torbellino. Sus sonidos se convertían en verdaderas sinfonías que el pintor aguzaba como director de orquesta, mientras blandía la batuta para ir de un *ostinato* a un *decrescendo* a un *allegro in crescendo* para terminar con el estruendo de las percusiones, el platillo con su eco, los trombones en lo alto como avisos apocalípticos.

René sentía que la cama se iba a desmembrar en alguna de esas visitas, que el piso temblaba, arrebolaba de lujuria sus cimientos, cimbraba sus ruidos por las paredes. Se urgía de sangre y aire para no sofocarse en el trance hipnótico del ritmo y la repetición. Atestiguaba, como en un arranque extático, el estruendo orgásmico de Fernandine como una lluvia de estrellas en el horizonte negro y profundo de su cabello. Ambos abrían la boca como un par de pájaros que cantan una canción. René escuchaba los ecos del placer en la resonancia de su cráneo, incluso cuando había dejado la sala de conciertos, y se deleitaba en recordar la estridencia, el contrapunto, el desvanecimiento, el silencio: el arrobamiento del semblante de Fernandine, cuando ella flotaba, a la deriva, por las riberas del sueño.

Nunca he pintado a una bailarina, pensó René.

La ambición es un espejo.

Con las ganancias de los cuadros, René consintió, de vez en cuando, con un buen vino a Fernandine, ante los permisos celestinos de la abuela Amalia. También con alguna cena medianamente *gourmet*. No podía no hacerlo, pues Fernandine era una admiradora fervorosa de sus pinturas, cualidad que era el mayor factor de convencimiento de la calidad del pintor. Por eso fungió como una *marchand* de su obra, una promotora entusiasta. “Su obra”, decía ella, cuando se emocionaba al relatar los cuadros que le gustaban o algún detalle, idea o concepto que disfrutaba. Esa expresión confundía a René: por una parte, le daba un orgullo mustio y, por otra, un repudio disminuido bajo el pretexto del dinero.

En uno de esos preámbulos ociosos a sus encuentros eróticos, René llevó a Fernandine a Costa Blanca, un restaurante de unos portugueses avecindados en Bruselas. Pidieron vino verde y pescado. Les atendió una mujer tierna, quebradiza, que tenía el pelo rizado de un color caoba barnizado. Su delicadeza lindaba con la indefensión. Su cuerpo menudo daba la impresión de una sábana de seda a punto de desgarrarse. La nariz afilada y la voz tersa, en un tono entristecido, como si pidiera disculpas, hechizaron de inmediato a René. La impresión de desolación, una especie de tedio metafísico, el hartazgo de una vida sin sentido o la fusión de todas ellas se reflejaban en el rostro de la mesera. Y le recordaban esa abulia medieval de *Una mujer leyendo* de Charles Louis Lucien Müller.

Si eso era lo que se veía a simple vista, René ansiaba pintar lo que se escondía detrás.

Cuando Fernandine enfiló al baño para lavarse las manos, el pintor se le acercó con total entereza.

Quiero conocerte,

le dijo tomándola del brazo con determinación, sin violencia, con delicada firmeza, como una orden. A ella no le tomó por sorpresa. Con cierta displicencia lo miró por encima del hombro.

Cuando no haya niña, ven a buscarme.

La decisión de la mesera le recordó la sutil fuerza de las protagonistas de los cuadros de Waterhouse, una fusión entre carisma, desamparo y fuerza de voluntad domeñada. René intuyó un acento extranjero en su forma de hablar. La revelación fue instantánea: se le fue el aire, sintió el sofocamiento de la asfixia y el flujo nevado de la adrenalina por su cuerpo: la Guerra, los cuerpos de los niños desmembrados, los campos regados de pólvora, lodo y grumos de sangre, la humedad de la putrefacción de los hospitales y las morgues, el silencio tenebroso de la batalla terminada. René tuvo que respirar como un soldado sacado del lodo de las trincheras.

Esa tarde, Fernandine estuvo particularmente intensa. Su cabello salpicaba su negrura en el pecho de René, quien no permitía perderse uno sólo de esos instantes en los que veía cómo ella bailaba, odalisca de un cíclico rito serpentino e hipnótico.



Al día siguiente, domingo, René fue directo a la Costa Blanca. Preguntó a los meseros por la mujer que había visto días antes. Y dadas las explicaciones rupestres de un pintor acostumbrado a los colores más que a las palabras, tardaron un poco en entenderse. No era la única mesera, pero sí la única que podría provocar ese impacto en los comensales.

René encontró a Zamantha lavando los trastes. En su voz persistía el tono entristecido y casi suplicante, con ese énfasis en las vocales fuertes y esa sordera de las débiles.

¿Qué tengo que hacer para que salgas conmigo un día, una tarde?

Ven por mí en la noche, a las ocho. Diez minutos. No más. Si no llegas, me voy.

El día fue largo, René no pudo concentrarse en sus bocetos. Quiso dibujar algo para Zamantha, pero no tenía ninguna imagen en su cabeza. El mediodía cayó como una paloma herida y las nubes comenzaron a llenarse de rencor. La lluvia no podía ser más incómoda. No poética ni melancólica: incómoda. René calculó mal su andar y a dos cuadras de la mediterránea Costa Blanca vio a Zamantha enfilarse por la calle, con la cara agachada, como un niño defraudado. René sintió que llovían sombrillas. La alcanzó. Ella volteó con una cara melancólica, mientras la lluvia se convertía en brisa.

Ya estoy aquí.

Me doy cuenta.

La cubrió con su sacó. El frío les producía un apresuramiento fingido. Ninguno de los dos tenía prisa de nada. Zamantha aparentaba más edad de la que en realidad tenía. Su cuerpo era firme, como el de las campesinas que no se rompen ni se quiebran con el hambre. Su semblante tenía un dejo de derrota o de cansancio o de fastidio...

Provenía de un país lejano, donde había iniciado la Gran Guerra. Ella salió huyendo de su país, a traspies entre la accidentada geografía europea hasta parar en Bruselas. A la pregunta simple y llana de su nombre, ella respondió con una letanía de lamentaciones, rabia y tedio que explicó de manera vaga, una intermitente odisea sin amante fiel esperándola ni

patria recuperada. Su voz tenía un eco de corazón quebrado, de esperanza amputada:

Quiero ir a un lugar cerrado. Compra vino, queso, carne, pan, algo para llenar el estómago y conversamos.

René la llevó a su estudio. Improvisó una mesa entre los caballetes, los lienzos tirados, el polvo arremolinado y los bocetos tirados por el piso, bajo una estela de olor óleo de la pintura cian y magenta.

Ω

Vengo de Sarajevo. Cuando la guerra empezó yo tenía 20 años. La ciudad se polarizó con una rapidez inaudita. Los bandos eran claros, los cristianos contra una nata de ortodoxos a los que se sumaron los descendientes de turcos, en su mayoría árabes, todos confrontados en una guerra intestina acechada por las garras del águila imperial austrohúngara; además con la eficiencia que les caracteriza, como máquinas infalibles. Salí corriendo cuando entraron a la casa de mis vecinos y asesinaron a sangre fría a toda la familia de judíos que ostentaba una posición de poder político. Tres soldados con cara de buitres se llevaron grandes sumas de dinero resguardadas en una caja fuerte, del tamaño de un tambor.

Mi vida ha sido un fracaso desde entonces. La guerra.

En una trinchera detuvieron a mi familia. Mi padre, mi madre y mi hermano mayor. Él quiso defendernos, pero fue el primero en ser abatido por una metralla de balas. Yo me escondí tras mis padres, pero los soldados me vieron. Y me subieron a una camioneta distinta a la que los subieron a ellos.

Zamantha bebía el vino como si hiciera una oración, le temblaban los labios con una ternura histérica, mientras se tocaba la quijada con las puntas de sus dedos como si acariciara su piel de guayaba.

Me llevaron a unas garitas, donde los soldados se apostaban mi sexo a la baraja. Pero hubo un bombardeo que exigió la salida de todos ellos, menos de uno. Era una presa fácil, lo seduje hablando sensual, exigiéndole que me permitiera chupárselo hasta que se viniera en mi rostro y luego me follara hasta que se hartara. Increíblemente, me abrió la puerta y se bajó los pantalones. En cuanto sus ojos se pusieron en blanco, le quité el cuchillo y se lo enterré en el pene. Me dio tanto gusto ver cómo sufría. Sentí que había vengado a mi hermano y también a mis padres, de quienes no he vuelto a saber nunca, pero estoy segura que tuvieron el mismo destino. Balas y sangre.

Mientras el soldado se desangraba, abrí la puerta de la celda a todos los demás. Salimos huyendo en grupo. Corrimos y corrimos hasta que la noche nos cubrió con su manto de horror. Los estruendos de los proyectiles agitaban el viento en nuestros rostros, sudorosos, pálidos hasta la muerte. Algunos se escondieron, otros corrieron a buscar sus casas. Yo caminé hacia el campo hasta que desfallecí.

Zamantha empezaba a quitarse el velo. Hablaba cada vez con mayor decisión y el tono de disculpa se había convertido en un hilillo de frustración y rabia. La noche comenzaba a abrir sus brazos. Zamantha susurraba su espíritu en medio de fracasos y destellos de esperanza.

Amanecí con hambre y sed, pero seguí caminando hasta que encontré la choza de unos campesinos que me dieron cobijo por una noche, comida y agua. Así caminé de poblado

en poblado hasta llegar al puerto de Dubrovnic. Pagué con sexo al capitán de un barco pesquero que vendía y traficaba armas para que me llevara hasta Bari.

Italia es maravilloso, ¿sabes?, pero sus hombres son demasiado violentos y petulantes.

Después de tres años de andar al garete por la vida llegué a Bruselas. Pero no quiero aburrirte contándote la tragedia de mi vida. Mucho vacío.

Zamantha se había terminado el vino, mientras René encontraba en su silueta las figuras geométricas con las que ya la había pintado en la mente, mezclada de asombro, delicadeza, lascivia y simpatía. Sacó otro de los vinos baratos, mientras ella comía otra rebanada de pan y queso.

¿Demasiado francesa esta comida, ah?

Sí, demasiado afrancesada.

Cuéntame, ¿tú qué haces además de acosar meseras, ah? Como si fueras un dandy de verdad. ¿En serio crees que eres un *gigoló*...? ¿Te ha dado resultado esa estrategia, ah, de conquisista tan abrupta? Ja, ja, ja. Hago muchas preguntas.

Sírveme un poco más de vino... En el restaurante sólo puedo tomar el vino que dejan los clientes, como si fuera una mendiga... Me consuela saber que estaría mucho peor si siguiera en Sarajevo... ¿No respondes, ah, pintor?

René le sirvió un poco más de vino, pero ella, vivificada por el merlot, preguntó:

¿Vives de tus cuadros?

Estudio en la Academia, además de pagarme con retratos algunos placeres.

¿Putas, ah?

No, para nada, no pago por sexo con dinero.

No pienso cobrarte.

La soledad pesa, ¿sabes? Pesa en el corazón y en el ánimo... y luego empieza a pesar, mucho, en el cuerpo. Tú me entiendes. Y así me siento, ah, es difícil de explicar. Pero acabémonos primero esa botella... Sólo me tendrás esta noche, los hombres son unos caníbales... ¿No irás a enamorarte de mí, ah?

¿Enamorarme de ti? Yo pensaba que serías tú quien se enamoraría de mí.

Ja, ja, ja, sabes hacer reír a una extranjera. ¡Ah! ¿Enamorarme de ti? Eres buena persona, he conocido la guerra y sé reconocer a la gente. A ti también te pesa el corazón, la mente, pero eso lo tienes que arreglar tú, ¿ah?... El tuyo está astillado pero no se ha roto, pintorcito... ¿Me sirves más vino?

Ω

El vino...

Él susurró: quiero arquear de estremecimiento tu columna vertebral, con la punta de mi lengua hervir tu vientre, del cuello hasta abajo a la mitad hendirte y romperte en un gemido, con la punta de mi lengua escarbar como topo ciego el tacto rugoso donde eres turbia y ácida,

oírte bramar como un vendaval, entrecortado,

tus uñas hacen lascas mi espalda, pliego de una pintura rupestre con señales de grana, códice de lunares con texturas estriadas y ásperas.

Tus ojos escrutando cráneo adentro los estallidos, los relámpagos del placer,

abierta como una flor, sedienta de fuerza, sin moverte, entregada...

La boca abierta.

El grito, el desfallecimiento.

Ah, qué bueno que te esfuerces en hacerlo bien, ah... Más vino, pintorcito.

El que gustes, Zamantha.



Zamantha amaba con urgencia, su cuerpo escondía una nostalgia que René no había encontrado antes. Pero esa no era nostalgia indolente, se cubría de arañazos y mordidas que hacían del amor una batalla.

Zamantha tenía las manos lastimadas con cortadas pequeñas, seguramente no era hábil manejando el cuchillo de la cocina. Sus manos tenían un garbo de princesa, que nunca había visto, una mezcla rudimentaria de manos campesinas y nobleza de linaje. Besaba con los ojos cerrados musitando con sus gemidos una canción de cuna. Su cuerpo no tenía la pureza de los ríos, sino una espesa capa de sudor que hacía que René la sintiera húmeda y densa por todas partes. El pintor se deleitaba con paladear su cintura rolliza y sus caderas blandas, con ese sabor metálico que guardan los cuerpos sudorosos, ebrios y descuidados de la labranza, con esas peras jugosas que se estremecían en sus senos.

Zamantha tenía un cangrejo en el sexo que apretaba con fuerza.

Gemía como si llorara de alegría y explotaba con la soltura de quien se tiende en la cama a descansar los músculos adoloridos del cuerpo, como después de una golpiza

o de un bombardeo.



Zamantha dormía a pierna suelta con los ojos hundidos en el sueño. Su cuerpo colindaba la ebriedad con el alivio. Pero se movía como si algo pasara. Una pesadilla. Balbuceaba en un idioma críptico. René no sabía si despertarse y consolarla, penetrarla de nuevo o seguir dormido. Pero ella seguía inquieta, párpado adentro. Movía los brazos como aleteando. Hasta que se despertó como si la asfixia le atenazara el pecho.

No pasa nada, Zamantha. Duerme.

Ella se acomodó en esa cama pequeña y de nuevo entró en el reino de Morfeo, y se cubrió la cara con la manta. Algo en René se inquietó. Algún aguijón en su memoria le dolió en el pecho, como una angustia. La memoria es un campo solitario que de pronto se llena de explosiones imprevistas, detonadas por la imaginación, el ensueño o las sensaciones del cuerpo, invadidas por esos cortos circuitos en la lógica o los disparos de la ansiedad. Como los miembros fantasmas. La orfandad de Zamantha también era la suya.

Con un nudo en la garganta, René la abrazó, le llenó de besos suaves el cuello y debajo de las orejas y en la comisura de la boca y en la clavícula hincó un poco el diente para que ella despertara ya enfilado al camino de su vértigo. Y volvió a enredarse en su cuerpo, que gemía como si llorara de alegría.

Ella balbucea palabras ininteligibles, quizá lascivas, en su idioma –nunca lo sabrá, aunque le gustaría escucharla de nuevo–, con ese tono de voz que convertía cada palabra en una súplica, en un gemido, en un ruego. René la poseía con la concentración espiritual de quienes comparten la complicidad de un asesinato. Así deben sentirse los suicidas cuando les dicen a todos los demás:

Nos vemos pronto.

Zamantha le arañó con fuerza la espalda, y le mordió con devoción la parte inferior de la quijada. El cangrejo de su vientre le había atenazado de nuevo.

Ω

Después de la tercera ocasión en que llevó a Fernandine a cenar en restaurantes a penas lujosos como Costa Blanca, ella empezó a fastidiarse. René sabía que pasaría en algún momento. Ella empezó a espaciar más los días en que se veían, que el pintor aprovechaba para invitar a Zamantha a su estudio, al que ella volvía en algunas ocasiones, sin demasiado entusiasmo pero sin reproches.

René seguía dibujando a las damas de alta alcurnia, que ahora empezaban a llevar a sus hijos y a sus nietos para tener retratos halagadores. Poco a poco cobró cierta fama.

No era el alumno más aventajado pero sí el más propositivo. No era el de mayor despliegue técnico, pero sí el de mayor creatividad, intuitiva, filosófica. Los libros que caían a sus manos pronto se convertían en bocetos de imágenes imprevistas: *Las flores del mal*, *Las relaciones peligrosas* o la *Filosofía del tocador*. Libros que Marisa le daba como un pago extra por sus diligencias y como una incitación a la conversación. La bailarina tenía el porte de una condesa, la educación afilada de un jesuita, pero la malicia en el juicio y el criterio de un hereje.

Marisa, tormenta contenida en la nube. Marisa, bailarina de Sade.

Me gustaría que hicieras un cuadro de mi hija, te lo pagaré como todos los anteriores. ¿Te parece bien que venga la próxima sesión? Fernandine me ha dicho que ella no podrá venir. Tú sabes, cosas de mujeres.

Sonrió Marisa, con la astucia de la perversidad revelada en un guiño.

Claro, me parece perfecto,
contestó René titubeante, consciente de la alusión maliciosa.

Confirmado. Mi hija es mi obra de arte. Ya lo verás.

Ω

Cecile llevaba una falda apretada que terminaba a la mitad de los gemelos enérgicos y tonificados, que sugerían unas piernas torneadas que se confirmaban en la orla de las caderas tonificadas. Cecile hablaba con la determinación de una mujer inteligente, que la había llevado a los primeros puestos de su clase, con notas laudatorias. Colegio de monjas, latín monacal, clases de cocina y refinamiento de modales, geometría, matemáticas, álgebra y filosofía del derecho. René sospechaba que sus maestros le habían calificado sus pruebas bajo el embrujo de su sonrisa, traviesa y poco consciente de la perturbación que provocaba su cuerpo a cualquier hombre con un mínimo de sangre en las arterias. Escultural y pletórica, de una sensualidad estremecedora, se sonrojaba con rapidez con ese esbozo de pudor que la inocencia hace brotar con facilidad.

Cecile tenía, además, una vena en la frente que surgía como un relámpago en el cielo, confirmando el rubor. Tenía la palabra ágil y una extraña fascinación por sí misma. Sabía que tenía a cualquiera en sus manos con sólo realizar el guiño adecuado, la sonrisa tentadora, la inclinación precisa, con la liberación de su cuello jugoso de ese telón al hombro de su cabello negro, lacio. René era una presa fácil.

¿Así que eres bailarina, Cecile?

Sí, y una muy buena. Aunque mi madre me presiona para que sea mejor, creo que yo preferiría ser más bien bailarina de otra cosa. Bueno, mi madre me presiona para todo, me persigue con las tareas, no deja que ningún chico me vea ni me busque. Creo que me sofoca. Cuando me dice cómo debo de hacer mis movimientos, siento que me pongo tensa, rígida. Pero la amo.

Mientras Cecile hilaba su monólogo con prisa, su rostro se enrojecía como si el enojo estuviera a flor de piel, y la vena de su frente se hinchaba confirmando su frenesí. René había aprendido a atisbar esos arranques en alguna palabra ambigua, en una entonación acentuada. Qué piernas tan portentosas, qué cuerpo exquisito. René caminaba por el hilo frágil y azaroso del discurso de Cecile.

El ballet a veces es muy mecánico, ¿no crees? Y lo peor es que tiene reglas tan estrictas que parecen la milicia. Por ejemplo, el cuerpo... Dicen que mi cuerpo es muy grueso para ser bailarina... ¿Tú crees que estoy... ancha?

Creo que no tienes defectos, Cecile.

Gracias, René, qué galante. Pero sólo he hablado yo, casi no te he dejado decir nada, dime: ¿te gusta el ballet?

Un poco. Mira, tengo un boceto, *Los ejercicios del acróbata*. Trato de plastificar la flexibilidad de los acróbatas y de los gimnastas, pero bien podrían ser bailarines los retratados en este cuadro. Me encanta el cuerpo humano. La pintura no tiene sentido si no se conoce el cuerpo humano, su fisonomía, su funcionamiento, sus mecanismos. Pero sobre todo esas cosas que no son evidentes y que se tienen que intuir, como la digestión, la borrachera, el miedo, el sexo... Bueno, creo que la pintura no tiene sentido si no se conoce eso de lo que te hablo respecto al cuerpo,

pero de todas las cosas, del universo entero también, ¿me explico?

Creo que no lo comprendo... Me refiero a tu cuadro... Parecen cuerpos destazados, cuerpos de plastilina fragmentados. No... Creo que no me gusta. Pero me gustaría que me retrates con el tutú y haciendo un *arabesque* o un *plié*, ¿qué opinas?

dijo Cecile, con una sonrisa devastadora y esa ligera inclinación que alteró el estoicismo con el que René pretendía esconder el nerviosismo de su vientre y ese tremor en la punta de sus labios.

Haremos lo que a ti te guste más, Cecile.

¿Dónde puedo cambiarme?

Aquí, yo saldré para que te sientas como en tu casa.

O, podrías sólo darte la vuelta... Fernandine me ha contado lo que hacen, con lujo de detalle, y la verdad es que habla muy bien de ti, no sé si está embelesada por la forma en que la retratas o sólo es para liberarse de la opresión de su padre... Sí, ya sabes, las mujeres tenemos nuestros secretos mejor guardados que los tesoros de la Reina de Inglaterra...

Te lo digo porque sé que eres inteligente, y me refiero inteligente no en términos filosóficos o académicos, como me acabas de demostrar con tu explicación del cuerpo y la pintura. Quiero decir inteligente en cosas de la vida, yo también soy así, aunque no te lo parezca. Pero hazme caso: todas las mujeres tenemos nuestros secretos. Yo también tengo el mío. Seguro que tú ya aprendiste a escrutarlos. El mío es el pecado, la vanidad...

Siempre he sido la princesita de mi madre, pero sé que ella esconde secretos siniestros. Sé que hace cosas poco propias para una dama. Y esa hipocresía me ha puesto a llorar de enojo y frustración, mira que poner en juego la reputación

de la familia, su nombre y también mi nombre; eso de ser hija de una..., nunca será algo para presumir... Afortunadamente sólo yo he percibido su secreto, su doble vida. Por eso quiero desquitarme de ella. Porque la amo. Bueno, también tengo un poco de curiosidad y, sobre todo, la exigencia de saber qué y cómo lo hace, de ser igual de buena en esos pecados, porque si no lo fueran no los escondería, ¿sabes? Ser igual de buena en ello como lo soy en la escuela, igual de radiante como lo soy frente al espejo; así que nada como hacerlo yo también, para comprender el mundo al que me expone día con día. Como un exorcismo... No sé si me expliqué, René. Quiero salir de mí un poco..., dejar de ser la muñequita de cera, de estar expuesta como un diploma...

A veces me siento recluida en la imagen que ha forjado mi madre de mí, ¿me entiendes?... Seguro que sí. Sé que mi madre ha forjado casi una religión en torno a mí, como si yo fuera un objeto de devoción, y no lo soy. Sólo soy una mujer común y corriente, muy bien educada y muy hermosa, eso me queda muy claro. Así es la vanidad, un espejo. Cada que salgo a la calle percibo las miradas de los hombres, como un enjambre de moscas a mi alrededor...

Mi madre lo sabe, me cela como un perro de presa, la muy hipócrita. Mientras ella sí se llena de lodo con sus pecados, la he observado, la he espiado, y sé que hace cosas que no hace con mi padre. Sé que tú no te has atrevido a hacer nada con ella porque sabes que perderías una buena cliente, y los buenos libros que te recomienda..., y mucho dinero, muchos clientes; no soy tonta, te lo he dicho, por eso me encabrona no tener la libertad que ella sí tiene, y que me enjaule en su vigilancia de centinela...

Y no es nada tonta, seguro por su propia experiencia. Sabe cuándo un hombre me atrae y lo miro diferente, y ella

se da cuenta y me voltea a ver como una inquisidora y me llena de diligencias para que no ocupe mi mente en “otro tipo de actividades”, tú sabes. Probablemente lo hace para que pueda hacer lo que ella hace, para que tenga el tiempo libre. A eso me refiero. Ella no es una dama, pero sí quiere que yo lo sea...

Pero no sabe que todas las noches, cuando ya sé que ella está en el sueño más profundo, y lo sé porque ronca como un tren, bueno, tú sabes, tomo un espejo pequeño y me miro, me toco, utilizo el espejo para verme y venirme por dentro. Fernandine me ha contado lo que hiciste con los pinceles. Pues yo utilizo todo lo que puedo...

Sí, ya lo veo en tus ojos, entiendes perfectamente de lo que te estoy hablando. Ya lo dije, mi pecado es la curiosidad. Me envanece saber que puedo dominar todos los rincones de mi cuerpo, y que mi cuerpo los vuelve locos...

Los hombres son unos perritos falderos, te lo digo yo que los he puesto a comer de mi mano... y me encanta que me babeen la falda...

Así que me gustaría probar todo lo que Fernandine me ha presumido, y si queda tiempo, pues quiero que retrates mi vanidad como si fuera yo una reina, para que, cuando mis huesos sean ya polvo, les quede claro ¡qué maravilla de mujer soy, yo, Cecile!...

Y si te sale bien, entonces mi curiosidad será mayor a mi atrevimiento, pero todo pasito a pasito, René...

Él la escuchó callado, sorprendido, pero consciente de que algo que no era de su incumbencia sucedía de manera subterránea.

Sí, Cecile, tu cuerpo no engaña, y tienes toda la razón. Pero he conocido mujeres más hermosas que tú en los cementerios. Estás ruborizada y la vena de tu frente me sugiere que eres

mecha corta. Pero, dudo que estalles. En realidad, sólo estás rabiando de capricho y berrinche, como la niña mimada que eres. Te falta una chispa de arrojo. No sabes saltar.

René había afilado sus colmillos con cada uno de los secretos revelados por sus modelos, en sus imágenes y en lo que ocultaban. No hay mejor forma de acabarse la pólvora que haciéndola estallar. Ella se ruborizó todavía más, bajó la mirada, derrotada en su presunción. Había sido herido su orgullo, con el simple hecho de dudar de su arrojo; y con ello, había vulnerado su ego, provocando la exigencia de demostrar que las palabras del pintor estaban equivocadas. Cecile demostraba finamente su ingenuidad.

La herida a su orgullo consistía en romperle su espejo de cuento de hadas. Cecile, la bruja petulante de Blanca Nieves en el cuerpo de la extasiada y jugosa manzana. René ya había quebrado el tímpano de presunción de la diva, de esa serie de pinturas sobre la diosa Diana de François Boucher, o de la Fanny Hill ilustrada por Paul Avril.

Cecile se tomaba el pelo, desarmada, como *La Cigarra* de Jules Lefebvre. René la sabía indefensa, vulnerable, tenía que llevarla de nuevo al redil de su fervor.

Ahora, niña, tengo que decirte que eso mismo que piensas sobre ti y la rara relación con tu madre, eso mismo me pasa a mí. Lo que ven nuestros ojos es una trampa. Estoy seguro que no sólo sabes saltar, sino también pecar como una mártir... con todo el remordimiento...

No entiendo, René... ¿eso se supone que es un halago?

Cecile, no hay sensación más intensa que la culpa. Eso es lo que te mueve, sólo que eres insolente, berrinchuda.

Claro que no, me gusta...

Lo que te gusta es la subversión... eres mártir de tu madre... Yo te voy a convertir en su ángel rebelde.

Bueno... no me queda claro. Hablas más de lo que actúas,
René,

resplandeció la bailarina en una sonrisa, retándolo.

Cecile, no sabes saltar, ni bailar como un hada sublime.
Ahora te voy a enseñar a volar en mi cielo, como una gaviota
en una tempestad.

Ω

Cecile era torpe en sus movimientos, equivocaba la lengua en el vaivén de los besos, enternecía con su torpeza, temblorosa, con que se aferraba al sexo de René. Pero la simple presencia de su cuerpo, categórica, era suficiente para que René, quien no dominaba con pericia el influjo de sus manos, se abismara en el delirio.

Cecile tenía hierro en sus piernas, su cintura y su vientre poseían el vigor gimnástico de la juventud, sus senos pequeños eran racimos de uva cuyo vino adormecía la lengua. Alrededor de su pezón orbitaba un lunar pequeño y concentrado como un grano de café del tamaño de una semilla de girasol. Su aroma le recordaba los amaneceres de verano de las provincias de Hainaut.

Su sonrisa abría la perspectiva para pensar que tenía una dentadura grande, sin llegar a pensar en la mala dentadura de las británicas. Pero, la verdad sea dicha, el rostro de Cecile era irreprochable, caucásicamente simétrico, con la añadidura de la juventud en flor y el garbo de la realeza. Por eso, René la acariciaba con una cortesía que rayaba en la ineptitud.

Luego, como un disparo de luz, la expresión de espanto, el terror atávico en el rostro de Cecile, el dolor ambiguo, el

vagido de su centro, la tibia y malva humedad, el súbito pánico de René. Cecile, exhibida en su mentira. René, abrumado de responsabilidad, buscando cinismo y vehemencia en su conciencia para sortear la repentina y descortés iniciación, el rito de paso sin romper el tiempo profano ni asumir ninguna sacralidad en la transición. Cecile y el descubrimiento, el tránsito del dolor al placer. La vena de su frente como la crecida del río.

Gracias, René... por ser tan gentil. Y por no burlarte. Ahora, necesito amor.

Ω

La segunda estampida liberó el nerviosismo de la bailarina. Cecile convirtió su cuerpo, transformó su campo de amapolas resplandeciente en un campo de batallas. Sus piernas eran dos columnas corintias y René se sostenía de ellas. Toda la beldad que René imaginó estaba confirmada en la escultura de Cecile. Y sus manos estrujaban la espalda, las piernas, las nalgas de René, como lo hacen los amantes en los cuadros de Allie Fuller, porque Cecile todavía contenía sus explosiones dentro de sí y sólo podía responder a la fuerza del placer con sus manos. Lo demostraba el río henchido en la vena de su frente, que era un trofeo refulgente en el andamio de los gemidos, tersos, titubeantes, indecisos. Y por ello más pulidos, aun que el oro mismo.

En el remanso del cansancio, su voz lo despertó de ese trance extático.

Ahora entiendo por qué Fernandine te tiene en sus prioridades. Pero una vez que acabes mi cuadro, mi madre no me permitirá volver a verte.

Ese “no volveré a verte” me lo han advertido muchas veces y nunca pasa...,
espetó René.

Hay rumores que ya te han convertido en el centro de atención, y no con buenas referencias, debo decir. Yo creo que eso es lo que más me decidió a venir, a sugerirle a mi madre que me pintaras en su ausencia. Si se entera de todo te juro que me mata. Y te manda matar a ti, sin dudar. Pero esto sólo quedará entre nosotros. Porque ella sospecharía de mi insistencia en venir. Es como una bruja, todo lo adivina. Pero debemos apurarnos para que le muestres aunque sea un boceto. Anda, píntame.

El boceto de Cecile aseveró el poder persuasivo de la pintura. René se incendió con cada trazo con ese lápiz mal despuntado de la impaciencia. La silueta quedó sólo sugerida, tal como lo había intentado en su primer cartel, y tan malo como los bocetos que hacía su maestro de composición ornamental, Gisbert Combaz. Jamás, nada más alejado había pintado nadie a los bocetos de las invenciones, tan precisas, con el engranaje de las proporciones aceitado y pulcro, de Leonardo da Vinci.

No entiendo la pintura, René, eso es un rostro con ojos de pezones y nariz de ombligo... Dibuja algo para mí, no para ti, algo que no sea un manifiesto filosófico, René, un cuadro que no sea para ti, desde ti, contigo, o tus ideas, como el único centro de atención.

René encontró la imagen traicionada de Cecile, estéril, inánime, como un capullo marchito que nunca había dado su flor.

El siguiente cuadro de Cecile tenía la misma aura. Horrible. René había estado pintando con brocha gorda, ya durante unos años, una veintena de retratos. Pero el cuerpo de Cecile merecía pasar por alto esos adefesios, que ella adoraba y de los que no paraba de hablar, como de casi cualquier cosa. Su cintura se convirtió, en dos sudorosas sesiones más, en una danza agitada, sincrónica. Las acrobacias gimnásticas aderezaron la madurez de sus gemidos, ahora estridentes, tajantes, contundentes como sus piernas. Ambos sabían que la iniciación era sólo ese tránsito de cometa. Estelar, asombroso, epifánico.

Fernandine tenía toda la razón, René. La magia de los artistas en nada se compara con los simples burócratas con los que convivimos en las fiestas de la gente de buena cuna. Te voy a llevar siempre, de alguna forma, en mí. Pero prefiero que seas tú quien no te olvides de esta damisela con tan poca modestia.

Cecile, tú no necesitas de artistas. Tu madre tenía razón en hacerte un altar, pero, si sigues así estarás convertida pronto en una reliquia. Huye. Eso haré también yo porque mi pintura es cada vez más un adorno. Y eso es lo que menos quiero: que una pintura colgada en la sala, en el vestíbulo de una casa, de un palacio, de una mansión, sea un elemento de orden, de precisión, de simetría...

No te entiendo, René, pero sí me gustaría pensar que algo de mí quedará en tus pensamientos, en tu alma, en tu pintura. Qué sé yo... Ahora que recuerdo, te presentaré a un amigo de la familia, Pierre Flouquet. Estoy segura que se entenderán de lo lindo. Pero bueno, regresando al tema, ¿en verdad te soy tan aburrida?

Cecile, no te pongas así, creo que lo que tengo es en realidad una crisis creativa. Tú sabes, los “artistas” –lo digo con esa

ironía que tanto te gusta acentuar a ti, Cecile— somos un poco volubles en cuanto a nuestra autoestima, en cuanto a nuestras posibilidades de éxito, no sé... De niño creía que pintar era algo mágico, sobrenatural, como si fuéramos magos... pero hoy descubro que no es así. Yo te quería convertir en un sol en mis pinturas, pero no lo he logrado, ¿me perdonas?

René, Renecito, los pintores se reflejan también en sus cuadros, ¿no lo sabías? Los compositores en sus melodías, los escritores en sus novelas, las bailarinas en nuestros cuerpos y nuestros bailes. Y tú te estás ahogando en ellos, sal de tu marco, respira, antes de que te ahogues como Apolo, el dios de los griegos de... no, no, perdón, Narciso... ¿Sí era ese?, ¿el que, por ver su reflejo en un lago o estanque, cae en él y se ahoga? Creo que ya me confundí.

Ay, Cecile, no das una..., o al contrario... Claro, uno siempre puede volver a la tradición, y los griegos nos dejaron todas sus historias: tú serás Olimpia.

Una mujer desnuda, con el cabello suelto del mismo color que todo el cuerpo como si fuese un campo de trigo tostado, recostada en su codo con las piernas semiflexionadas y un caracol encima del ombligo, frente a un fondo que parece un campo de romero. Cualquiera pensaría en la influencia de la Maja de Goya, aunque la tradición de pintar mujeres en esa pose era mucho más antigua.

Décadas después, *Olympia* fue robada del museo por dos hombres armados, vestidos de negro con un antifaz y un bombín. Pareció una puesta en escena de no ser por la baba que escupía el más alto de los ladrones, una baba que dejó una estela blanquecina en el piso del museo de Jette, como si recién hubiera tomado leche. Como una farsa incoherente o surrealista, los ladrones devolvieron el cuadro tres años

después de su robo, 90 años después de su creación, ante la mirada entusiasta de Cecile.

Ω

René estaba fastidiado de pintar retratos infértiles, sin enigma, sin carisma, de mujeres, niños y ancianos aristócratas. Domesticados por los favores maritales y las buenas costumbres, anestesiados por la primacía de su abolengo, cansados por la administración de sus emociones y de sus haciendas y subordinados.

Recibía las cartas de Raymond y Paul, cada uno dueño ya de sus destinos y de algunos negocios que les redituaban buenas rentas, como si fueran noticias del frente de guerra más lejano. Leopold jamás escribía, pero sus hermanos le contaban de él. Orgulloso de tener una tercia de hijos fuertes y con futuro en sus ámbitos. La abuela estaba enferma y no esperaban mucho para el fatal desenlace. Raymond se regodeaba en recordar sus hazañas sexuales con las niñeras, ahora obligadas ante la inminencia de la muerte de la abuela a perder su residencia. René recibía estas imágenes como si fueran las páginas domésticas de un marqués de Sade en potencia. Las niñeras pasaban los cuarenta, mientras Raymond apenas lindaba en los 28, recién cumplidos en el verano de 1920.

Después de haber escrito las respuestas correspondientes, René se preguntó si era el destino de esas mujeres seguir sufriendo la humillación de Raymond. No es que René fuera el paladín de nadie, mucho menos que tuviera una moral intachable, por el contrario. Sólo consideraba absurda la sumisión de Dana, como una falta de carácter, una indolencia.

René sabía que él sufría de la misma indolencia en sus lienzos, en sus retratos, que tantos placeres le habían conseguido. En Bruselas, en la Academia y en su estudio, el mapa se había convertido en el territorio.

Ω

Fernandine se alejó en cuanto Cecile comenzó a habituarse a la cama de René. Una suerte de pacto secreto se cernía sobre las sospechas del pintor, como si fuese él un juguete entre las dos niñas mimadas. Las noticias tardaron un poco para asestarle a René una bofetada en su orgullo. Fernandine viviría en París. Allá, seguro, –pensó– conseguiría un matrimonio de abolengo. Intercambio de propiedades: trueque de carnicería. Eso y nada más es la aristocracia, pensó René. Y la política.

Zamantha hablaba dormida con frecuencia, pero René ya no se despertaba, aunque le gustaba imaginarse enhebrando el hilo del discurso de la ninfa dormida con la aguja de su propio pensamiento.

Nuestros ojos abiertos pasan por encima de muchas cosas que permanecen en el sentido físico de las palabras, invisibles. Como los sueños, como las intuiciones, como las revelaciones religiosas, las eróticas o las políticas. Así ató sus ideas René con los cabos sueltos de las pesadillas de la mesera.

René, ¿te gusta verme dormir, ah?

Sí, Zamantha, pareces una liebre asustada por un grajo. Hay algo, a veces, que te hace tremolar el cuerpo como el badajo de una campana; otras, te tiendes como una gamuza, parsimoniosa, a beber del agua oscura de la noche. ¿Qué sueñas?, ¿qué te hace brincar?, ¿es una pesadilla?

René, mi vida será corta, ah, lo sé. Tengo el corazón de un canario. A veces despierto con el corazón palpitando con la velocidad de una carroza tirada por una cuadrilla de caballos, y me duele el pecho. Siento que el aire se me comprime en el tórax, y de pronto se me desinfla, y los oídos me pulsan un estridente chillido de águila, ah. Se me pone la frente fría y se me nubla la mirada. Soy como esos hurones de mi Sarajevo, aterrizados por los cazadores. Allá había una competencia en la provincia para cazarlos, ah, y el ganador los destazaba para hacerse una gorra, una corona peluda y simbólica de astucia.

Pueden ser ataques de pánico.

La guerra me ha partido en dos, me ha dejado rota, ah. Tengo que irme a vivir al mar, René.

No es una mala idea, quizá Portugal te quede cerca, digo, por Costa Blanca.

¿Me irás a visitar, ah...? Alguna vez..., ¿verdad, René?

Claro, Lisboa tiene un halo de misterio que va con tu semblante, Zamantha.

Gracias, René, te voy a dar una despedida para que no me vayas a olvidar. Ven, que te voy a amueblar los sueños para tener un lugar donde visitar tu alcoba. Espero que así puedas dormir sin esos espasmos que te dan mientras duermes... ¿Te has dado cuenta de ello, ah, alguna vez, René? ¿Cómo despiertas espantado, como si te ahogaras...?



El destino es lo menos probable en la vida. René tenía certeza del azar. El azar de haber salido del cementerio a la calle de Louis; de que Constant tuviera por prima, si es que eso era en

realidad, a una nínfula. El azar de que la noche del concierto su lugar coincidiera con el vendaval aromático de la flor de un verano nacida en el jardín de la alta alcurnia de Bruselas; de que en un restaurante de portugueses se encontrara a una exiliada de Sarajevo, con un alma partida por el tiempo macabro de la guerra.

El azar tenía su geometría irregular, una trama fractal en la que René había caído preso. Y no le importaba mucho el curso a seguir.

Ni Cecile ni Fernandine estaban en sus prioridades, ni él en el de ellas. Después de leer una de las cartas de sus hermanos, René salió a la calle en busca de unas botellas de vino y unos *gauloises* para fumar. Descubrió, al salir de la tienda, un anuncio de una exposición de artesanías de una cooperativa de oficios y artes decorativas, de un tal Pierre Hoyer, en el Jardín Botánico.

Qué más da,
se dijo. Y todo naufragó.

Aquí estaba.

Como al centro de la marialuisa, sintió el abismo y la revelación de un milagro. Sentada en el mostrador, con la cara de aburrimiento más añorada que jamás había visto:

Georgette.



¿Qué haces, aquí, René?

No lo sé. Sólo pasaba... a bobear.

Georgette no podía ocultar su asombro ni la sonrisa de lado a lado. René no sabía bien cómo tomar esa coincidencia. Era justo el vuelco de todo el orden que añoraba destruir.

Esa coincidencia era un abrazo tímido, apenas un bosquejo, los rayones a lápiz de una idea.

Estaba a punto de irme. Ha sido un día fatal. Pocas ventas y nada qué ver.

Qué bueno que no lo hiciste.

¿Estás de paso en Bruselas?

No, Georgy, aquí estudio pintura.

¡De verdad! Sabía que te dedicarías a pintar... ¿Tienes mucho en la ciudad?

Tres años, o un poco más...

No me digas, yo llevo más de cuatro años aquí.

¿Por qué nunca escribiste, Georgette?

Discúlpame, René, pero por absurdo que parezca nunca tuve tu dirección. Además, mi hermana y yo salimos de forma repentina de Charleroi...

Tendrás que saldarlo con un buen vino...

Claro, en cuanto llegue mi hermana nos largamos de aquí. Mírala, ahí viene con Pierre.

¿Pierre Hoyer, el dueño?

Así es.



Georgette, casi niña, casi mujer, se arraigaba en su corazón de manera indeleble.

En el momento en que la experimentación y la Academia se divorciaron definitivamente, René consiguió trazos en los cuales Georgette, desnuda, parecía siempre escondida tras un velo imperceptible, a veces el cielo, a veces el mar.

A pesar del deslumbrante destello de su piel que contrastaba con la aceituna en su mirada, René no dejaba ningún

resquicio en el cual se pudiera develar un solo rasgo de la personalidad de su amada y sus mil caras y sus mil máscaras. En lugar de dedicarse a engalanar los cuerpos desvencijados, los semblantes amargados de las mujeres de la alta sociedad, se decidió a pintar lo que nunca se había pintado antes: el misterio, ese deseo secreto, escondido, que de pronto sale a flote y nos preocupa y nos empieza a dominar de una manera lateral, subterránea. Al menos eso creía.

Había encontrado a su verdadera modelo, límpida, cristalina, sin pretensiones. No Fernandine ni Cecile. Sabía que no quería maquillar el alma arruinada del Viejo Mundo, el engranaje rancio de Europa y sus certezas de plomo y pólvora. A Georgette esa característica de los cuadros del hechicero René-Pigmalión en los que ella era la modelo le sorprendían por la diafanidad indefinible con que dibujaba, incluso hasta cuando hablaba, dejando siempre entre líneas el verdadero sentido de su pensamiento. Sobre todo cuando hacían el amor.

Georgette intentaba descifrar ese lenguaje críptico, ese enigma que evocaba su mirada, que se arremolinaba alrededor de la alcoba, como una aldaba de humo y se desvanecía con la ingravidez de un suspiro o de un quejido.



Deja de pensar como si fueras un monje medieval ante el martillo de las brujas. Dime qué piensas, mira que te pones tétrico,

pregunta Georgy un poco juguetona, otro poco angustiada de esa duda que margina al amante a la reflexión sobre el valor del silencio.

Nada, nada importante,

responde René, exiliado en pensamientos que quizá él mismo no llega a comprender del todo. Sin embargo, siempre escucha el trasluz de esa voz que retumba entre las sienes, el eco metálico de las piedras del río, y que no calla, interrumpiendo su vigilia. Ya sea el Senne entre los prados de Rebecq, o el Dyle bajo los puentes, o el Rupel que se une a la corriente del Schelde, como las venas del cuerpo vivo de Bruselas.

Y su pesadilla:
la asfixia.

Ω

A veces, después del cansancio posterior al arrebató provocado por el torbellino de las sensaciones cromáticas que le dejaba la piel de Georgette en el cuerpo, René encendía su *gauloises* para fumarlo tranquilamente. Y cuando la luz de la luna llena le permitía observar empezaba a masticar, a rumiar las figuras, las sombras, las siluetas que se desprendían del humo de la noche y el insomnio. Como si fuera una lechuza que escudriña las siluetas de sus presas.

Después de tanto masticar el humo, en su mente irrumpían pipas, manzanas, delfines, jaulas, decenas de imágenes y colores. Las cerdas de los pinceles le invadían provocándole unas cosquillas infinitas en los dedos, en la carne desnuda, hasta que la humedad de un beso lo despertaba de su introspección.

Georgy, ¿ves esa luz...? Es la estrella de Belem, ja, ja, ja. Ya, ya, no me veas así. No lo vuelvo a hacer. Soy un mal humorista.
¿Cuál?

Alcanza a articular medio dormida, medio sorprendida por el sobresalto y la exaltación de René.

Sí, claro, ya lo tengo. No me puedo equivocar... Escucha... comienza a llover.

René gesticula mientras se levanta de la cama, totalmente desnudo, y dice:

Cada cosa que vemos cubre otra, y me gustaría ver lo que oculta lo visible. El pintor debe reflexionar sobre lo visible y lo invisible, y hacerlo con el pensamiento y con los colores.

Georgette entiende que en ese instante ya no puede seguir con las bromas, que el pintor está hablando de cosas serias, aunque ella misma sepa que en realidad el pensamiento del artista y del amado siempre están en un constante cambio de dirección, en un flujo continuo que no se detiene y que cambia con las circunstancias, como lo hacen los ríos. Georgette sabe que sin el pincel en la mano, René está prácticamente desvalido y vulnerable. Sobre todo en medio de esa reflexión casi filosófica.

La sábana de la cama es ahora su lienzo, blanco, virgen. Se reprocha no tener a la mano un pincel para pintar al pintor a través de los ojos de la modelo. Calla. Olvida las palabras de René. Y reflexiona sobre la traición de las imágenes, como un truco de magia. Ella no podría pintar jamás a René con los ojos de la modelo.

Hazme caso, Georgette, te estoy hablando,
irrumpe el pintor molesto por la poca atención.

Perdona, es que esto es una paradoja, dirías tú. ¡Cómo te encantan esos términos! ¿Podrías pintar un cuadro así, poético, “paradójico”?,

recalca con ironía la última palabra. Georgy no sabe cómo darse a entender. Es tan difícil explicar con palabras un color, una tonalidad, una sombra.

De qué carajos hablas, te estoy hablando sobre la lluvia y lo que ocultan las imágenes, y tú burlándote.

René no puede contener la incompreensión que se le clava hasta los huesos, casi al borde de la histeria. Un destello de rencor le recorrió el oído al tiempo que se reprochó haber elegido una mujer tan bella, tan superior. Siente que algo le oprime el pecho, respira abriendo la boca como si estuviera sumergido en un mar picado.

No me estoy burlando, todo lo contrario, pero eres una bomba que cualquier día va a explotar. ¿No te has dado cuenta cómo rechinas las muelas cuando duermes, cómo las aprietas como si quisieras romperlas a pura fuerza de mandíbula? Soy yo la que te vela por las noches cuando te mueves entre tus pesadillas como un pez... No, René, eres injusto...

No me estoy burlando, a veces me dan ganas de sumergirme en tus sueños y rescatarte de ese río turbio...

No te has dado cuenta de que cada que abres la boca y aspiras como si te ahogaras soy yo la que te mueve para que puedas seguir dormido. A veces me das miedo, a veces me dan ganas de ahorcarte. Yo también tengo sueños y pesadillas...

A veces sueño que destazo una masa informe de carne, como las que mi padre convertía en filetes... Y no es cortar carne lo que me espanta, ni utilizar un cuchillo y asestarlo en el hígado de cualquier cosa, sino ese color rojo, la intuición del olor fétido de la muerte, la sensación pegajosa de grasa en las manos...

Georgette mira sus manos mientras tiembla por la confesión de sus pesadillas y entiende que el sueño tiene otra consistencia. Ella abraza por la cintura a René. Le besa el cuello y se asoma a la ventana mientras le susurra:

Sé que piensas que no te entiendo. Ahora que estoy parada, a tu lado, acabas de perderte de uno de los mejores

cuadros que podrías haber pintado jamás, como si frente al espejo vieras tu espalda.

La última palabra salió de su voz como una tempestad y René sintió una cascada de agua fría en el rostro, tan desnudo como su cuerpo.

De qué hablas.

Mira,

explica Georgette acercándose a la cama y sentándose al borde.

Ya no soy la niña que salía del colegio, que comía golosinas en el parque de Charleroi porque el de Marcinelle era muy aburrido. Ya no me estremezco con un simple beso. Hemos cambiado. Tú,

ahora, eres pintor,

y yo siempre he sido tu modelo. O lo más parecido. Y así, parado y desnudo,

me gustaría haber sido tu alumna más destacada para poder convertirte en mi modelo y pintarte en este instante, aunque sea con esta sábana, aunque sea una tentativa imposible, como hacer real un sueño, como hacer de carne y hueso el personaje de una novela, o una estatua.

René se sentó a su lado, atónito por la brillante propuesta y las confesiones. Recorrió con la mirada ese cuerpo tantas veces estampado en su memoria, y después recorrió el suyo. La lluvia arreció. Salió René de la habitación ante la mirada suspensa de Georgette, que después volvió hacia la ventana.

Aventó sus pinceles y tinturas a la cama. Ella lo detuvo, le pidió mirar al techo, recostado en la cama. Sin encender la luz, sintió de pronto un frío húmedo en su costado y reconoció el óleo olor de la pintura.

Y la respiración de Georgette.

René escuchó cómo su cuerpo se derretía en colores y percibió los movimientos musicales de la mano que le pintaba, una sinfonía de figuras, como un director de orquesta, un *crescendo* que la oscuridad volvió luz cuando, al mirarse las costillas, observó en su costado alas de halcón. O eso fue lo que intuyó. Como si lo hubiera dibujado una niña, Georgette no era precisamente diestra en el manejo de los pinceles.

Pero esa inocencia, esa torpeza le hacía ver a René un tono rupestre, ceremonial, como las pinturas de Lascaux o de Altamira, con la transparencia sagrada de aquellos pintores ancestrales.

La sonrisa traviesa de Georgette y su mirada en trance, su mirada como cuerda tendida entre el misterio y la materialidad, suspendida como el acróbata de circo entre el miedo al ridículo y la contundencia mortal del piso, *illo tempore*, gracias a Georgette, el pintor se convirtió en el lienzo.



No he terminado, pintorcito, date la vuelta,
dijo extasiada y divertida, mientras su vientre emprendía una ebullición a contrapelo de la lluvia exterior. Volcó entonces sobre la espalda de René aletas de delfín y alas de diablo.

O un intento de ello.

Su risa tenía el eco de la infancia, el lúdico desdén del agobio intelectual que a René tanto le pesaba.

La risa es un reflejo.

Se besaron, se miraron al espejo, se aventaron a las sábanas, se carcajearon como los dos niños que subieron al carrusel. Se invirtieron los papeles.

Ebrio de entusiasmo, René esgrimió su pincel. El ombligo de Georgette se tornó pecaminosa manzana.

Le colocó escamas en sus piernas y una aleta de sirena en los pies.

Entre el vientre y los senos le dibujó un caracol.

Para escuchar el mar,

musitó suavemente René, mientras le mordía la oreja, despacio, como una pera jugosa.

La borrasca se desató, incontenible de alegría, afuera. Pero no les importó el granizo ni la furia del viento. Hicieron lo que después se llamaría *body painting*, mucho antes de que Verushcka lo popularizara en Alemania, antes también de las *Antropometrías* de Yves Klein. De todas formas, la historia de la humanidad ya tenía rituales en los tatuajes, las marcas de las tribus guerreras o las sagradas de todo el orbe o los siempre femeninos símbolos místicos del Mehndi en la antigua India y Medio Oriente o en la simple y llana henna del Magreb o las que luego copiaría el maquillaje renacentista.

La sinfonía de colores se transformó en figuras que emergían de los vientres de ambos amantes como una parvada de gaviotas, mientras afuera los relámpagos sacudían sus truenos nerviosos.

La noche se reventó por dos cuerpos en un lienzo de sombras. Submarinos cardúmenes detonaron sus seminales fuegos artificiales justo en el centro de sus sexos. La sábana blanca se convirtió en arcoíris de manchas. Sería difícil quitarle las manchas.

Todo ese rito de colores se resquebrajó con una mueca de dolor de Georgette.

Me duele...

¿Qué?

Me duele... creo que la pintura me irritó...

¿De verdad?...

Teníamos que haber utilizado otra pintura, esta es de aceite, no de agua.

Ambos se miraron, espantados, estallaron en risas y se metieron a la regadera.



Después de lavarse la pintura y el sudor, borrada esa poesía corporal e inesperada de la espontaneidad, René encendió la luz y frente a la ventana susurró:

La luz en la lluvia se distorsiona como si fuera un caleidoscopio. Imagínate Georgy, una lluvia de estrellas y la gente en la ciudad con su frac y su sombrilla para no bañarse de tanta luz. No voy a pintar reflejos, voy a pintar otra cosa, algo diferente, algo más...

Algo que no nos irrite,
sonrió Georgy, recostándose en la cama, incómoda por el escozor.

Ven, querido, vamos a dormir.



Dormida,

tu cuerpo navega por las aguas nocturnas con las velas izadas por una brisa que sube de tu vientre y sopla como el suspiro de una dama inocente que ata su pensamiento al vuelo de los dientes de león.

Dormida,

juego a completar el rompecabezas de tu pensamiento con las indescifrables runas que describen tus ojos al reverso de tus párpados, cerrados como los muros de una ciudad medieval que atesora las reliquias del mártir de una devoción milenaria con una mística sospecha. Son esas jeroglíficas señales las que tallan las siluetas de tus pesadillas en la plácida piedra del sueño.

Dormida,

te emerge del pecho un súbito estertor que pretendo confundir con la cauda de los cometas que sacudo en tus adentros, para dejar una constelación de lunares que puedo observar con la linterna de la media noche.

Dormida,

me palpita todavía tu pelvis al galopar el segundero por las planicies del frío.

Me sube una fiebre de sed y de hambre al pecho, que sacude el rescoldo de sus hormigas en la picazón de la punta de mis dedos.

Dormida, todavía me absorbe tu boca el aliento del centro de mis huesos.

Dormida, Georgette, te admiro, el cansancio.

Dormida, eres un cielo limpio de pinceladas.

Dormida, sobre mi pecho.

Yo velaré tu sueño, amada.

Duerme, Georgy.

Antes de que te asfixien mis pesadillas.



Zamantha despertó una mañana luminosa en Portimao, Portugal, frente a un mar con tonalidades de verde

aguamarina provocadas por la incidencia de la luz en una bahía cuya plataforma continental sumergida era muy baja y larga, y por un talud casi sin algas, además de varios promontorios emergidos, como las colinas del Igman y los otros tres montes olímpicos de Sarajevo: Bjelašnica, Jahorina y Trebević. Zamantha respiraba una humedad tibia y salada mucho más placentera que su propio sueño, siempre interrumpido por la pregunta: ¿dónde quedaron los cadáveres de mi familia?

Fernandine despertó en el cuarto de su prima en Ménilmontant, donde había sido enviada para seguir sus estudios. Y también para pulir su francés. Ya habría tiempo de que aprendiera inglés, un idioma que le parecía soso. Convivía en París con la gente adinerada que todavía bailaba vals en las fiestas, pero que a escondidas se perdían en los sórdidos barrios de Pigalle, al ritmo del rag y con el coro de la amazónica Josephine Baker, como un conjuro, quien una noche de luna llena en junio de 1929 haría llorar al todavía joven corazón de Le Corbusier, mucho antes de que se pintaran la cara para salir en una foto como dos payasos en los camerinos. Fernandine, se había ido sin despedirse. Como se habían ido muchas otras.

Como se había ido su madre.

Cecile se había despertado con una ligera nostalgia de sus visitas al pintor. Pero sabía que ese trance extático de sexualidad desbordada era sólo un puente entre dos riberas de su todavía fresca juventud.

A René dejaron de interesarle los retratos de la alta alcurnia, tenía dinero suficiente como para intentar independizarse del presupuesto paterno. Aun con su riqueza, Leopold tenía una competencia inusual. Los juveniles diseños de la empresa de costura Norine.

Pierre Flouquet invitó a René a su taller de decorado Au Volant, entusiasmado por los carteles que el pintor había bosquejado dos años antes para una modesta revista de estudiantes –sus aventurados guiños al surrealismo–, mientras los soldados belgas regresaban amputados de piernas y brazos después de sufrir el embate alemán, protegidos del gas mostaza con esas máscaras sacadas de las peores pesadillas psicotrópicas; mientras los soldados regresaban de las batallas de Ypres con las heridas agrietadas y la ceniza acendrada en las pústulas causadas por las esquirlas de los obuses; mientras los soldados regresaban, doblemente derrotados, después de la sumisión bélica ante los comandos franceses, canadienses y británicos, a quienes les debían la recuperación de las colinas de Passchendaele.

Una noche en que Paul visitaba a René y se vanagloriaba del reencuentro de su hermano menor con la niña con quien había subido al carrusel, Pierre los invitó a una fiesta con Paul Gustave Van Hecke, quien ya había comprado algunos de los cuadros de René, sin herida alguna a sus finanzas. Su esposa, Honorine Deschrijver, amiga de Marisa, consciente de la fama de René, intentó asediar al pintor, pero Paul la embelesó halagando su pelo negro y apretado como un casco.

Paul le ofrece la embriaguez de una aventura casi infantil con un truco de magia: sacar de la cabellera de Norine –como ya se atreve a susurrarle– una moneda. Paul le confiesa su secreto al oído. Al tiempo que le muerde el lóbulo, algo le murmura mientras aprieta con firmeza su cuello para demostrar que si bien es un caballero tiene la virilidad presta para ejercer su vigor más profundo. Paul sabe que Norine se sonrojará, se morderá el labio y atisbará por el rabillo del ojo si Gustave ha percibido los coqueteos.

Será hasta 1925 que Paul le pondrá música infantil a los juegos verbales que René y Georgette usaban para burlarse

de él, cubierto por esa “marisma negra” del cabello. La canción se llamó *Norine blues*. Gustave ejercerá sus coros en un andrógino ejercicio acrobático, gimnástico, como los griegos antiguos. En contraste, Van Hecke se convertiría en el principal mecenas de la obra de René. Él también había perdido a su madre de niño, pero nadie supo nunca de esa coincidencia.

Van Hecke contrató a René para hacer los carteles de Norine Couture, la competencia de la empresa familiar de Leopold. Con dinero seguro y libertad creativa, René se sentía como pez en el agua, mientras Georgette, la niña que modeló infantilmente, después lúbrica, casi ritualmente, para sus bocetos, se convirtió en su mujer.

Era la mejor cómplice.

Mejor que Erik Satie,

que el siempre histérico Tristan Tzara,

que el ajedrecista Marcel Duchamp, quienes, como buenos artistas, miraban mucho más su espejo que todo el mundo exterior. Y todo se lo tomaban en serio, lo agitaban y lo estiraban como una liga hasta la orilla del desbarrancadero, como una secta de suicidas. Maniáticos y artistas no se diferenciaban en nada, pero los segundos se obsesionaban en el escándalo y la provocación para “asustar al burgués”, y la confrontación con los riquillos, casi siempre sus compañeros de clase o de calle.

Ella sabía reír. Por eso era su mejor cómplice.



Pero no todo fue miel sobre hojuelas. Conforme el trabajo aumentó, a René el sueño se le volvió más ligero. El cansancio

se dispersaba entre imágenes que el lienzo no alcanzaba a lacrar. La sucesión de cuadros majestuosos, magníficos, buenos, simples, y bocetos –sobre todo los carteles para Van Hecke– dejaron de aparecer gradualmente hasta que René se dio cuenta de que el insomnio había mellado en él de manera tal que su trabajo no lo satisfacía, a pesar de la creciente popularidad.

Sólo se repetía.

Se repetía siempre, en la esquina rota de su cansancio, en la torpe firmeza de su fidelidad, en la confianza creciente en sus colegas respecto a sus juicios estéticos; sobre todo, respecto a su obra.

Se repetía a sí mismo, sus emociones, la siniestra aparición del río, la sensación de ahogamiento. René dormía siempre a la defensiva, con un flanco herido de insomnio y el otro de sombrías pesadillas. La lluvia detonaba la angustia, sobre todo si sus relámpagos resquebrajaban el cielo. El vértigo del agua lo despertaba, clamando una bocanada de aire y agitando los brazos como un marino náufrago en alta mar.

Su exhibición en Bruselas fue un fracaso.

La Academia Real de Bellas Artes olvidó, de pronto, al hijo pródigo de Lessines, como se olvidan en las trincheras los cuerpos de los soldados ya putrefactos y llenos de gusanos.

René dejó de pintar desnudos y comenzó a desnudar sus ideas, a juzgarlas, a exigirles algo más que la mera reproducción del paisaje. Luego le tocó a sus pensamientos sobre el color, la luz, la forma, el movimiento. El turno siguiente era hacerlo directamente en sus cuadros, a arrancarles el lienzo, a prenderles una pira, a olvidarlos en el portafolio, a llenarlos de pólvora y escupirles chispas, para aventarles una cubetada de agua, para sofocar el fuego.

Ω

René quería viajar por mar, pero era absurdo. Siempre quiso saber lo que significaba el mar abierto, el bamboleo de la marea y la noche en acecho de tempestad. Aunque sudaba frío sólo de imaginarlo, sentía que era una buena oportunidad para poner su alma en vilo, como quien camina en la cuerda floja de la locura. Pero hacer el viaje por mar era un error, una extravagancia. Era mucho más caro que tomar el tren, y también mucho más largo en cuanto tiempo y distancia. No eran tiempos para hacer turismo, menos para cumplir caprichos absurdos.

Georgette sabía que incluso con toda la convicción con que René intentara hacer el viaje, su pavor no sería paciente ni respetaría el pudor ni el escándalo. Así que ordenó los boletos del tren.

Desde Bruselas hasta París. París el ombligo-del-mundo; la aldea de los *parisii* con su extraviada diosa Isis en Saint Germain des Pres. Seguramente extraviada en los idus de marzo de algún despistado lugarteniente de Julio César, cuyo cuerpo terminó en las aguas tranquilas de la Isla de la Cité. La Ciudad Luz, recinto de los decadentes profetas del arte y de la vida. París, el misterio del asombro. París, la Lutecia renegada por la fuerza contundente del poder de Clodoveo y sus ecos resonando como liturgias en Cluny. *Ville lumière* y las vanguardias surrealistas, dadaístas, futuristas, istas, tas tas... La Ciudad Luz y la huida de la alcornia envejecida de Bruselas, y sus nínfulas envueltas en seda, sus galerías repletas de burgueses empresarios cuyo mecenazgo se convertía en un pasatiempo pretencioso. París forjando su poética leyenda, mientras miles de pobres se hacinaban en las calles.

Sin embargo, unas vueltas al sol después, René ya no encontraba sorpresa en los Campos Elíseos ni en la Plaza de la Concordia ni en el arrabal de los poetas malditos o el Barrio Latino. Tampoco en las gárgolas de Notre Dame ni en los otoños y sus hojas muertas llenando de hojarasca Père Lachaise, Montparnasse o Montmartre. No en la sordidez de Pigalle ni en la ecuánime tranquilidad burguesa de Belleville. Mucho menos en la espiritualidad llana de Sacre Coeur o en su casa posterior al borde del río Marne o en las periferias llenas de obreros y vagabundos de las colonias de África o el Caribe.

El Sena le recordaba al Sambre, solemne, civilizado y con sombrero de copa. Siempre le hacía una reverencia burlona.



Después de unos meses en la Rue Morgue su relación con André comenzó a convertirse en una carrera de galgos. El francés era intransigente, combativo, una astilla en la planta del pie, y con un carisma devastador que lo convertía en el perfecto ejemplo de un líder mesiánico suicida, de los que el siglo xx conocería al por mayor.

Tres semanas después de la llegada de la pareja belga, André invitó a la radiante pareja a una noche de copas con el grupo que se sumía en las lecturas de Freud como si fuesen una nueva Biblia. Georgette llevaba puesto el crucifijo de su madre, a pesar de que su devoción no fuese precisamente activa ni acendrada. René nunca había reparado en la importancia del crucifijo. Hay cosas que son tan evidentes que se vuelven invisibles, como la ropa que uno mismo viste, la expresión en el rostro, la luz del sol, el gesto intraducible de

la muerte en cada esquina de la ciudad. Sin embargo, André armó un revuelo inquisitorial, jacobino, como si las brujas persiguieran a los inquisidores. Incómodos, René y Georgette dejaron la casa con el amargo sabor de la marginación, de la extranjería, familiares incómodos de un linaje en declive, chivos expiatorios de la megalomanía del artista y su persecución por el beneplácito de los comunistas.

Con el paso del tiempo, René descubriría las incongruencias de sus colegas. Es difícil no encontrar imperfecciones en quienes nos rodean, sobre todo si convivimos con ellos el tiempo suficiente para difuminar sus máscaras e hipocresías. Encontrar congruencia entre la verborrea de los artistas politizados y su comportamiento es casi un milagro. Todos, todos sin excepción, adolecemos del juicio fácil, la palabra rápida y el espejo empañado.

Después de unos meses en Café Cyrano de la Place Blanche, el Sélect de los Campos Elíseos o La Coupole de Montparnasse, donde Man Ray y Aragon querían estrenar *Un perro andaluz*; después de encontrarles el rostro descubierto en las borracheras, de asomarse al círculo de los iracundos revelados por los desencuentros y las discrepancias; de encontrar las secuencias de la necesidad y el aburrimiento; René perdió la fe en el grupo informe de los surrealistas. Paul olvidó el arte y se dedicó a la militancia, a pesar de las viñetas que René preparaba para su libro. Salvador era el único que seguía con ese delirante desenredo de los sueños y con una maravillosa aguja para acertar en el corazón de las pesadillas con la punta de los pinceles. Su humor cáustico le fascinaba.

Además, en el vértice crepuscular del horizonte, Adolf ya sonaba a sombras, sangre y fuego. La guerra estaba a la vuelta de la esquina y él no podía pintar algo que lo satisficiera.

Tampoco podía conciliar el sueño.

A medianoche solía asomarse a ver el Sena, que tanto le recordaba al Sambre. Sus reflexiones se enfocaron en los vaivenes de la luz. Encontró en Renoir un nuevo sentido de la iluminación. En contraste con las clases que en la Academia ensalzaban a Caravaggio. Dejó el misterio de los sueños, ese caudal de nubes, para darse un paseo de puntillas, como no queriendo despertar a nadie, por el impresionismo.

A pesar de la exitosa exposición colectiva con los surrealistas, se hallaba cada vez más introvertido y reticente al éxito. Su casa se volvió un refugio, pero no podía dormir. René se volvió uno más de los artistas de vanguardia que los burgueses asimilaban como su farándula, aunque él nunca quiso pertenecer a esa aristocracia, de la que había renegado en Bruselas para renovarse. Quizá era solamente timidez.

Sus amigos se cernían sobre él como un halo de fantasmas, sobre sus pinturas, sobre su imagen en el París-aquí-todos-somos-reyes, y sobre su vida íntima. Paul y Salvador se disputaban a Gala. Salvador y Luis se reñían constantemente, probablemente por Federico. André escandalizaba a sus admiradoras y a la *société* con una Nadja intempestiva, tras los cerrojos de un manicomio. También lo hacía con los propios partidarios de su cofradía.

Georgette, a pesar de conocerlos a todos, de aceptarles y profesarles el cariño de la complicidad, no confiaba en ese despilfarro de inspiración. Sin embargo, amaba que René le dedicara sus trazos. El tiempo ya había construido un estrecho engranaje en sus espíritus. Sin el letargo del matrimonio y todavía con la pasión y la alegría a flor de piel, Georgette compartía todos los placeres con René, y él con ella.

Ω

Una tarde de otoño, después de una lluvia casi apocalíptica, René se asomó al Sena para retener ese aroma a hierba mojada que le retraía hacia el Sambre y a su vida en Lessines. Salió de su estudio y recorrió la orilla del río, con la intuición de gritos que le sonaban en los recovecos de la infancia como el repicar de las campanas, como si su madre aleteara en el Sambre, gritando improperios. René escuchó en su cabeza el grito. Se le alargó en los oídos y golpeó cual diapasón por los muros de su cuerpo, de punta a punta, de martillo a yunque a nervio y esfenoides.

Sintió cómo se posaba la siniestra cola de un alacrán de lluvia sobre él.

Sintió un escalofrío atravesándole la espina dorsal. Un inmenso silencio le inundó la oreja. Al voltear hacia su estudio, una mujer lo observaba desde la puerta, con la expresión adolorida de un perro callejero.

Hola, ehh... Soy Marie-Hélène. Tú eres René, ¿cierto? ¿Me recuerdas?... Dime que sí, tengo un bonito recuerdo de nuestra infancia. Me gustaría... que nos viéramos, René, o debo decir ¿maestro?, ¿artista?, ¿amigo?

Se le escaparon las palabras como un reclamo a flor de labio...

¡Quiero que me pintes!,

esbozó un poco más dueña de la situación, convirtiendo el semblante de la imploración a la sugerencia.

Amo tus pinturas, me fascinan tus carteles, tus viñetas, tus cuadros, sobre todo...

Su mirada se tornó como la del niño que pide una golosina, y no pudo dejar de sonreír como la colegiala que ama a su maestro.

En especial las protagonistas de tus cuadros... Tienen garbo, prestancia, un misterio que no les quita lo imperioso, lo soberbio. No sé si me explico... Anda, responde. Puedes decir que no, y entonces me gustaría invitarte un café, sólo para disfrutar un poco del recuerdo de nuestra infancia. No quiero causarte ningún problema, René, sólo dime algo.

René no pudo más que aceptar y hacer una mueca de resignación. Ella podría ser la niña con la que jugaba antes de volcar su mirada al arte, pero ya no tenían prácticamente nada en común. Sólo el delgado hilo de araña de la memoria los unía.



Por todo un año, cada viernes al terminar la hora de la comida, antes de visitar los Campos Elíseos, René se quedaba con su antigua cómplice ensayando trazos que siempre terminaba por romper en el mismo instante en que ella se alejaba con el Sena como dama de compañía. Le era imposible descifrar qué había llevado a Marie-Hélène hasta su estudio, qué entendía de sus pinturas y por qué quería que la pintara.

¿Qué hace que a una persona se le abismen las ganas de adentrarse en ese mundo intrincado y pretencioso del arte?, ¿es el arte sólo una mesa de regalos para que los dueños del dinero puedan darse el lujo de una extravagancia para poner a la vista de todos?, ¿el arte es realmente una fisura, un resquebrajamiento que abre las superficies del pensamiento a profundidades imprevistas, como las explosiones de un campo minado? ¿Tiene sentido apostar la serenidad del espíritu, el equilibrio mental, para someterse a los designios

de la casualidad y la inspiración?, ¿para aventarse al vacío y configurar una obra “trascendental”? ¿O es sólo un juego de niños que algunos románticos incautos nos tomamos tan en serio que le jalamos el gatillo al azar?

El centro de la confusión, se respondía René, está en esa rara dimensión, esa frontera entre la realidad y la reproducción, entre el protagonista y el espectador.

Se imaginaba a Marie-Hélène sedienta por un poco de fama. *El pintor y yo éramos amigos de niños, a mí me dio el primer beso. Yo fui la detonadora de todas sus pinturas.* Ella, la niña del pudor católico convirtiéndose en la Causa Primera para sobresalir en la farándula de los burgueses. Suponía que ella se solazaba en las conversaciones, desplegando un amplio conocimiento de la pintura surrealista, de los matices, del uso de la sombra, de la vida, de cualquier guiño, señal o signo que sirviera para lucirse en su círculo de mujeres de alcurnia.

La petulancia es un espejo.

René intuía que a Marie-Hélène le tenía sin cuidado desnudarse frente a él, pero su cuerpo reaccionaba a pesar de su superioridad moral, a pesar de que ella se exigía un control supremo, como hacían los mártires medievales. Sabía que ella sacrificaría un poco de su pudor con tal de obtener lo mínimo necesario para salir ganando en esa negociación necesaria para conseguir la ventaja mínima que da triunfo en la manipulación. Justo como funciona el engranaje de la ambición en la política.

No hay que ser un genio, pensaba René, para reconocer la respiración un poco más acelerada, la sangre erguida en los pezones, en los vasos capilares de las mejillas, en las comisuras de los labios, para distinguir el estremecimiento en la mirada. El cuerpo de Marie-Hélène era un cristal

traslúcido en ese aspecto, aunque su cara tuviera la máscara del estoicismo.

Cuando se quitaba del cuerpo el velo con el que salía del biombo tras el cual se desnudaba, Marie-Hélène era una calca de *El pudor* de Antonio Corradini. René disfrutó de la escultura con una extraña excitación en el Louvre, justo cuando exploraba la dinámica del movimiento de la tela en los dibujos de Leonardo y pensaba que ésta se comportaba y se ondulaba, como los músculos del cuerpo.

Allí lo había llevado la curiosidad sobre la leyenda de la Capilla de Sansevero y las *Máquinas anatómicas* de Raimondo di Sangro, junto con los embalsamamientos y plastinaciones del cuerpo que realizaba el príncipe jesuita de Torremagio. La leyenda decía que esculpían sobre los cadáveres sobreponiendo una capa de yeso y luego una más espesa todavía. Y que esa macabra técnica era la razón de la perfección de los pliegues. Todo era falso en esa leyenda. Probablemente lo único que le aprendió a Georges Van Eckhoud: la curiosidad por el Renacimiento. Pero Marie-Hélène le recordaba, sobre todo, la estremecedoramente sensual escultura del *Cristo velado*, que el mismo Torremagio le mandara esculpir a Giuseppe Sanmartino.

A pesar de solazarse con la delgada estampa del cuerpo de Marie-Hélène, esa silueta de cristal intocable, René sentía irritación por ser objeto de la presunción de las damas, de sus compatriotas, de los artistas. Todo era una impostura.

René devoraba en críticas sus propias pinturas; las aborrecía. Eran cuadros sofocados. Georgy siempre le decía que hacía una tempestad en un vaso de agua. Marie-Hélène en cambio no decía nada, sólo “tú eres el artista, cariño”.

Ω

René mira a Marie-Hélène. Le mira el cabello rizado, negro como la inconsciencia a la que nos arroja la explosión de una mina entre las púas que guarecían las trincheras de Ypres. El cabello que ella se amarra con las manos se agita como los tornados de polvo en las planicies. Le mira los hombros descubiertos, ofreciendo los vértices de la clavícula que cubren el pedestal del cuello. Piensa: ese es el umbral, la senda del vértigo; el cuello es pilar del cuerpo: la paloma que liberaré con mis manos.

Le mira la quijada que parte el aire como un mar salado que ya ha lamido, como los caballos hacen con la sal. Le mira la boca como las fauces abiertas de un arcabuz. Le mira los labios rojos, jugosas granadas de sangre donde anidan las larvas al cobijo tibio de la putrefacción. Piensa: tus besos se han prendido a mi cuerpo como tachuelas, han dejado sus chinches sembradas por los costados longinos de mi cuerpo, donde el sudor efervesce sus burbujas.

Le mira los ojos como pozas de profundos sueños y pesadillas, estanques de miedo donde se refleja la mirada de los asesinos, espejos de agua donde Narciso se ahoga. Piensa: Te pareces a mi madre. Y cierra los ojos.

Marie-Hélène es un paso en falso. El ruido atropellado de una cascada. El campo de batalla hacinado de cadáveres.

No puede mirar las abejas convertidas en avispas y alacranes de su mirada torva y mezquina. No puede bajar la mirada para deleitarse del cuerpo febril y rozagante de la mujer que se posa frente a su pincel. No puede mirar el efecto de la gravedad en los senos de Marie-Hélène, cuya blancura asemeja las ciruelas erizadas de Marie-José, la solidez juvenil de Fernandine y el néctar de peras de Zamantha.

No puede mirar el abdomen conciso de Marie-Hélène, que supera en grasa los de las nínfulas que alimentaron su lascivia antes de París. No puede mirar sus caderas, sus piernas. Qué sentido absurdo de precaución se detona con la desconfianza.

¿Le pincha en las puntas de los dedos una excitación oculta, una humedad esporádica, una impaciencia imprevista? Siente en las yemas de sus dedos los músculos tensos y las muelas apretándose unas contra otras, como el rencor de la impotencia que nos invadía en la infancia por la burla o la frustración.

Pide una bocanada de aire.

Ω

René, ¿qué tienes, te caíste de la torre Eiffel o qué te pasa?, le espetó Marie-Hélène, casi en silencio, fingiendo sorpresa pero con desdén y hastío.

¿Es que soy transparente? No me respondes... ¡Ah, estoy pintada!... Nada..., claro, ahora todo tiene sentido. Soy... una niña a la que le quitan su paleta, ¿verdad?, una caprichosa que te obliga a hacer cosas que no quieres, ¿eso es lo que piensas, verdad?...

Marie-Hélène, con el enfurecimiento de la vanidad, herida ante la indiferencia, incrédula de su propia insignificancia, emberrinchada, estalla de coraje, rompe un espejo y grita:

¡Acaso soy transparente! Todo lo haces por compromiso. ¡Dime, qué tengo que te molesta! ¡Píntame... aunque sea con odio!, quizá eso te haga más creativo, más artista. Sí, el rencor, la rabia, eso debería hacerte más espontáneo, genuino...

¡Qué sé yo!, ¡píntame!, ¡como si me arrancarás la piel para comerla en *fondeu*! ¡Arráncame el pellejo del pecho, de la vagina, de la cara, y haz con él un lienzo! ¡Estrangúlame, sofócame con él, mientras me penetras como siempre lo has querido! ¡Sofócame!

Marie-Hélène, con los puños encrespados, golpea a René, mesándose el cabello por las sienes, enrabiada y a punto de llorar de rencor.

No, no. Espera,

espeta René, consciente de haber detonado un incendio imprevisto, pero sin ganas de entrar al ring.

Hace tiempo que no encuentro el punto preciso de lo que hago. Como una masa inconsistente. Estoy en crisis..., pero en serio, no esa pose de “los artistas siempre estamos en crisis; la crisis nos alimenta”,

responde René, desesperado y resignado a la vez mientras deja caer al piso los pinceles.

En ocasiones me da pavor abrir el caballete con un lienzo blanco. Todos son manchones, los pintarrajos de un bebé en la pared... y tú te mereces algo más...

René miente, sabe que las palabras mienten más que las imágenes, al menos estas últimas tienen forma, color, volumen o lo aparentan. Necesita tiempo para que la niña rica distienda sus músculos apretados, para que no estalle en gritos y rasguños ni le clave un pincel por la espalda o el cuello. René duda del instante preciso para tranquilizarla sin hacerle creer que vale la pena dibujarla.

¿Me entiendes? ¡Qué va! Qué me vas a entender, si te la pasas adulándote diario, ¡qué vas a saber!

Después de un silencio que pesa hasta en la mirada, René no resiste y grita, golpea la pared, se sacude, tiembla, golpea la pared, avienta todos los pinceles y acrílicos al piso, se

hinca y los maldice escupiendo baba como un perro rabioso, maldice a su padre, a su madre y su estúpida locura, y a su abuela y a Lessines, Charleroi, Bruselas, la Academia, a sus maestros, a los pendejos creídos de sus amigos artistas y su inconsistente fe en el surrealismo. Solloza y vuelve a golpear el piso ahora con la frente. Se sangra. Fluye un riachuelo que se mezcla con los mocos que le gotean de la nariz para unirse con la baba y hacer un charquito en el piso. Solloza y siente de pronto los pálidos brazos de Marie-Hélène, y su desnudez en la espalda:

¡Yo te voy a liberar, René!

El Sena sigue su curso y la noche también.

Ω

Cada vez que René llega a su estudio se siente un poco ansioso y descarga la esterilidad de dos años en muchos cuadros. Pero siempre que hace un desnudo femenino las siluetas que plasma son otras. No las de Marie-Hélène, lisas y tersas; no las de Georgette, amplias y maduras; sino otras, distintas, ásperas, astringentes, sombrías, asfixiantes. Todos esos cuadros se los presume a Marie-Hélène, le pregona que ella es la musa de su periodo negro. Como las que pintó Goya en su Quinta del Sordo.

Todo es mentira, siempre lo había sido, desde el principio. Las cosas nunca sucedieron así en la realidad, pero ¿a quién le importa, la verdad?, ¿a quién le importan los hechos? Es mucho más excitante revelar lo que está oculto, escondido detrás de las imágenes, de las palabras, de los rostros, de los recuerdos. La verdad es incómoda, ya lo sabemos, y casi siempre insípida, simple, aburrida; porque la vida no juega a

nada. La vida es una avalancha que no se detiene a ver los escombros que dejó a su paso.

A Marie-Hélène no le interesaba ser pintada, ya había logrado su empresa. A él nunca le interesó. Así que René se concentró sólo en explotar la lujuria suicida de Marie-Hélène, que se inundaba por la crecida del río exigiendo la hipoxifilia:

Sofócame.

Asfíxiame.

Ahógame.

Ω

En una de esas sesiones, Marie-Hélène no llegó y René tuvo que ir a los Campos Elíseos a matar el tiempo. Sus amigos intelectuales lo notaron extraño e hicieron bromas sobre mujeres a sus costillas. Bebieron un café primero, un merlot después, un carmenere luego, hasta que todo se descarriló, como los ríos en las crecidas.

Georgette lo esperó despierta hasta la madrugada. La inteligencia de una mujer siempre es superior a la del hombre. Entendió las palabras de Rilke: “la belleza no es nada sino el principio de lo terrible, lo que somos apenas capaces de soportar”.

René llegó con la alborada y se durmió en el primer escalón de las escaleras que llevan a su cuarto, ebrio de sueño y como si estuviese poseído de historia que apenas podía balbucear. Despertó al otro día, con la arcada de quien se ahoga de asco, con el frío que tenaza el gañote y provoca el vómito fétido de alcohol. No fue a su estudio. Se dedicó a bordear todo el Sena hasta que el hambre le impidió seguir, pero serpenteó el vado de su gemelo, el Sambre, en la memoria.

Para el viernes posterior, Marie-Hélène le confesó que se casaría en un año con alguien de esa farándula aristocrática que él tanto repudiaba. Hicieron el amor con la resignación de saber que era la última vez. Ella lo recibió en sus entrañas sin temor ni timidez, había aprendido a amar de una manera distinta, con los sentidos, arañando el delirio.

Me penetra como si granizara,

les decía a sus cómplices de abanico cuando relataba sus encuentros sexuales.

Pero me sofoca su aliento, me asquea.

En la cúspide de su excitación, Marie-Hélène pronunció un nombre que parecía de mujer. René, fingiendo no escuchar, siguió con sus movimientos y el sudor desgajándose de su piel. Al terminar, ella le dio un beso en la frente y salió sonriendo del estudio, profetizando que regresaría la semana entrante.

René se sentía más tranquilo. Estaba decidido: pintaría a sus amantes con sus mil caras y sus mil máscaras: a Marisa, a Sophie, a Juliette, a Virginie, a Justine, a todas las damas de Bruselas que le dieron de comer con sus pagos, sus influencias o su misterio: a Cecile, Fernandine, Zamantha, Marie-José, Dana, santas y demoníacas, cautas y temerarias. A las que se cubrían el rostro con la niebla del tiempo. A Marie-Hélène.

A todas les pondría de fondo un cielo claro en el que pudiera ejercitarse de nuevo en los matices del color. Empezando por el azul, el más sutil de los colores, el más magnético; así estrenaría ese juguete de anticuario comprado en la Rue des Bernardines, con un vagabundo muy parecido a Louis: el cianómetro. Había sido creado por Horace Bénédicte de Saussure, quien amaba el alpinismo y la meteorología –explicaba con una sabiduría de monje el vagabundo– y durante todo 1789 había registrado

sistemáticamente los tonos de azul del cielo parisino para crear ese círculo con 52 distintos tonos, nacidos todos de un pigmento madre llamado azul de Prusia, cuyo tono más oscuro era el registrado desde la cima del Montblanc, una noche del último cuarto menguante de otoño, en el que Horace había matado a su amante con una daga envenenada, aunque nadie sabía si eso era cierto.

Después de bordear durante dos horas y catorce minutos el Sena, pasó por una panadería para cenar como todas las noches sobrias, con Georgette.

No pudo dormir. Las sábanas le sofocaban, lo aprisionaban, le pesaban y lo hundían. No podía más que levantarse sobresaltado con hambre de bocanadas de aire. Georgette lo abrazó y le dijo:

No pasa nada, mi amor, es sólo una pesadilla, vuelve a dormir.

Ω

Durante toda la semana sus reflexiones iban y venían entre el cuerpo, el rostro, el enigma, el misterio, la mujer, el sexo... el rostro... ¿Cuál será su verdadero rostro? La expresión facial es uno de los fundamentos de la pintura moderna, y en ella se mostraban los verdaderos maestros. También en las expresiones de las manos.

Siempre traía en mente esas reflexiones, como empolvadas, y sólo aplazaba unas por otras. El péndulo de su pensamiento sumado al azar de sus impulsos llevó a René a buscar a Marie-Hélène con las pocas señas y datos que ella le había proporcionado en alguno de sus tantos monólogos, mientras pretendía ser musa.

Al encontrarla, una irrupción de vértigo incendió su cuerpo y le obligó a acercársele y pedirle, anestesiado su cerebro de resaca e insomnio, impulsado por una fuerza que no reconocía en su interior, que fuera a verlo una vez más. Sólo una vez.

Cuando ella llegó, René tenía una sábana blanca y algunos alimentos preparados en una canastilla. La llevó a las orillas del Sena y comieron y charlaron, incluso se besaron durante el transcurso del crepúsculo, como dos viejos amantes que se encuentran en los lugares más inesperados: las exposiciones de los pintores enemigos, las presentaciones de obras literarias que se aborrecen desde el nombre, el recuerdo de la infancia como un falso paraíso perdido.

Al llegar la noche, el sonido del Sena semejaba el rugir de leones a la distancia. Pero no había nadie cerca para percibirlo. René estaba entusiasmado, como no sentía desde sus años de colegio cuando, en un atisbo macabro, se descubrió al centro de la atención de su entorno, de sus compañeros, de Charleroi, al presenciar el cuerpo inerte de su madre.

Sabía que estaban solos.

Sabía que no había nadie cerca, como en una mala pesadilla.

Ω

Marie-Hélène tenía una intuición pálida en el rostro. Su vanidad y su ego eran lo suficientemente altivos para descender a la compasión con los derrotados. Nunca se había portado de tan buena manera, indolente como indica la genética de su casta. Sería su última concesión al pintor antes de seguir con sus vidas.

René, por su parte, estaba contento, con una sonrisa que le venía bien después de tanto tiempo con el semblante acre y sombrío. Disfrutaba del viento frío, acompañado de esos colores insólitos que salpican las nubes cuando el sol lanza sus últimos aullidos.

Se acercó con tranquilidad hacia Marie-Hélène, le pidió con gestos que le ofreciera el cuello, le mordisqueó con una ternura infantil, la tomó de la mano con una delicadeza que a ella le remitió los últimos momentos con su abuela.

El Sena sonaba como un mar adormecido, en cuya falda se habían sentado dos ajenas golondrinas.

Ella miraba cómo la espuma provocada por los olanes del agua se desvanecía entre burbujas, cual ecos de diminutas campanas. René la orilló fuera de la sábana que les defendía del légamo y el musgo de la ribera, le acarició el cabello, como a un caballo que recién se ha domado, le besó de nuevo las mejillas. Y le susurró al oído:

Hoy te convertirás en una revelación.

Se mordió la lengua y tomó rápidamente la sábana para cubrir el rostro de Marie-Hélène. Ella lo tomó como uno de los juegos extravagantes de los artistas, pero sintió un hervor frío en el cráneo.

René imaginó que era Juana de Arco, la Judith de Rembrandt.

Su madre, pálida y casi transparente, con una sábana blanca, tendida en los vados del Sambre sordo y caníbal.

Sentía que le faltaba el aire, abría la boca como un potro desbocado. Sangraba de la boca como un boxeador a punto de sufrir el *knock out*. Pero le vinieron las fuerzas, entre los intentos nulos y débiles de Marie-Hélène por salir de esa emboscada.

René le oprimió el rostro con ímpetu, con la fuerza con la que rechinaban sus muelas unas contra otras por las noches.

Le golpeaba con la espuma rabiosa, salpicada por el Sena.

Le golpeó donde intuía quedaban los ojos, la zarandó con fuerza, tirándola al piso como cuando aventaba su lienzo, enardecido de frustración. Le apretó el cuello con la fuerza con la que los campesinos empuñan los arados. Ella trataba de defenderse y, a cada movimiento de resistencia, René la apretaba con más fuerza y la golpeaba con el puño cerrado, con la palma de la mano, con la punta del pie, con la botella vacía de vino tinto.

Hay una excitación en lo oculto que siempre nos incita a revelarlo, un erotismo velado que hace tintinear los dedos de ansiedad con la urgencia de destapar, exponer, descubrir la fascinación de lo que se nos ha negado a la vista. Una impaciencia que duele en la punta de los dedos, en la textura de los labios, que duele en el centro de la frente

como un estallido.

René siente en las yemas de sus dedos los músculos tensos y los estertores. Siente el palpar de las venas del cuello. Percibe en las yemas de sus dedos el resonar del grito de Marie-Hélène, el rugir de su pulmón. Sus ojos abiertos, ávidos, pasan por encima del Sena. Sus ojos siguen con la mirada la estela de luces de las farolas, incluso distingue los insectos revoloteando sus élitros.

Se imagina también el rostro indefenso de su madre bajo la sábana.

Siente la rugosa tersura de sus labios besándole la frente antes de dormir, el vértigo de los dedos maternos entre su cabello y su ternura. Los músculos de su mano se tensan alrededor del cuello de Marie-Hélène, se constriñen como dos sanguijuelas, se estrechan anacondas, triza el

esternocleidohioideo y los escalenos medio y anterior, siente cómo el genihoideo se revienta.

A René las muelas se le truenan y percibe el pulsar de su sangre hasta las yemas de los dedos, así como el tintinear del río en sus oídos.

El río es un espejo.

La llevó al río y la sumergió hasta el cuello. La sacudió, la agitó, la volvió a anegar entre las estampidas de burbujas del Sena y su rugir de león enjaulado. La noche tenía la boca abierta. René se deleitaba del torrente de agua que ella tragaba y se reía de sus intentos por separarse, provocando sólo mayor intensidad en la fuerza con que la arrastraba al cauce del río y la empujaba hacia el fondo. De pronto, ante el granizo contundente del puño, el cuerpo se desploma en un instante, de la inconsciencia a la inmovilidad, envuelta en un lienzo blanco.

René soltó el cuerpo al río, como si liberara una paloma con sus manos. Su blanca tela titilaba como una luciérnaga.

Una balsa de espuma, a la deriva en la medianoche.

Una paloma que vuela encima del Sena, mientras la lluvia revela una humedad siniestra, oculta,
que lo excita.

El Sena era un Sambre lleno de sueños y fantasmas que se diluían con las luces del alba.

Todo vuelve a una terrible serenidad. La sábana flota un poco, pero René ignora la molestia que le provocan los pliegues mojados, una mala combinación de colores. Establecido el manto fúnebre nocturno, sentado frente al río, René admira los reflejos de la luna y su luz deshilachada entre las nubes.

Pero escucha un grito: ¡René! Así que corre al río, se asoma y el espejo del agua le devuelve el rostro asesino:

Marie-Hélène. Ella emerge del río, como una burbuja que explota, que lo salpica en el centro de su pupila. Parpadea. René vuelve a mirar al río para confirmar la traición de las imágenes. Y del miedo.

Ω

La realidad nunca es revelada en su totalidad: un lienzo perfecto, una canción de amor, el peso físico de las palabras, la gravedad de un cuerpo femenino, un beso de despedida: y, temblando, el rostro reflejado en el río, como un Narciso siniestro.

René se asfixiaba con esa sensación metálica de la adrenalina, sentía su pecho comprimiéndose como el corazón de un canario en su jaula diminuta, y abría la boca como si se estuviera ahogando:

una bocanada de aire:

un respiro amedrentado.

Georgette lo abrazó y le dijo:

No pasa nada, mi amor, sólo estás muy ebrio, vuelve a dormir...

Ω

Después de un largo y placentero sueño sin pesadillas, después de ignorar la lluvia de la madrugada, cuya melodía era la del alivio, René despertó.

Recogió el periódico, lo rumió un poco en su estudio mientras tomaba café y comía un *croissant*. Marie-Hélène salía en la portada de Sociales festejando su matrimonio.

René dobló el periódico con tranquilidad, terminó su café y su *croissant*. Bostezó y se dijo: es el momento. Rompió los bocetos de su estudio y les prendió fuego en la chimenea. Empezó a pintar otro nuevo. Una pareja. Vistos de frente, como si estuviesen abrazados. René estaba entusiasmado. Pero cuando estuvo a punto de pintarles el rostro, se detuvo.

Recordó el Sambre, recordó sus dibujos infantiles, los bocetos sobre las manos de Georgette. Hizo otro cuadro.

Ella desnuda, él como en el primer cuadro, vestido de esmoquin. Fue al baño a mojarse la cara. Algo faltaba. Miró al espejo. Los objetos simples y cotidianos son mucho más que eso, su límite es otra frontera. René ya sabía cómo pintar las mil caras y las mil máscaras.

Ω

Esa combinación de colores es caricaturesca, ¿no crees, René?

Escuchó tras de sí mientras el espejo le devolvía el rostro de Georgy, que le llevaba más comida.

Ahora entiendo por qué no me convencía del todo. Gracias, amor.

René sonrió y miró de reojo al Sena, pensó en el recodo del Sambre de donde lo rescató su hermano. Tiró los cuadros a la chimenea y los volvió a pintar. Dos cuadros con el mismo título. En ambos, las caras cubiertas con una sábana blanca. Como las que cubren a los muertos.

EPÍLOGO

ESTA ES UNA CONFESIÓN POST SCRIPTUM, la posdata que la ficción nos permite llamar epílogo pero que bien podría denominarse advertencia. Si la realidad supera a la ficción resulta casi aburrido afirmar que una biografía tiene mucho más de literario que las ficciones creadas por la Historia.

El objetivo de una biografía es asir una vida. Y es un fracaso anticipado, por el cual, como granos de arena, se nos escapan –en esa jaula invisible y porosa que es el lenguaje– elementos inmatrimales que cimentan nuestra existencia: los pensamientos, las sensaciones interpretadas a través de nuestros sentidos, los choques eléctricos circulando por nuestro sistema nervioso que en su azaroso movimiento conforman el dolor, el miedo, el amor, el vacío, la intempestiva reacción de la adrenalina a la que llamamos valentía, arrojo o vehemencia. Y, al fondo de todas ellas, la genialidad, ese origen indefinido del arte.

La Historia difícilmente puede revelarnos esos puntos indeterminados, por muy precisa que sea una cronología vital. Pero la literatura nos la puede inventar.

El color es muy semejante, pretende asir la luz y sostenerla en un tono. La pintura también sufre con las proporciones, las sombras, las distancias y la mirada, enganchada a la

inusitada liviandad de las ideas. Los materiales de los que se ayuda también son porosas jaulas, endeblen continentes de un inasible y sutil líquido. También la luz fluye, como la imagen, la mirada y el recuerdo. Como el Tiempo.

Esta no es la historia precisa del protagonista sino la tentativa imposible de inventariar el asombro. Esta no es la aproximación a la vida de un artista del siglo xx, sino la tentativa imposible de configurar una anatomía del deseo, una entre las miles que hay. Esta no es la anécdota de un estilo sino la improbable argumentación del funcionamiento de la mirada.

Toda mirada es el indicio de una biografía.

Pero esto no es una novela erótica ni lírica dentro de los muros de un museo que se llama Novela. Mucho menos una cátedra sobre arte. Curado de dogmas y de espantos epistemológicos, este relato nos guiña el ojo en son de burla, como la pipa del cuadro de René Magritte. Esta no es una novela biográfica, porque, como decía el vate, interesa “más que lo históricamente exacto, lo simbólicamente verdadero”. Y me permito repetirlo: “en vez de hacer a un lado la historia, hay que colocarla al lado de la invención, de la alegoría, e incluso al lado también de la fantasía desbocada”.

La literatura es la vida que no pudo ser, o no quiso.

Esto no es una biografía, de la misma forma que el humo no es el fuego.

Tampoco la ceniza.

Para la escritura de esta novela se consultaron libros como *Mi último suspiro* de Luis Buñuel, *Henri Cartier-Bresson* de Clément Chéoux, *Entender la Primera Guerra Mundial* de El País. Sobre el protagonista, particularmente las obras de Henri de Gerlache, Michel Foucault, Marcel Paquet y el editado por Ludion y los amigos del Museo del Palacio de Bellas Artes con la autoría de Michel Pragué, Teresa del Conde, Pierre Sterckx, Nicole Everaert-Desmedt y Claude Goormans. También hay muchos artículos periodísticos, de divulgación y exposiciones que no es necesario citar. Sin contar con el azar, siempre presente en la aparición de pinturas o pintores mencionados en el texto.

Heber Quijano estudia el Doctorado en Humanidades en la Universidad Autónoma del Estado de México (UAEM), donde actualmente es docente. Recibió el Premio Internacional de Poesía “Gilberto Owen Estrada” 2006 y la Presea Metepec 2014. Ha sido becario Focaem en 2014 y vocal en la Comisión de Planeación del PECDA Estado de México 2019. Ha publicado cuatro libros de poesía y diversos capítulos de libro académico, así como artículos en revistas indizadas. Ha sido locutor, productor y guionista en UniRadio 99.7 FM, donde es columnista, así como en el noticiero Capital en Lokura 89.3 FM.

EL ALFABETO DE LAS REVELACIONES

Entre el erotismo y la pintura, *El alfabeto de las revelaciones* fabula los múltiples pliegues de las historias íntimas del protagonista, retratando el influjo de esas fuerzas detonantes que emergen de los sueños, las alcobas y los pinceles.

Con el inicio del siglo XX y el surrealismo, en un tiempo en el que el mundo parecía una *belle époque* que eventualmente se convertiría en pesadilla, atestiguamos —con las licencias que la ficción concede— la transformación del protagonista en pintor y la conversión de la inocencia en una persistente duda.



SDC